

Conan de las islas
Robert E. Howard

Desde los profundos abismos en los que aún habitan antiguos y olvidados engendros, vinieron las sombras con silenciosas alas rojas como el fuego del infierno.

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

El rey Conan tomó asiento en el trono de la Sala de Justicia de su palacio de Tarantia, la capital del reino de Aquilonia. Más allá de los ventanales de vidrio se extendía el cielo azul sobre los parques llenos de fragantes flores. Y más allá de los parques se alzaban las cuadradas torres de piedra blanca junto a las cúpulas de cobre y la silueta de los templos, palacios y casas de tejas rojas. Pues ésa era la ciudad más principesca de Occidente en aquellos días de la Edad Hiboria.

Por fuera de los jardines, las limpias calles de Tarantia bullían de gente, de jinetes a caballo, a lomos de mulas o asnos, de literas opulentas, ricos carruajes o modestas carretas. A lo largo de los muelles, las embarcaciones atestaban las orillas del río Khorotas como enjambres de insectos acuáticos. Durante dos décadas había gobernado Conan el Grande en Aquilonia con mano firme pero tolerante, y ello convirtió al reino no sólo en el más poderoso, sino también en el más próspero que había conocido el mundo desde su creación.

En el gran salón rodeado de columnas se congregaban nobles de ricos ropajes, cortesanos ataviados con túnicas de seda y ciudadanos rollizos con sencillos atuendos, sobre los que lucían los medallones de sus respectivos gremios. Todos ellos esperaban ver cómo el rey administraba justicia. Puesto que en aquella ocasión iban a juzgarse algunos casos de excepcional importancia, la mitad de los nobles de Aquilonia se hallaba presente. Entre ellos estaba el joven Gonzalvio, vizconde de Poitain, y su padre, el viejo Trocero. Éste estaba tan esbelto y elegante como siempre; llevaba un jubón de terciopelo verde con el leopardo de oro de su condado. Allí estaba también el conde Monargo de Couthen, el barón Guilaime de Imirus y el sabio Dexitheus, arcipreste de Mitra, un hombre alto y enjuto que lucía una hermosa barba blanca.

Soldados de rostro adusto, pertenecientes a las legiones de cota de malla negra del rey, permanecían de guardia junto a la enorme puerta y el pórtico; los rayos del sol se reflejaban en sus cascos rematados con figuras de dragón y en las afiladas puntas de las lanzas. Todos los ojos estaban fijos en el estrado central, donde habían sido instalados dos tronos por encima de la multitud. También miraban al enjoyado mercader que permanecía en pie con aspecto nervioso, mientras su abogado, vestido con una toga negra, argumentaba en favor de su representado ante el más alto de los dos tronos.

En éste estaba sentado el rey Conan, que contemplaba a los litigantes con el ceño fruncido. Odiaba las querellas por impuestos desde lo más profundo de su alma, aquellos problemas intrincados y laboriosos, con sus trampas legales y su fondo complejo de matemáticas. ¡Con qué gusto hubiera arrojado su corona al rostro del codicioso estúpido que estaba delante de él, para marcharse de la sala, saltar sobre un corcel y cabalgar en pos

de una jornada de caza en los bosques del Norte!

«¡Al demonio con eso de gobernar un reino!», pensó Conan. Aquello extraía hasta la última gota de humores del organismo de un hombre, convirtiéndolo en un cansado anciano sin fuerzas suficientes para empuñar una espada. Después de veinte años de ceñir una corona, un hombre tenía derecho a prescindir de todos los honores y títulos para dirigirse hacia lejanos horizontes en busca de una última aventura sangrienta antes de que la guadaña implacable del tiempo lo segara de una vez para siempre...

Conan echó una mirada al segundo trono, en el que estaba sentado su hijo, el príncipe Conn, heredero de la corona de Aquilonia. El muchacho tenía veinte años, edad suficiente, sin duda alguna, para ascender al trono del reino más poderosos de Occidente. Esbozando una sonrisa, el rey observó el aburrido gesto de disgusto que se reflejaba en el rostro del príncipe. Era evidente que también el joven Conn anhelaba despojarse de aquellos pesados ropajes para cabalgar en busca de una presa de caza, o tal vez para correr detrás de una moza a orillas del río. Al recordar los turbulentos días de su propia juventud, el rey no pudo evitar una sonrisa nostálgica.

A decir verdad, el príncipe Conn era el vivo retrato de su padre en su juventud. El mismo ceño fruncido encima de unos ojos profundos de intenso color azul; el mismo rostro moreno de mandíbula pronunciada, enmarcado por una melena negra como las alas de un cuervo; el mismo cuerpo fornido, de herrero, cuyos poderosos músculos abultaban bajo las sedas y los terciopelos en los hombros y en el pecho; las mismas piernas largas y de férrea fortaleza. Apenas superada la adolescencia, el hijo de Conan ya le sacaba más de una cabeza a la mayoría de los presentes, con excepción de su hercúleo progenitor, el mejor guerrero que había conocido el mundo.

En cuanto al propio rey Conan, ni el más poderoso de los enemigos —el tiempo— había conseguido doblegarlo. Es verdad que sesenta y tantos años habían encanecido notablemente su otrora negra melena y la barba recortada que ahora ocultaba su enérgica mandíbula. Su poderoso cuerpo había adelgazado, dejándolo enjuto como el de un salvaje lobo gris de las Estepas del Norte. Y el frío cincel de los años había trazado hondos surcos en su frente sombría y en las mejillas llenas de pequeñas cicatrices.

Pero de aquel cuerpo hercúleo aún emanaba una indomable vitalidad, que se concretaba en la furia contenida de sus ojos fogosos. El tiempo tampoco había logrado menguar la extraordinaria energía de sus recias manos y sus músculos de acero.

Estaba sentado sobre el trono de plata maciza como un jinete sobre un corcel de guerra en el campo de batalla. Con gesto enérgico, Conan aferró la maza de la justicia, como si se tratara de una maza de combate llena de clavos, y dio la impresión de que iba a arrojarla contra algún enemigo oculto. El rico atavío, lleno de piedras preciosas y adornado con cadenas de oro, tenía cierta semejanza con el arnés de guerra. A dondequiera que fuese, tanto si se trataba de un alegre banquete como de una apacible biblioteca o del perfumado tocador de una dama, aquel sombrío bárbaro de los fríos páramos de Cimmeria llevaba consigo la peligrosa y amenazadora atmósfera del campo de batalla.

Habían transcurrido más de veinte años desde que una jugada del destino, un capricho de los dioses o tal vez su propia voluntad indomable habían destacado al oscuro aventurero hasta colocarlo en un lugar importante entre los grandes del mundo, como

soberano del reino occidental más rico y poderoso. Desde aquella noche, hacía casi medio siglo, cuando un mozo harapiento de fiera mirada que agitaba una cadena rota en el aire, salió del calabozo hiborio para alcanzar las cumbres del poder y de la gloria, Conan el cimmerico había luchado a lo largo y ancho de medio mundo trazando un camino de color carmesí a través de una docena de reinos, desde las costas del océano Occidental hasta los valles brumosos de la fabulosa Khitai.

Como ladrón, pirata, mercenario, aventurero, jefe de tribus bárbaras o general de ejércitos reales, se había aventurado por tierras ignotas y llegó a conocer todos los azares y maravillas del mundo. El poderoso cimmerico luchó con su irresistible espada contra demonios, dragones y monstruos de las tinieblas. Miles de enemigos habían conocido el frío contacto de su arma: caballeros de cota de malla, brujos malignos, fieros cabecillas bárbaros y reyes altaneros. Hasta los dioses eternos habían tenido que esquivar a veces la furia de su hoja de acero.

Pero la aventura que se inició allí, en la Sala de Justicia de Tarantia, en aquel cálido día de primavera, ocho mil años después del hundimiento de Atlantis y siete mil antes del apogeo de Egipto y de Sumeria, iba a ser la más extraña y fantástica de las que vivió en su dilatada existencia el cimmerico.

Todo comenzó de manera repentina e inesperada.

Conan estaba observando, como hemos dicho, al rollizo mercader y a su gesticulante abogado. Un momento después, el cimmerico levantó los ojos, lleno de asombro, hacia el otro lado del salón, donde se hallaba la figura elegante de su viejo amigo, el conde Trocero de Poitain.

—¡No, no! ¡Por todos los demonios! —exclamó el noble, cuya voz ronca expresaba a un tiempo espanto y desesperación.

Esta frase y el avance inseguro del conde a través del salón interrumpió la cháchara insustancial del abogado. Ojos estupefactos contemplaron la envarada y tambaleante silueta de Trocero, y muchos fruncieron el ceño. ¿Era posible que el conde de Poitain se hubiera presentado en la Sala de Justicia *borracho*?

Una nueva mirada al pálido rostro de Trocero, que trasuntaba un intenso terror, bastó para que semejante idea fuera desechada. Gotas de sudor perlaban su contraído rostro, y sus labios murmuraban como si estuviera bajo los efectos de un dolor insufrible. Profundas ojeras enmarcaban sus ojos.

—¡Trocero! —exclamó Conan—. ¿No te encuentras bien? ¿Qué te sucede?

El rey se puso en pie mientras su viejo amigo, y seguidor más acérrimo, seguía avanzando con paso inseguro sobre el suelo de mármol, con los brazos extendidos como queriendo protegerse de algún enemigo invisible. En el salón, aparte de aquellas exclamaciones, reinaba un profundo silencio. El fornido hijo del conde surgió entre la multitud y extendió una mano para sostener a su padre. Una vez en el centro de la enorme habitación, Trocero se detuvo sobre sus temblorosas piernas, que apenas podían sostenerlo, y gritó:

—¡No, no! ¡Yo no puedo...! ¡No os atreveréis! ¡Oh, por Ishtar y por Mitra!

Su voz subió de tono hasta convertirse en un grito de angustia.

Y entonces se abatió el Horror.

Desde los techos abovedados del salón descendieron las sombras con una leve coloración rojiza, pálidas y etéreas como finos velos de gasa. Eran las sombras del Horror.

En un abrir y cerrar de ojos se congregaron en torno a la insegura silueta del poitano. A través de los velos rosáceos, los presentes pudieron ver borrosamente el rostro blanco y crispado del conde en un gesto de tormento. Era como si una horda de vampiros fantasmagóricos con forma de murciélago se cerniera sobre el aterrado anciano.

Por un instante las espantosas sombras envolvieron a su víctima con sus tenues velos, e inmediatamente después aquéllas y Trocero habían desaparecido.

El salón parecía un cuadro, tal era la inmovilidad reinante. La incredulidad se reflejaba en todos los rostros. El anciano conde de Poitain, que durante un cuarto de siglo se había mantenido al lado del trono de Conan, y luchó en todas sus guerras, acababa de esfumarse en el aire.

—¡Padre mío! ¡Mi señor! —exclamó el joven Gonzalvio con voz trémula en medio del luctuoso silencio.

—¡Por el corazón de Crom! —rugió Conan—. ¿Magia negra en mi propia corte? ¡Tendré la cabeza de quien ha cometido ese desatino! ¡Eh, guardia, toca la alarma!

El furioso rugido de Conan acabó con el frágil e hipnótico silencio. Las mujeres gritaron y algunas se desmayaron. Los hombres profirieron juramentos, se restregaron los ojos y contemplaron atónitos el lugar en el que un momento antes se hallaba el noble más importante de Aquilonia. Por encima de los agitados comentarios se alzaron las notas resonantes de los cuernos de guerra. Redoblaron los tambores; los sombríos Dragones Negros de Conan avanzaron entre la confusa muchedumbre, con las espadas en alto, para defender la bandera del león de Aquilonia que se hallaba sobre el dosel del estrado, y al rey y al príncipe que estaban sentados en el trono. Pero no había ningún enemigo al que atacar. No había asesinos ni traicioneros espías; al menos no eran visibles.

Delante del trono, rodeado de sus guerreros de cota de malla negra, el rey Conan examinó el salón con la mirada fija y fiera de un majestuoso león de la sabana. En su interior, el dolor le atenazaba el corazón. Trocero de Potain había sido el primero en citar el nombre de Conan como jefe de la revuelta contra el decadente rey Numedides. También había encabezado un largo viaje hasta las distantes costas de la tierra de los pictos para ir en busca del antiguo general de los ejércitos de Aquilonia, que había huido de los celos asesinos de Numedides.

Poco después de aquel último suceso, el bárbaro había salido de Zingara a la cabeza de un grupo de valientes jinetes. Mientras reunía partidarios en su avance, pasó como un huracán por los campos de Aquilonia hasta llegar a las puertas de las murallas de Tarantia, y luego ascendió los peldaños del trono. Una vez junto a éste, estranguló con sus propias manos al depravado Numedides y él mismo se puso la corona sobre la negra cabellera. Ahora, desde lo más profundo de su corazón, el cimmerico lamentó la pérdida de su amigo

más leal, la primera víctima del Horror...

Quince días después, el Horror volvió a atacar una y otra vez, hasta que setecientos ciudadanos de Aquilonia —tanto nobles como plebeyos, condesas y cortesanas, sacerdotes y mendigos— desaparecieron en el inexplicable abrazo de las Sombras Rojas.

El negro corazón de Golamira

*Los siglos pasaban sin detenerse mientras
yo dormía en criptas silenciosas y sombrías
sobre mi tumba protegida por el ave fénix,
pero ahora, al fin, he despertado*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Conan estaba durmiendo solo en la alcoba de techo abovedado de su palacio, estrechamente vigilado por sus guardianes. Era un sueño pesado pero inquieto, pues en los últimos días no había dormido ni una hora, ya que intentó luchar contra la insólita plaga que asolaba a su reino. A lo largo de interminables reuniones del consejo que se prolongaban días y noches, buscó la ayuda de los hombres más sabios del país, de los eruditos y doctores.

Pidió que los sacerdotes de Mitra, Ishtar y Asura hicieran rogativas especiales. Conan había escuchado los informes de los espías y de los agentes del orden. También solicitó oráculos y hechicerías de brujos y ocultistas, ! pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

Ahora el agotamiento había minado su vigor de hierro. El viejo lobo de pelo grisáceo yacía sobre el lecho, pero llevaba la cota de malla y su enorme espada se hallaba al alcance de la mano mientras descabezaba su inquieto sueño.

Entonces comenzó a soñar. A Conan le pareció oír una voz distante. El eco era lo suficientemente alto como para despertarlo, pero las palabras resultaban confusas y no alcanzaba a comprender la frase, que se repetía una y otra vez entre los muros de su alcoba.

Se puso en pie, y a la vez que sus poderosas piernas estaban desnudas se dio cuenta de que todo era un sueño. Al mirar hacia atrás vio su propio cuerpo tendido sobre la cama. Mientras el voluminoso pecho subía y bajaba, la malla brillaba como si fuera de plata bajo los rayos de la luna que se filtraban a través de los altos y estrechos ventanales.

De nuevo llegó hasta él la llamada lejana y susurrante, que ahora tenía una nota de angustia. Y de una forma que no pudo llegar a comprender, el viejo rey avanzó desde la semipenumbra de su habitación a través de las barreras del espacio y del tiempo hasta que una neblina tan gris como su propia barba lo envolvió por completo, impidiéndole ver a su alrededor. A pesar de todo seguía avanzando, pero de modo distinto a como se hacía en el mundo material que había dejado atrás.

Desde la bruma llegaba hasta él una y otra vez aquella llamada temerosa que había despojado a su espíritu de la envoltura carnal para guiarlo hasta ese universo de misteriosa oscuridad y de brumas fantasmagóricas. Poco a poco, la voz que se repetía incesantemente

se hizo más clara.

—¡Conan de Cimmeria! —decía—. ¡Conan de Aquilonia! ¡Conan de las Islas!

Sí, ahora alcanzaba a percibirla con claridad. Pero el rey se sintió desconcertado. ¿Qué significaba el nombre «Conan de las Islas»? Durante sus prolongados viajes, jamás había oído aquel término relacionado con él.

En aquel momento llegó a un lugar en el que le parecía hallarse sobre terreno firme. Y en su sueño tuvo la impresión de que la bruma se disipaba. Una luz tenue y ultraterrena se abrió paso entre los últimos vestigios de niebla. Entonces se vio en un salón de dimensiones gigantescas, cuyas negras paredes y elevado techo abovedado parecían contruidos con fragmentos de la noche. La tenue luz daba la impresión de proceder de las paredes, en las que se apreciaban colosales bajorrelieves que llegaban hasta el techo.

Cada palmo de los negros muros estaba trabajado, y formaban un extraordinario conjunto de figuras diminutas que componía un vasto paisaje poblado de millones de guerreros enzarzados en lucha. Al mirar de cerca, el cimmerico se maravilló ante lo extraño de su arnés y de sus armas, que parecían proceder de tierras remotas y de otros tiempos.

Daba la impresión de ser un gigantesco tapiz realizado en piedra negra, como un cuadro a vuelo de pájaro de la historia del hombre, de los olvidados días anteriores al Cataclismo, cuando Atlantis, Lemuria, Valusia y Grondar dominaban la tierra. E incluso de épocas anteriores, en las que los peludos antepasados del hombre vagaban por las selvas y Ka, el Pájaro de la Creación de negras alas, voló por primera vez desde el desconocido Oriente para colocar los cimientos del tiempo.

Por encima de este conjunto de guerreros, reyes y héroes se cernían otras siluetas deformes y terribles. Desde lo más profundo de su espíritu, Conan los reconoció como los Antiguos Desconocidos que gobernaron el universo sembrado de estrellas mil millones de años antes del nacimiento de Gayomar, el Primer Hombre.

Conan tuvo la certeza de que se hallaba inmerso en un sueño intemporal al que su espíritu había sido reclamado por una antigua fuerza que vigilaba al género humano. Con una inquietud propia de su naturaleza bárbara, el cimmerico se dio cuenta de que el polvo impalpable que cubría con una fina capa el suelo de ébano no había sido hollado por ningún pie humano desde épocas inmemoriales. Sí, se dio cuenta de todo eso y de mucho más, pues una vez, hacía muchos años, había tenido un sueño similar, y había pasado también por aquella misma gigantesca garganta negra que era el gran salón de piedra.

Más de veinte años habían transcurrido desde entonces, pero ¿qué son las efímeras generaciones de mortales para quien duerme en las sombrías criptas de Golamira, el Monte del Tiempo Eterno?

El cimmerico llegó entonces a una ancha escalera curva que se alzaba hasta una altura inconcebible. Allí las paredes eran escarpadas y estaban adornadas con extraños símbolos de una escritura esotérica, tan antigua y sugestiva que evocó en el espíritu de Conan recuerdos que se remontaban al amanecer de los tiempos. Al percibir aquellas remembranzas, el rey de Aquilonia sintió un escalofrío y apartó rápidamente la mirada de los enigmáticos jeroglíficos.

A medida que iba ascendiendo por la enorme escalera, el cimmerico notó que en cada

peldaño aparecía tallado el contorno sinuoso de una espantosa figura de pesadilla, la de Set, la Vieja Serpiente, el eterno y maligno demonio de las tinieblas. Pero la figura estaba tallada de forma tal que al pisar lo hacía sobre el cuello lleno de escamas de la serpiente. Con esto, los desconocidos constructores de la escalera pretendían que quien subiera por aquellos peldaños repudiase simbólicamente las fuerzas del caos ciego y maligno. El rey de Aquilonia fue ascendiendo paso a paso por la escalera.

Por último divisó una tumba tallada en un bloque de cristal macizo y brillante, que no pudo identificar. Si se trataba de diamante —y lo cierto es que lo parecía—, en tal caso aquella enorme gema tenía un valor tan grande que resultaba imposible de calcular. El frío cristal centelleaba con miles de puntos de inquieta luz, que semejaban una multitud de estrellas prisioneras.

A ambos lados, en la silenciosa oscuridad de la cripta, se alzaban las siluetas imponentes de dos aves fénix, dotadas de poderosos picos y garras, con las alas extendidas como si quisieran cobijar debajo a quien dormía en el sepulcro de diamante.

De las sombras surgió entonces una figura impresionante, vestida con una túnica y rodeada de un halo de luz purísima. El cimmerico contempló en silencio el majestuoso rostro de poblada barba.

—¡Habla, oh mortal! —ordenó la aparición con voz resonante como una trompeta—. Dime, ¿sabes quién soy?

—Sí —repuso Conan con un gruñido—. ¡Por Crom, Mitra y los dioses de la luz, sé que eres el profeta Epemitreus, cuyo cuerpo se ha convertido en polvo hace mil quinientos años!

—Así es, ¡oh Conan! Hace muchos años llamé a tu espíritu durmiente ante mí, aquí, en el negro corazón de Golamira. Durante el tiempo transcurrido desde entonces, mis ojos inmortales te han seguido por todos los caminos y todas las guerras. Todo ha salido bien y se ha hecho de acuerdo con los deseos de los Eternos Guardianes. Pero ahora una sombra se cierne sobre las tierras de Occidente, una sombra que sólo tú entre todos los mortales puedes ahuyentar.

El cimmerico se estremeció al escuchar aquellas inesperadas palabras, y se disponía a hablar cuando el hechicero levantó el dedo índice para imponerle silencio.

—Escúchame con atención, Conan —le dijo el anciano—. En épocas remotas, los Señores de la Vida me otorgaron poderes y conocimientos superiores a los que se concede a los demás mortales, con el fin de que luchase contra la infernal y maligna serpiente de Set. Me enfrenté a ella y le di muerte, pero yo mismo dejé de existir en la contienda. Mas tú ya conoces estos hechos de los que hablo.

—Eso cuentan los antiguos libros y leyendas —admitió el cimmerico.

—Y así ocurrió, precisamente —repuso la figura radiante, asintiendo con la cabeza—. Como sabes, ¡oh, hijo del hombre!, desde el comienzo los dioses de la eternidad te concedieron dones para que realizaras notables proezas y conquistaras una fama imperecedera. Has salido indemne de numerosos peligros y muchas fueron las fuerzas del mal que venciste con tu espada. Los dioses están complacidos por ello.

Conan permaneció impasible, y no contestó a estos elogios. Después de una pausa, la voz profunda y resonante de Epemitreus se dejó oír de nuevo.

—Una última tarea te aguarda, ¡oh cimmerico! —dijo el hechicero—, antes de que puedas acogerte a tu merecido descanso. Tu espíritu ya estaba destinado a esa empresa antes del comienzo de los tiempos. Te espera una victoria final de gran trascendencia. Pero el precio a pagar será amargo.

—¿Cuál es la tarea y cuál el precio? —preguntó sin rodeos el rey de Aquilonia.

—La empresa consiste en salvar a Occidente del Horror que ahora mismo amenaza tus fértiles tierras. Una terrible maldición se cierne sobre el mundo, una maldición más sombría de lo que tú mismo imaginas. Ese Horror esclaviza las almas de tu pueblo, mientras que sus pobres cuerpos son desgarrados entre atroces y bestiales tormentos por manos que debieron haberse convertido en polvo hace ochocientos años.

El profeta fijó su penetrante mirada en el rostro sombrío de Conan y agregó:

—Pero con el fin de realizar este cometido es necesario que cedas el trono y la corona real a tu hijo y que te aventures por horizontes desconocidos del océano Occidental, por donde ningún mortal de tu raza se internó desde que Atlantis se hundió bajo las furiosas olas. Esta misma noche saldrás de tu reino, solo y en secreto. Junto con tu corona y tus bienes, dejarás escrita tu abdicación.

»El camino hasta los mares desconocidos es largo y duro, y son muchos los peligros que te amenazarán antes de que alcances el objetivo final, de los que ni siquiera los dioses podrán protegerte. Pero sólo tú, entre todos los hombres, puedes avanzar por ese camino con probabilidades de éxito. Sólo para ti pueden ser los riesgos y la gloria. ¡Piensa que son pocos los mortales a quienes se ofrece la ocasión de salvar al mundo de un desastre!

El hechicero le sonrió desde su halo luminoso. Luego agregó:

—Tan sólo te otorgaré un don. Lleva esto en todo momento, ya que en la hora de la necesidad puede representar tu salvación. No agregaré más al respecto, pues cuando llegue la hora tu corazón te dirá cómo emplear este talismán.

Una nubécula fulgurante, como hecha de polvo de estrellas, surgía ahora de la palma extendida del profeta. Algo tintineó con un sonido cristalino a los pies de Conan, que se inclinó para recoger el objeto.

—Te haré una última recomendación —dijo Epemitreus—. Los reyes brujos de la antigua Atlantis usaban el emblema del Kraken Negro. Ese emblema aún puede poner en peligro tu vida. ¡Cuídate de él! »Y ahora vete, hijo dilecto de Crom —prosiguió el hechicero—. No resulta aconsejable que los mortales permanezcan durante mucho tiempo en estos sombríos lugares a los que he llamado a tu espíritu. ¡Regresa, oh Conan, a tu ser material, y que la bendición de los dioses de la luz te acompañe para iluminar tu oscuro y temible camino! Jamás volverás a ver el rostro de Epemitreus, ni en este mundo ni en los muchos que vendrán y en los cuales tu alma renacida se aventurará y luchará en existencias posteriores a esta que vives. ¡Hasta nunca!

Estremecido por la emoción, Conan se despertó al instante. Se encontró tendido en

su lecho, vestido con la ligera cota de malla y cubierto de sudor. ¡De modo que todo había sido un sueño! ¡El vino y las preocupaciones se habían combinado para formar aquella fantástica visión!

Entonces vio el objeto que tenía apretado en la sudorosa palma de la mano. Se trataba de un talismán en forma de ave fénix tallado en un gigantesco diamante. Por lo tanto, aquello había sido algo más que un sueño o un producto de la imaginación.

Tres horas más tarde, mientras una estruendosa tormenta de verano azotaba e iluminaba las torres del palacio, una gigantesca figura con cota de malla, cubierta con una gran capa negra y tocada con un sombrero de ala ancha, salía furtivamente por una poterna en desuso de las murallas de Tarantia. Detrás de ésta salió otra silueta corpulenta que llevaba de las riendas a un nervioso corcel. Se detuvieron un momento, y el hombre que iba detrás comprobó las riendas y la longitud de los estribos.

—¡Maldición! —exclamó el príncipe Conn, que era el que había salido en segundo término—. ¡Esto no es justo! ¡Si alguien tiene derecho a ir contigo, ése soy yo!

El rey Conan negó sombríamente con la cabeza, y numerosas gotas de agua se esparcieron a su alrededor.

—Crom sabe, hijo mío —dijo el cimmerico—, que, si llevara a alguien conmigo, ése serías tú. Pero no somos un par de aventureros sin oficio ni beneficio para obrar según nuestros deseos. No puede obtenerse el poder y la gloria sin asumir responsabilidades. Tardé mucho tiempo en aprender esa lección. Tal vez me espera la muerte; por ese motivo, tú debes permanecer aquí, para gobernar este reino con justicia. Así lo han dispuesto los dioses.

»No confíes en los hombres, excepto en aquellos en quienes yo he puesto mi fe a lo largo de tantos años. No tomes en cuenta la mayor parte de los elogios, pues los reyes atraen a los aduladores como la miel a las moscas. Presta más atención a los hechos de los hombres que a sus palabras. Jamás castigues al que traiga malas nuevas, ni te encolerices con el que da una opinión que te resulta desagradable, pues si lo haces nunca te dirán la verdad. ¡Adiós, hijo mío!

Los dos hombres se estrecharon en un fuerte abrazo. Luego, mientras Conn sostenía las riendas y el estribo del caballo, Conan montó en la silla. Durante unos instantes, la silueta embozada contempló las doradas torres de Tarantia, la esplendorosa gema de Occidente. Luego, tras un saludo final, Conan picó espuelas en dirección al sur, y el jinete y el caballo avanzaron bajo el aguacero, iluminados a trechos por los relámpagos. Al final del largo camino quedaban Argos y el mar.

De este modo, el guerrero más poderoso del mundo inició la última y la más temible de todas sus aventuras.

La Copa y el Tridente

Tronos altivos se tambalean, los reinos se desploman y aterradoras tinieblas lo envuelven todo. Pero un jinete cabalga en pos de una aventura desesperada hacia un destino desconocido en el misterioso Oeste.

EL VIAJE DE AMRA

La tormenta había estallado hacia medianoche. El fulgor de los relámpagos iluminaba el grueso manto de nubes que se extendía sobre la comarca y un fuerte viento aullaba como una manada de lobos, haciendo ondular las densas cortinas de agua que caían del cielo.

Pero en el interior de La Copa y el Tridente, una taberna de la costa situada cerca del puerto de Messantia, en Argos, reinaban la luz, el calor y el jolgorio. Un gran fuego ardía en la chimenea de piedra, arrojando cambiantes sombras sobre las paredes. Marineros, pescadores, y algún que otro viajero sorprendido por la tormenta descansaban sobre los bancos de madera, saboreando la amarga cerveza de Argos, o el delicado vino zingario quienes podían permitirse ese gasto. Una ternera se tostaba en el asador y el aroma de la carne inundaba la amplia estancia.

De repente se abrió la puerta de roble, y una fuerte ráfaga de viento entró en la estancia. Los clientes se volvieron y se estremecieron al ver una gigantesca figura que ocupaba todo el vano de la puerta. El hombre iba cubierto de la cabeza a los pies con una capa negra, de la que caían chorros de agua que formaban pequeños charcos en el suelo. Por debajo del oscuro sombrero de ala ancha, los presentes pudieron ver unos ojos de mirada amenazadora en un rostro bronceado, marcado por el paso del tiempo, pero ennoblecido por una plateada barba. El forastero entró y cerró la puerta de un golpe. Luego se quitó la capa empapada de agua.

El tabernero, un hombre grueso de cara redonda, rojiza y sudorosa, enmarcada por unos grasientos mechones oscuros, se acercó para atender al viajero. Mientras se secaba las manos en el sucio delantal, el posadero hizo algunas breves y afectadas reverencias.

—Sírvenme cerveza negra tibia —dijo el viejo de mirada fiera mientras tomaba asiento en el banco más próximo al fuego—. Y dame un buen trozo de esa ternera, si ya está hecha. ¡Rápido, hombre! ¡Estoy calado hasta los huesos, helado hasta la médula, y hambriento como un lobo!

Mientras el posadero se retiraba presuroso, un hombre robusto de la región, de pelo rubio y con algunas copas de más, dio un codazo a su compañero y se puso de pie delante de la chimenea, balanceándose sobre los talones. Era un individuo alto y musculoso, con los hombros anchos típicos de un luchador. Sus ojillos porcinos contemplaron con expresión de necia astucia al forastero que, por estar ocupado en extender su capa ante el fuego, no le prestó atención.

—¿A quién creéis que tenemos aquí, muchachos? —dijo el hombre de Argos con

voz pastosa.

—Parece un bucanero zingario, Strabo —repuso uno de sus compinches.

Strabo miró al anciano viajero de arriba abajo, y dijo sonriendo:

—Es poca cosa para ser un bucanero. ¡Y el viejo perro se ha sentado en el mejor sitio de la taberna! ¡Eh, tú, anciano, quita de ahí tus gastados huesos y deja que esta honrada gente de Argos se caliente al fuego!

Conan levantó sus centelleantes ojos azules. Si Strabo hubiera estado tan bebido, se habría dado cuenta de la amenaza que brillaba en aquella mirada. Pero el hombre de Argos se encolerizó puerilmente y su rostro se congestionó aún más.

—¡Te estoy hablando a ti, bribón! —gritó, al tiempo que le daba al cimmerico un puntapié en una pierna, con lo cual la taberna quedó en el más profundo silencio.

Aquél era el fanfarrón de la localidad, por lo que al cabo de un rato los demás lanzaron algunas risitas de aprobación y se pegaron codazos, esperando impacientemente el espectáculo que les iba a proporcionar Strabo.

En el otro extremo de la estancia había una figura voluminosa envuelta en una capa, cuya capucha dejaba su rostro en sombras. El individuo se inclinó hacia adelante con los ojos entrecerrados, presa de un extraño interés, y se puso a contemplar la escena.

Conan se movió como un tigre que ataca. Estaba sentado, desplegando su capa, y se puso en pie en un santiamén; luego aferró el carnosos cuello de Strabo con su mano recia y huesuda. Entonces, en una verdadera proeza de fuerza, levantó al fanfarrón y lo arrojó al otro extremo de la estancia. El cuerpo del hombre de Argos se estrelló contra la pared de madera con un impacto que sacudió toda la casa. Luego el cuerpo cayó al suelo, donde quedó extendido. Por un momento, Strabo permaneció aturdido sobre el piso, jadeando. Entre los que le miraban se alzó una voz contenida.

—Un viejo como ése... ¡imposible! —dijo el hombre.

Entonces el fanfarrón volvió a ponerse en pie, con el rostro a punto de estallar a causa de la congestión. Profirió un juramento incoherente y cruzó la taberna con los brazos extendidos.

Conan se adelantó para recibirlo. Su puño izquierdo se hundió en el voluminoso vientre de su contrincante como una bola de hierro. El aire silbó al salir entre los dientes del fanfarrón, cuyo rostro se volvió grisáceo. Luego se dobló por la mitad y el cimmerico le dio un golpe en la mandíbula, levantándolo del suelo. Cuando se desplomaba, Conan le dio un puntapié y lo hizo caer sobre el fuego de la chimenea.

Volaron las brasas y las cenizas en una nube oscura, y los amigos de Strabo se precipitaron alarmados sobre éste. Lo retiraron de la chimenea chamuscado, con la cara negra y pringado de la grasa del asado. Sus camaradas le dieron unos golpes en las mejillas, intentando reanimarlo, pero con cada palmada la cabeza oscilaba, inerte, de un lado a otro. La sangre manaba de su nariz herida y de los labios, empapando su camisa. Conan dejó de prestarles atención cuando los amigos del hombre lo levantaron lanzando maldiciones y se lo llevaron a otra estancia.

La tensión se interrumpió cuando un coro de elogios y de felicitaciones premió la proeza del cimmerico, pues muchos de los presentes habían anhelado hacía mucho tiempo que algún hombre decidido le diera por fin una lección al arrogante personaje. Conan se limitó a responder con una leve sonrisa y enseguida dedicó toda su atención a la jarra de cerveza caliente que le habían servido. Cuando estaba saboreando el espumoso líquido, una áspera exclamación le hizo volver la cabeza.

—¡Por el hacha de Thor, y los fuegos de Baal, sólo hay un hombre en treinta reinos a la redonda capaz de arrojar a ese gordo fanfarrón al otro extremo de la sala! ¿Será posible...?

Los parroquianos se abrieron como las aguas ante la proa de un enorme navío cuando un individuo gigantesco de barba pelirroja entrecana avanzó entre los presentes. Se detuvo junto a Conan como un rudo oso pardo, si bien vestía un magnífico jubón rojo bordado en oro y cubría su calva con un sombrero adornado con plumas. Unos aros de oro colgaban de sus orejas, y en torno al voluminoso vientre lucía un fajín de seda del que sobresalían varias dagas enjoyadas y una cachiporra que hubiera destrozado el cráneo de un buey. Un pesado alfanje colgaba de un tahalí bordado que le cruzaba el pecho, y sus arqueadas piernas calzaban finas botas de cuero.

Conan echó una mirada al sudoroso rostro de ojos chispeantes, que brillaban bajo unas espesas cejas de color rojizo, y en su adusto rostro se dibujó una amplia sonrisa. Luego lanzó un rugido de alegría.

—¡Sigurd de Vanaheim, vieja morsa! —exclamó el cimmerico—. ¡Por los fuegos del infierno, Sigurd Barbarroja! Los dos hombres se fundieron en un abrazo.

—¡Amra, el León de los Mares! —gritó a su vez el corpulento individuo.

—¡Silencio! ¡Cierra el pico, viejo barril de grasa de ballena! —gruñó Conan—. Tengo motivos para permanecer en el anonimato, por ahora.

—¡Oh, vaya! —repuso Sigurd, que agregó en voz baja—: ¡Por los colmillos de Badb y las garras de Nergal, que me asen las entrañas si no se alegra el viejo corazón de un marino de volver a verte!

Y los dos hombres se dedicaron a darse efusivas palmadas que hubieran enviado rodando por el suelo a individuos menos corpulentos.

—¡Por Crom, Sigurd, siéntate a mi lado y bebe conmigo, viejo chacal! —propuso Conan.

El aludido se dejó caer sobre el banco de madera y se quitó el sombrero emplumado. Después estiró las rollizas piernas hacia la chimenea.

—¡Tabernero! —gritó Conan—. ¡Trae otra jarra! ¡Eh!, ¿cuándo viene ese maldito asado?

—¡Por la espada de Mitra y la lanza de Wodun que no has perdido ni un ápice de fuerza en treinta años! —afirmó el pelirrojo vanir, que una vez que ambos hubieron brindado se pasó una manga de color carmesí por los brillantes labios y lanzó un sonoro eructo.

—¿Conque no, en, viejo bribón y mentiroso? —dijo Conan riendo suavemente—. Pues deberías recordar que hace treinta años, cuando le daba un golpe a un hombre en el rostro, como acabo de hacer, le rompía los huesos y por lo general no vivía para contarlo.

El cimmerico lanzó un suspiro, y agregó:

—Pero al final el tiempo nos da caza a todos. Tú también has cambiado, Sigurd. Esa gorda barriga estaba tan recta como un mástil cuando nos conocimos. ¿Recuerdas cuando nos vimos detenidos por una calma chicha delante de la isla Sin Nombre, sin nada para comer salvo las ratas de la bodega y los pocos peces que podíamos pescar en aquellas aguas infernales?

—Claro, claro —afirmó el otro, secándose algunas lágrimas furtivas—. ¡Ah, malditas sean mis entrañas, claro que has cambiado, viejo león! Entonces no había canas en tu negra melena... Sí, ambos éramos jóvenes y estábamos llenos de savia nueva, ¡Pero que me arrojen al fondo del mar! ¿Crearías que uno de la Hermandad me contó que estabas reinando en uno de los países interiores, en Corintia o Brithunia? No recuerdo cuál. ¡Por las barbas de Moloch y las verdes patillas de Lir, que me alegra verte después de tanto tiempo!

Los dos compañeros de aventuras se contaron sus respectivas historias mientras engullían el asado y saboreaban la cerveza. Hace muchos años, cuando Conan había sido miembro de la Hermandad Roja de las islas Barachas —archipiélago situado al sudeste de la costa zingaria—, él y el pelirrojo vanir habían sido grandes amigos. Luego sus caminos se habían separado, y para el solitario corazón del cimmerico era un inmenso placer volver a encontrar a su viejo camarada y recordar hazañas del pasado entre juramentos, y saboreando una apetitosa comida. En ese momento era Conan quien estaba contando sus aventuras.

—De modo que cuando desperté y vi que no era un sueño —decía en voz baja—, redacté un documento de abdicación en favor de mi hijo, que gobernará con el nombre de Conan II. Nada me retenía en Tarantia. Veinte años dejan un sabor amargo en el paladar de un hombre, después de tanto administrar justicia y componer leyes. Hace tiempo que no peleo con los reyes vecinos. Desde la caída de los Adeptos Negros no ha habido una verdadera contienda en aquellas tierras. Y un hombre de verdad llega a sentirse cansado de tanta paz y prosperidad, sobre todo si se ha pasado la vida entre guerras y batallas.

Conan permaneció en silencio durante un momento, con los ojos brillantes, como si estuviera reviviendo el pasado. Luego suspiró, y dijo:

—Es cierto que Aquilonia es un país hermoso y fértil al que he procurado gobernar con prudencia. Pero mis viejos amigos ya han desaparecido: el bueno de Publius, el canciller, que era capaz de obtener tres monedas de oro sembrando una; Trocero, que me ayudó a subir al trono; Palántides, el general, que sabía lo que pensaban los enemigos antes de que lo supieran ellos mismos. Todos han muerto o desaparecido. Y puesto que mi compañera Zenobia murió al dar a luz una hija, hasta el mismo aire de Tarantia se había vuelto irresistible para mí.

El cimmerico soltó un gruñido y, después de beber unos tragos de cerveza, siguió diciendo:

—Las cosas marchaban bien mientras el muchacho era pequeño. Me complacía enseñarle a usar el arco, la espada y la lanza, así como a montar a caballo. Pero ahora ya se ha hecho un hombre y debe vivir su propia vida. Y creo que será mejor que lo haga sin la presencia de un viejo espectro de barba canosa detrás de él. En realidad no tuve necesidad de que Epemetrius me lo ordenara. Ya era tiempo de que partiera en busca de la última aventura. Puedes creerme, por Crom, que siempre he temido llegar a morir en la cama, rodeado de médicos susurrantes y de cortesanos llorosos. ¡Una última batalla en la que luchar y morir, eso es todo lo que pido a los dioses!

—Es una gran verdad —manifestó el fornido pelirrojo sin poder contener un sonoro suspiro—. Lo mismo me ha ocurrido a mí, León, aunque el destino no me ha deparado una corona ni un reino. Yo dejé la Hermandad hace años y capitaneé un barco mercante que hacía el recorrido entre Messantia y Kordava. ¿Puedes imaginarte al viejo Sigurd Barbarroja, el terror de las Barachas, como patrón de un navío mercante?

El antiguo pirata se interrumpió a causa de un acceso de risa.

—¡Ah, y eso no es lo peor de todo! Al igual que tú, León, decidí formalizar mi situación con una moza, una muchacha magnífica, aunque tuviera algunas gotas de sangre picta en sus venas. Bien, lo cierto es que tuvimos una carnada de niños llorones como pocos, que ahora son tan grandes y fuertes como yo mismo. Ella se murió hace años y los muchachos ya se defienden solos. ¿Qué puede hacer un viejo que no termina de morir, eh, Amra?

»Pues resolví venderlo todo cuando el último de mis hijos se casó; ahora regreso al turbulento puerto de Tortage para saborear un poco de la vida, antes de que la larga noche caiga sobre mí. ¿Qué me dices, León? Ven conmigo otra vez al refugio de los piratas, y deja que Set se haga cargo de esas profecías y de esos sueños del más allá. ¡Volveremos a saquear la amurallada Khemi, en Estigia! ¡Que me aspen si no recibimos un sablazo en el vientre y nos convertimos en héroes de leyenda o, por el contrario, conseguimos más oro del que lograron Tránicos, Zaron y Strombanni juntos! Vamos, Amra, ¿qué te parece mi propuesta?

En aquel momento una sombra oscura se interpuso entre los dos hombres. Conan levantó los ojos mientras su mano aferraba la empuñadura de su espada. El desconocido de capa negra que los había estado observando desde el otro lado de la habitación se sentó con ellos a la mesa.

—¿Buscáis un barco, caballeros? —preguntó con voz su—gerente.

Sigurd murmuró algo lleno de recelo, pero el recién llegado, cuyo rostro se hallaba oculto por la capucha, puso ambas manos enguantadas sobre la mesa para indicar que tenía intenciones pacíficas.

—No he podido evitar oír parte de vuestra conversación —agregó el intruso—. Os ruego que me perdonéis la intromisión, pero si me concedéis unos minutos creo que llegaremos a un acuerdo ventajoso para todos.

Sigurd seguía mirándolo con desconfianza, pero mostraba evidente curiosidad. Conan fijó su mirada impasible en el hombre y dijo:

—Entonces habla, y di claramente lo que te traes entre manos.

El otro asintió con una cortés inclinación de cabeza y dijo:

—A menos que haya interpretado mal lo poco que he oído, creo que ambos sois antiguos marinos que pensáis buscar un barco para reanudar el negocio de... los Hermanos de la Costa. No, no temáis —dijo, levantando una mano con gesto tranquilizador—. No soy un confidente ni un espía. Por el contrario, propongo financiaros la compra de un buen barco.

Con la rapidez de una serpiente, la mano del desconocido se hundió entre los pliegues de su capa y reapareció enseguida, para desparramar un puñado de brillantes piedras preciosas sobre la manchada madera de la mesa.

Delante de los tres hombres resplandecía, con brillo intenso, un montón de zafiros azules como las aguas de los mares del Sur, de esmeraldas verdes como los ojos de un gato, de topacios y circonios amarillos como la piel de un khitanio y de rubíes rojos como la sangre fresca.

Conan, sin dejarse impresionar, posó sus ojos recelosos en el forastero.

—En primer lugar —dijo con un gruñido—, quiero saber quién eres, en nombre de Crom. Que me ahorquen si acepto el regalo de un hombre que oculta su cara, aun cuando sea en una taberna de Argos, donde los soldados del rey Ariostro patrullan las calles a todas horas, logran que sean tan seguras como para que una moza se pasee por los muelles a medianoche sin ser molestada.

—Oculto mi rostro por razones comprensibles, ya que la gente de Argos me conoce muy bien —afirmó el desconocido, suavemente.

—Entonces, dinos tu nombre —dijo Conan—, o te envío al otro lado de la habitación, como hice con ese puerco rollizo y fanfarrón.

—Con mucho gusto —repuso el otro en voz baja y entre leves risas—. ¡Yo soy Ariostro, el rey de Argos!

Conan gruñó de asombro. El otro se quitó un guante y extendió la mano. El antiguo sello real de Argos brillaba a la luz de las llamas con el fulgor que reflejaba el gran diamante en el que estaba tallado.

Las negras olas rompen en la playa oscura con gran estruendo y una lluvia de espuma. Los dioses de la tormenta rugen en el cielo; el viento azota los ventanales y araña la puerta. ¿A qué inquietarse si zarpamos al rayar el alba? Una gaviota solitaria grazna como un alma en pena que el vendaval hubiera arrastrado sobre las aguas. Los embates del mar no nos asustan, pues nuestra jarra rebosa de buen vino y aún faltan muchas horas para que amanezca.

CANTO DE LOS PIRATAS BARACHANOS

El puerto de Tortage rugía desafiante contra las estrellas. Asentado en una especie de copa de rocas y acantilados, el puerto pirata era una ascua de luces y una caja de resonancia de canciones y gritos. En efecto, la Hermandad Roja se hallaba en Tortage. Grandes barcazas y esbeltas carabelas se balanceaban amarradas a los muelles de piedra o de madera, o ancladas en medio del puerto.

Todas las tabernas, posadas y burdeles de la ciudad estaban atestados de clientes, pues la mitad de los piratas se habían concentrado en Tortage con sus bolsas llenas de oro y piedras preciosas, y el espíritu deseoso de diversión fácil.

Los letreros de los establecimientos, adornados con calaveras, antorchas y sables cruzados, dragones, testas coronadas y otros signos, oscilaban entre chirridos a impulsos del fuerte vendaval marino. El oleaje atronaba al pie de los acantilados que se alzaban hacia las estrellas junto a la pequeña ciudad.

Una llovizna salada estallaba contra los muelles, y el viento se internaba por las tortuosas callejuelas flanqueadas por casas bajas, de techo plano, fachadas encaladas y ventanas enrejadas. Las palmeras se agitaban bajo las ráfagas, recortándose contra el firmamento.

Durante más de doscientos años, la pequeña aldea que había en la bahía rodeada de acantilados había sido la capital de un imperio pirata, que asolaba las aguas situadas entre Kush y las tierras de los pictos. Allí no imperaba otra ley que la ruda y simple de la Hermandad. Fuera de ello, tan sólo reinaban el sable, la daga, el puño y la destreza del luchador.

Aquella noche, la ciudad pirata era una algarabía; por todas partes se oían gritos de júbilo y canciones procaces. Las peleas estallaban en las calles por los motivos más nimios, y en torno a los adversarios se congregaban grupos de alegres curiosos que los animaban a morir por un intercambio trivial de palabras, por un empujón o por los favores de una moza de labios rojos y caderas ondulantes. Era una noche importante. Los barcos se hallaban en puerto, con las bodegas atestadas del botín que habían arrebatado a las flotas mercantes de los mares del sur. Y por si fuera poco, ¡Amra el León había regresado! . Treinta años no habían sido suficientes para relegar su fabuloso nombre al olvido. Por el contrario, el paso del tiempo añadió más prestigio a su figura, debido a las leyendas que se

contaban de la época en que viviera con Belit, la pirata de Shem, así con Ortho el Rojo y con el sombrío Zaporavo de Zingara. En aquellos lejanos días en que Vilerus y luego Numedides habían reinado en Aquilonia, Conan había sido la pesadilla de ambos, primero como compañero de Belit y jefe de una banda de corsarios negros, y luego, algunos años más tarde, como pirata de las islas Barachas y capitán de bucaneros zingarios.

Durante algún tiempo sus barcos, la galera *Tigresa*, la carabela *León Rojo* y la carraca *Holgazán* habían cruzado los mares para regresar cargadas de tesoros.

En una época, Amra, como lo llamaban algunos, o Conan, como era conocido por otros, había figurado entre los más célebres capitanes de la Hermandad Roja. Pero luego desapareció en las tierras desconocidas del interior y no se supo más de él. De cuando en cuando llegaban algunos rumores acerca de un rey guerrero llamado Conan, que gobernaba en esos países, pero, de los pocos que lo vieron, ninguno reconoció en él al pirata cimmerico de tiempos pasados. De ese modo, Amra se convirtió en un mito de un pasado legendario.

Y de pronto se encontraba de nuevo entre ellos, con el cuerpo erguido ante la luz de las antorchas, mientras el viento salino del mar jugaba con su melena gris y su poblada barba. La llama de las teas chispeaba en la cota de malla que cubría su pecho, aún voluminoso, y sus brazos. La gran capa negra flotaba tras él como si se tratara de las alas de alguna gigantesca ave de presa.

Conan estaba de pie sobre un banco de piedra situado en el centro de la plaza principal del puerto de la ciudad, y su voz se alzaba como una trompeta por encima del murmullo de la multitud, llenando los espíritus de aquellos forajidos con los relatos de magníficas hazañas y épicas batallas del pasado, y la promesa de extraordinarias empresas para el futuro. Pues Amra el León había regresado desde las brumas de la leyenda para reclutar una tripulación a fin de iniciar alguna aventura desconocida en el mar Occidental, y, desde que recordaban los hombres, ningún barco se había aventurado jamás en aquellas aguas azotadas por los vientos. ¿Quién, sino Amra, podía soñar con llevar a cabo semejante empresa?

Los piratas permanecían con la boca abierta mientras Conan los maravillaba con sus frases, pues la magia primitiva de su espíritu heroico era tan contagiosa como la plaga. Les prometía oro y piedras preciosas, la gloria y la fama de unas aventuras en lo desconocido, por nuevos mares, entre islas ignotas y pueblos exóticos. En dicha aventura ya no serían considerados bribones sin ley, sino héroes de leyenda, que quedarían inmortalizados en épicos poemas durante los siglos venideros.

Allí, anclado no muy lejos, se hallaba el barco de Amra, una enorme carraca llamada *León Rojo*, como la carabela de Conan en tiempos pasados.

El cimmerico no reveló todos los pormenores del asunto. No les habló del rey Ariostro de Argos, con cuyas gemas había adquirido el poderoso navío. Además, ¿para qué asustar a aquella gente con el relato de las Sombras Rojas y de la extraña aparición de Epemitreus, el profeta hechicero muerto hacía tanto tiempo?

No quería asustarlos porque precisamente cuando el Horror se llevó a cientos de

súbditos de Conan, la misteriosa maldición también se abatió sobre los ciudadanos de Argos. Los magos de la corte de Ariostro, así como los videntes y los astrólogos, habían estudiado los augurios de los astros. Después de leer algunos polvorientos manuscritos sobre magia, le dijeron al rey que las Sombras Rojas atacaban desde algún reino desconocido situado más allá del misterioso océano Occidental.

El prudente rey de Argos había enviado un barco tras otro al mar Occidental, pero ninguno regresó para aclarar el misterio. Por fin, toda la flota del reino se sintió atemorizada ante las noticias de nuevas expediciones hacia el remoto oeste. Pero las Sombras Rojas seguían atacando y el reino se hallaba al borde de la rebelión.

Por ello, el rey Ariostro se había aventurado por las calles de Messantia, embozado en su capa, a fin de buscar un capitán de barco que fuera lo suficientemente audaz para realizar la empresa y reclutar una tripulación. Entonces se encontró con Conan el cimmerico —cuya identidad adivinó enseguida, si bien era lo suficientemente discreto como para no revelar ese hecho— y a Sigurd Barbarroja, el jovial bucanero de la lejana Vanaheim. Con las piedras preciosas de Ariostro habían comprado la fuerte barcaza, y ahora Conan estaba en el puerto, tratando de alistar una tripulación entre los piratas de las islas Barachas.

Algunos de los rostros que Conan tenía delante le resultaban conocidos de otra época, y a ellos se dirigió especialmente. Llamó sobre todo la atención del cimmerico un gigantesco negro sonriente que procedía de las selvas del sur. Después de señalar al ciclópeo kushita, cuyos brazos desnudos brillaban como untados con aceite, y cuyo pelo rizado estaba vetado de gris, Conan exclamó:

—¡Tú me conoces, Yasunga! No eras más que un chiquillo cuando atolábamos las costas de los países negros al lado de tu ama Belit. ¿Qué decides? ¿Vas a participar en la aventura de mi barco?

Yasunga levantó los brazos en alto mientras lanzaba un grito de alegría.

—¡Sí, sí, Amra! —gritó, ebrio de recuerdos gloriosos.

—¡Atrás, perro negro! —dijo una voz gélida, mientras una silueta delgada, de aire peligroso, avanzaba hasta primera fila y hacía retroceder al negro de un empujón.

El recién llegado se volvió hacia Conan y lo miró con ojos malignos. El cimmerico examinó al hombre. Se trataba de un individuo delgado, de rostro enjuto, con cejas espesas y oscuras, y labios finos. Usaba una coraza dorada sobre un jubón de terciopelo negro; los diamantes relucían en los pendientes que llevaba en las orejas, y en su mano derecha, que buscaba la enjoyada empuñadura de un largo florete entre los encajes de la manga.

Con voz suave, cuyo acento denotaba al natural de Zingara, el hombre vestido de oscuro se dirigió a la multitud y dijo:

—¡Volved a vuestros sitios, perros! Estáis escuchando las divagaciones insensatas de este viejo necio que ha venido a atraeros con vanas promesas acerca de una aventura en lo desconocido. Tal vez sea él ese Amra del que tantas proezas hemos oído contar, y quizás sólo sea un impostor. Pero, ¿qué importa eso? Lo cierto es que este lobo viejo ha venido a nosotros con intenciones de destruir la armonía de la Hermandad. ¿Qué nos importan las aventuras gloriosas? ¡Nosotros somos gente que se gana la vida en el mar,

que busca el saqueo y el botín y que se ríe de los héroes que no sacan partido de sus hazañas!

El individuo volvió a mirar desdeñosamente a Conan, y agregó:

—Y procura no atraer a mi piloto Yasunga a tu descabellada empresa, perro canoso. Yo le he enseñado a ubicarse en el mar por el sol y las estrellas, ¡y por Mitra que se quedará conmigo, con Alvaro el Negro, el Halcón de Zingara! De modo que leva el ancla y márchate con tu carcomida barcaza hacia donde te lleven tus sueños de loco. ¡Aquí no estamos dispuestos a aguantar a gente de tu calaña!

Alvaro se había vuelto a medias para regresar por donde había venido, entre la turba que murmuraba, cuando lo detuvo una profunda y despectiva carcajada del cimmerico, que exclamó:

—¿Me llamas perro canoso, tú, perro emperifollado, cara de muñeca, hijo de las cloacas de Kordava? Yo era capitán de la costa cuando tú aún mamabas la agria leche del pecho de tu madre. Y yo sembraba el oro de una docena de ciudades por las calles de Tortage cuando correteabas, lleno de mocos, en la trastienda de un prostíbulo zingario. Si no tienes agallas para emprender una verdadera aventura, será mejor que te escondas en tu hedionda perrera y dejes que hagan lo que quieran los hombres de verdad. ¡Soy yo quien les está hablando, y si bien es cierto que soy viejo, mi mano no tiembla y aún puede enseñarte a manejar una espada!

Alvaro el Negro giró en redondo al tiempo que lanzaba una maldición y extraía su florete, que brilló como una aguja de fuego. Los presentes cuchichearon llenos de excitación y formaron un círculo en torno a los contrincantes.

Conan arrojó a un lado su amplia capa y fue a desenvainar la ancha espada aquilonia. Pero antes de que estuviera toda la hoja fuera de la vaina, Alvaro ya atacaba con la rapidez y la gracia de un danzarín.

La fina hoja brilló delante del rostro del cimmerico, pero éste, con un ágil movimiento sorprendente para su edad, dio un rápido puntapié al florete, desvió la estocada y luego saltó para ponerse en guardia. Su arma tintineó como una campanilla cuando chocó con la del zingario. Una música metálica se dejó oír entre el rumor del viento, mientras los dos adversarios describían círculos, avanzaban, retrocedían, paraban golpes y atacaban. Las antorchas proyectaban sus sombras movedizas sobre las paredes de las casas vecinas.

Los dos contuvieron la respiración, pues si bien el Halcón de Zingara estaba considerado como el mejor espadachín de las islas, no se sabía lo que podría dar de sí Amra después de tanto tiempo. Comparaban su poderoso cuerpo con la felina agilidad del zingario, y las apuestas que se hacían eran muy variadas.

Alvaro comprobó enseguida que su cantarín florete nunca podría traspasar la férrea defensa de la espada de Conan. Ésta poseía una hoja ancha que parecía impropia para un duelo con un arma más delgada. Debería haber sido pesada y lenta, pero en la diestra del bárbaro se movía con la ligereza de un junco. Tampoco la sonrisa del fiero anciano trasuntaba cansancio alguno al manejarla.

Por el contrario, el sudor perlaba la frente de Alvaro, empapaba sus oscuros rizos y

se deslizaba por sus mejillas hundidas. El zingario se daba cuenta de que si las dos hojas se encontraban en un fuerte impacto, la de su florete saltaría hecha pedazos.

Conan, sin embargo, no trataba de aplicar toda la fuerza a su potente arma. Por el contrario, se limitaba a trazar un reluciente muro de acero con increíble facilidad, que el leve florete de su adversario no lograba atravesar. De cuando en cuando, la sonrisa del cimmerico se convertía en una carcajada amenazadora. Se notaba que estaba jugando con el zingario, y éste sintió un escalofrío al pensar que en cualquier momento su adversario podía desviar el florete y derribarlo de un tajo.

La multitud observaba la escena con los ojos desorbitados, aunque poco a poco se dieron cuenta de lo que iba a ocurrir. Yasunga, el gigantesco kushita que Conan conocía desde hacía tanto tiempo, empezó a repetir una palabra que pronto surgió de cientos de gargantas, hasta que Alvaro tuvo la sensación de que la plaza retumbaba con el eco: — ¡Am—ra! ¡Am—ra! ¡Am—ra!

El ritmo de los gritos terminó por alterar la impasibilidad que caracterizaba al zingario. Alvaro tanteó con una mano buscando algo en su espalda, debajo del jubón de terciopelo negro. Allí llevaba una fina daga shemita, preparada para ocasiones como aquélla. Cuando la hubo extraído de la vaina de cuero, retrocedió unos pasos. Conan, que no había podido ver la maniobra, se detuvo.

—¿Ya tienes bastante, cerdo negro de Zingara? —dijo con voz atronadora.

La daga voló en el aire, dirigiéndose hacia el cuello desnudo de Conan. Éste, sin apresurarse, levantó la mano con la rapidez del rayo y cogió el arma por la empuñadura.

Esta increíble proeza provocó un rugido en la multitud. Habían oído que los montañeses de unos remotos países del este se dedicaban al mortífero juego de detener puñales en el aire, pero nunca habían visto nada semejante. Tampoco sabían que el cimmerico había pasado muchos años en las estepas de Hirkania y en las costas del mar de Vilayet, así como en los elevados montes Himelios, bien como jefe de nómadas, como pirata del mar interior o como soldado mercenario. Durante ese tiempo había aprendido a manejar el mortífero arco hirkanio, la sutil cimitarra zuagira y el rápido puñal de Zhaibar, así como otras armas orientales.

La hazaña hizo que Alvaro abriera los ojos horrorizado. Pareció que le faltaba el aire y se desabrochó el cuello de encaje que asomaba por debajo de la coraza. Permaneció inquieto, como si no supiera qué hacer. La tensión aumentaba por momentos.

Entonces... Conan le devolvió el puñal. Éste brilló en el aire y fue a hundirse hasta la empuñadura en la garganta desnuda de Alvaro. Durante un momento, el zingario se tambaleó sobre sus piernas, mientras la sangre resbalaba por su coraza. Luego cayó sobre el empedrado, con un sonoro ruido metálico.

Conan levantó su espada, la cogió por la empuñadura al vuelo y la introdujo en la vaina. La multitud lanzaba gritos enloquecidos:

—¡Am-ra! ¡Am-ra! ¡Am-ra!

El Kraken Negro

*El Kraken, ese ser antiquísimo,
surgió del limo primitivo
e«tierras sumergidas por el tiempo,
por la oscura superficie del océano.*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Hacia tres días que el *León Rojo* había salido de las Islas Barachas cuando el vigía avistó la galera de color verde.

Era el amanecer del tercer día. Desnudo hasta la cintura, con la espada colgando a un lado, Conan se hallaba de pie en el puente de popa, aspirando con fruición la salobre brisa marina, que había vuelto rígidas de sal su barba y su melena. Un amanecer de llamas doradas inundaba de luz el oriente y comunicaba fuego a las nubes largas y delgadas. El viento del noroeste cantaba entre los aparejos e hinchaba las velas en los mástiles.

—Vaya, Amra, conque de pie al alba, ¿eh? —dijo una voz profunda.

Conan se volvió y vio a Sigurd plantado en el puente, rebosando buen humor. El viento, que agitaba su barba rojiza y daba a sus mejillas una tonalidad encarnada, también extendía su amplia capa de color carmesí que una vez adornara las espaldas de un pomposo almirante de Zingara.

El cimmerico sonrió al observar el espectáculo que ofrecía el rudo hombre del norte. Las trencillas doradas que cubrían su capa formando arabescos estaban ajadas por el sol y la humedad; además, faltaban en ella muchos de los botones de marfil. Una faja multicolor le rodeaba el voluminoso vientre; de ella salían media docena de dagas enjovadas y cachiporras, en tanto que de su costado colgaba un enorme alfanje de hoja mellada.

Debajo de la enorme capa, el vanir llevaba una amplia blusa blanca llena de remiendos y de manchas de vino, y abierta hacia el ombligo. Por dicha abertura también asomaba la mata de pelo rojizo que cubría gran parte del cuerpo de Sigurd. Llevaba un llamativo pañuelo de color escarlata enrollado alrededor de su cabeza calva, y de las orejas le colgaban grandes aros de oro.

—¡Ah, por los cuernos de Heimdal y el velo de Tanit, que es una mañana digna de los mismos dioses!, ¿no es cierto, León? —dijo—. Para mí es tan reconfortante como un buen vaso de vino el hecho de hallarme de nuevo en el mar, con una sólida cubierta bajo los pies y una tripulación de bribones dispuesta a teñir de sangre los nuevos mares con sólo darles una orden.

—Sí —admitió Conan—. Es un buen barco el que nos han proporcionado las piedras preciosas del rey de Argos, y estos truhanes forman una de las mejores tripulaciones que he tenido en toda mi vida.

Al decir esto, el cimmerio echó una mirada al combés, donde los piratas se dedicaban a baldear la cubierta y a realizar otras tareas similares. Las leyendas que rodeaban el nombre de Amra el León habían atraído a un conjunto de avezados corsarios, ansiosos de compartir la gloria y el botín de Amra en el remoto oeste. Aquellos hombres que se afanaban, con el cuerpo desnudo de la cintura para arriba, componían un grupo abigarrado; también olían a sudor y a vino rancio, pero eran los mejores piratas de las islas Barachas.

En su mayor parte, la tripulación estaba formada por nativos de Argos, hombres de estatura media, complexión robusta y pelo castaño o rubio oscuro. Mezclados con ellos había algunos renegados zingarios de piel oscura. También había hombres de Ofir y de Koth, así como algunos shemitas de nariz aguileña, ojos azules y barba negra. Incluso se podía encontrar un par de estigios con rostro de halcón y piel bronceada. Había un fornido zaporosko de cabellos rubios; se llamaba Yakov y era el jefe de los arqueros. Un gigantesco negro de las selvas de Kush semejaba una enorme estatua de ébano; era Yasunga, el piloto. También se veía a otro hombre de piel oscura, físico hercúleo y barba rizada; era Goram Singh de Vendia, una tierra tan al este que la mayor parte de los occidentales la consideraba una fábula. Pero fueran negros o blancos, todos eran veteranos marineros.

—Y bien, ¿cuál es tu plan, Amra? —preguntó Sigurd, posando en el cimmerio sus agudos ojos azules—. Hemos oído hermosas palabras y promesas de rico botín, pero ¿qué buscamos en el océano Occidental y hacia dónde navegamos? Hasta ahora no hemos visto más que ballenas.

Conan se encogió de hombros y repuso:

—¡Crom lo sabe mejor que yo! Lo cierto es que he oído hablar de continentes perdidos y de fabulosas islas más allá de donde se pone el sol. Y por las palabras de Epemitreus y los consejos de los astrólogos del rey Ariostro, he llegado a la conclusión de que debemos dirigirnos hacia el oeste hasta que encontremos algo extraño. ¡Qué los diablos me lleven, Sigurd, si no espero hallar pronto la fuente del Horror! Esta vida en el mar me hace arder en deseos de entrar en acción. La paz será muy hermosa, pero...

Conan desenvainó su enorme espada y cortó el aire con un mandoble que se oyó por encima del viento. Sigurd Barbarroja se echó a reír a carcajadas, con movimientos que movían su enorme panza, y guiñó un ojo.

—¡Vaya, vaya, Amra! —dijo—. ¿Conque eso es lo que nos trae el viento, ¿verdad? Sigues siendo el mismo astuto bribón de otros tiempos. Me imagino que cuando hayamos vencido a ese sombrío enemigo nos dedicaremos a hacer algunas bribonadas, ¿no? En Messantia había muchos barcos mercantes cargados a rebotar; sería una buena broma saquear las naves de Argos con el barco que su rey nos ha dado, ¿no te parece?

El cimmerio sonrió benévolamente y dio unos golpes a Sigurd en la espalda.

—Eres el mismo chacal bandolero de siempre, Sigurd —repuso Conan—. Pero te advierto que eso no me gusta.

—¡No me dirás que al cabo de todos estos años te has vuelto honrado! —exclamó el vanir.

Conan no pudo contener la risa y dijo a continuación:

—No, no es eso, pero, cuando uno ha sido rey, pierde las ganas de cometer delitos menores. Además, Ariostro nunca me ha causado problemas, ¿por qué habría de creárselos yo a él? Mi hijo ya tendrá bastantes preocupaciones protegiendo sus fronteras de los reyes enemigos para que yo le dé más.

—Entonces ¿piensas realizar una incursión contra los estigios, como yo proyectaba hacer cuando nos encontramos en Messantia? Es verdad que es gente dura de pelar, pero con esta tripulación podríamos...

Conan negó con la cabeza.

—Tampoco pienso en eso —dijo—. Al fin y al cabo, yo he sido capitán pirata en varias ocasiones, y de los más célebres. Si busco nuevas aventuras, ¿para qué iba a trepar de nuevo por la misma escala?

—En ese caso —gruñó Sigurd impaciente—, ¿qué rayos pretendes? ¡Dilo de una vez!

El cimmerio extendió su largo brazo y apuntó el índice en dirección a la proa.

—Hacia el oeste, amigo, hay algo que desconocemos aseguró—. Las Sombras Rojas son parte de eso. Antiguos manuscritos lo afirman. Estoy seguro de que no me imaginabas como sabio, ¿verdad?

—Me resulta más fácil imaginar a una de las hermosas bailarinas de Ariostro como sanguinario pirata —repuso Sigurd.

—Bueno, lo cierto es que sé descifrar diferentes escrituras, y en la biblioteca real de Tarantia encontré relatos acerca del Cataclismo, la época en la que el océano se tragó a Atlantis, hace ya ocho mil años. Se afirma en esos escritos que miles de habitantes de Atlantis huyeron al continente, a Thuria, como solían llamarlo. Y en el Libro de Skelos se dice: «Otros huyeron del hundimiento de Atlantis dirigiéndose hacia el Oeste, y se asegura que por allí arribaron a otro continente situado frente al de Thuria al otro lado del océano. Pero se ignora lo que ocurrió con esos fugitivos, ya que, con la desaparición de Atlantis el mar se hizo demasiado ancho para establecer un comercio regular entre las tierras conocidas y las ignotas de Occidente». Eso es todo, pero puede estar relacionado con la empresa que ahora nos ocupa.

—¿Y qué? —preguntó Sigurd—. Yo también he oído cuentos como ése.

—Pues que si ante nosotros hay una tierra de poderosa magia, también será un país rico y opulento, muy adecuado para que unos bribones como nosotros lo saqueemos. ¿Por qué molestarnos en capturar unos pocos barcos cuando con un poco de suerte y decisión podemos apoderarnos de todo un imperio?

Sigurd suspiró y se pasó el dorso de la mano por los ojos. Luego dijo:

—¡Ah, Amra, debí imaginar que en ese duro cráneo se estaba maquinando algún proyecto más colosal de lo que cualquier hombre ordinario pudiera concebir! ¡Eres un magnífico viejo lobo, a fe mía! ¡Aunque nos cueste sangre llegar hasta allí, te acompañaremos hasta donde se pone el sol, si fuera necesario!

Luego miró atentamente al sol y con un bufido de cólera se dirigió hacia el timón, donde un shemita de mala catadura estaba empuñando la barra.

—¡Aparta, perro sarnoso! ¿Estás ciego o borracho? —exclamó, mientras empujaba al pirata a un lado y empuñaba la barra con ademán diestro—. ¡Nos estamos desviando medio punto del rumbo que dio Amra anoche! ¡Malditos sean estos cerdos perezosos, escoria de las islas Barachas!

Entonces miró de soslayo al sol y dio un hábil impulso al timón. El *León Rojo* giró levemente, respondiendo como un potrillo bien amaestrado.

En ese momento se oyó un grito que procedía de la cofa de los vigías.

—¡Barco a la vista! —gritaron.

Conan salió hacia la borda y examinó la superficie brumosa y grisácea del mar con ojos penetrantes, pero no pudo ver nada.

—¿Hacia dónde? —preguntó con voz atronadora, haciendo bocina con las manos.

—¡Un punto y medio por la amura de babor! —le respondieron.

¡Ya lo veo! —dijo Sigurd, que se hallaba de nuevo junto a Conan, jadeando como una morsa asmática, después de haber dejado al pirata shemita otra vez en el timón—. ¡Allí está; por todos los dioses que parece una galera!

Conan se protegió los ojos del sol con una mano y miró hacia donde señalaba su amigo. Allí, navegando entre la tenue neblina del amanecer, pudo divisar dos mástiles desnudos, y cuando una ola levantó al *León Rojo* vio claramente el casco largo y bajo de una galera.

—¡Por todos los infiernos de Estigia! ¿Qué demonios hace una galera aquí? —gruñó Conan—. Ningún capitán con dos dedos de frente se internaría tanto por el océano Occidental en semejante embarcación. Si el oleaje la hace zozobrar, la tripulación perecerá al cabo de un tiempo por falta de alimentos, de agua y de alojamiento adecuado.

La galera ya se veía perfectamente. Podían distinguirse las esbeltas líneas de su casco bajo, que estaba pintado de color verde. Una espuma blanca bañaba sus costados, donde la doble hilera de remos se hundían de manera acompasada en las aguas. Se trataba, pues, de un birreme, con una proa alta y curva que tenía la forma de una cabeza de dragón. Debajo de ésta, y casi al nivel del agua, se divisaba un espolón amenazador de bronce, verde de moho y cubierto en parte por algas y lapas marinas.

—Hum, eso es muy extraño, Amra —dijo Sigurd—. No lleva bandera. Pero en fin, has dicho que íbamos en busca de extrañas aventuras.

—¿Qué es eso que lleva pintado en la proa? —preguntó el cimmerico.

Sigurd echó un vistazo y dijo:

—Parece una nube negra con un centro rojo. ¿O es una enorme estrella de mar?

Conan siguió observando la misteriosa galera de color verde y dijo:

—Bueno, lo cierto es que no se trata de un barco mercante sino de una galera de guerra, pues tiene espolón y doble fila de remos. Dejemos que pase. Sólo nos daría dolores

de cabeza y ningún botín.

De todas formas, le preocupaba la presencia de semejante barco en aquellas aguas inexploradas. ¿Sería lo que estaba buscando? Echando hacia atrás la gris melena, el bárbaro llamó al vigía.

—¡Ahí, en la cofa! —gritó—. ¿Puedes divisar lo que lleva marcado en la proa?

—Sí, capitán. Se trata de una especie de pulpo negro con una serie de tentáculos y con un ojo ardiente justo en el centro...

La voz de Conan se alzó en un poderoso rugido, esta vez para dar unas órdenes.

—¡Timonel, dos puntos a babor, directo hacia la galera! ¡Todo el mundo a cubierta con espadas, picas y defensas! ¡Preparados para maniobrar las velas! ¡Arqueros, al puente de proa, con sus armas! ¡Yasunga, dispón un grupo de abordaje! ¡Atención, perros! ¡Ha llegado el combate que deseabais!

—Pero... —tartamudeó Sigurd, asombrado—. ¿Qué demonios te pasa, por Mitra?

—¡Es el símbolo del Kraken Negro! ¿Eso no significa nada para ti, vieja foca de Vanaheim? —gruñó Conan.

Sigurd acompañó al cimmerico hasta la popa y se detuvo allí cuando Conan mandó al paje de cabina que lo ayudara a ponerse la cota de malla y el casco astado. El hombre del norte fruncía el ceño mientras trataba de pensar acerca de lo que le había dicho Conan. Luego su gesto cambió, pero su rostro palideció.

—¿Acaso te refieres —dijo— a esa antigua historia relativa al emblema de los Reyes Brujos de Atlantis?

—Sí. Y ahora ponte la coraza, antes de que desparramen tus gordas tripas por la cubierta.

—¡Dioses del mar! —murmuró Sigurd, volviéndose lentamente—. El Kraken de los hombres de Atlantis, los que desaparecieron bajo el mar hace ocho mil años. ¡Por Crom, por Ishtar y todos los dioses! ¿Será posible?

Aunque era evidente que no se trataba de un barco mercante que estuviera transportando una carga de valor, la galera verde cambió de rumbo y huyó ante la presencia del *León Rojo*. En cada uno de los dos mástiles habían izado una vela que se hinchaba por efecto de la brisa matinal. El *León Rojo* siguió de cerca la blanca estela del otro barco.

Conan había trepado a los aparejos y se aferraba a ellos con su mano bronceada, mientras que con la otra se protegía los ojos del sol.

—¡Es inexplicable! —murmuró—. Todos los remos están en movimiento, y que me ahorquen si veo a un solo remero en cubierta. Y en el combés tampoco se ven soldados. No hay nadie en los castillos de proa y de popa, ni en los aparejos.

Luego el cimmerico regresó a cubierta, donde lo estaban esperando Sigurd y Yasunga. El hombre del norte le dijo:

—Todo esto es endiabladamente raro, Amra. Fíjate en las líneas de ese casco.

¡Jamás he visto un barco como ése en todos mis años de navegación!

—¡Una galera verde del infierno! —musitó Yasunga con voz profunda y musical—. ¡Es un barco de fantasmas, Amra!

—¡Al demonio con eso! —repuso Conan, impaciente—. Sea un barco infernal o terrenal, lo cierto es que huye como si llevara a bordo a la emperatriz de Khitai y todos sus tesoros. ¡Mira cómo su proa corta las olas!

Luego levantó la voz y ordenó:

—¡Milo, iza las velas superiores! ¡Pronto, o te hago desollar vivo!

Los tres hombres contemplaron de nuevo la galera, y Conan dijo:

—Es un barco muy rápido —comentó—, y se vale bien de los remos y de las velas, pero con más velamen podemos darle caza. Venga de donde venga, no hay duda de que quien lo manda está deseando perdernos de vista.

—Pero el hecho de que no lleve escolta —dijo Sigurd— me resulta muy sospechoso. ¿Quién ha oído hablar de una galera real o que transporte tesoros que navegue sin un barco que la proteja?

La tripulación del *León Rojo* ya se encontraba en sus puestos. Los arqueros preparaban sus armas en el castillo de proa y miraban sus flechas, para ver si alguna se había curvado. En el combés, los marineros se hallaban junto a los cabos de las jarcias, en tanto que los combatientes se apiñaban delante de la borda ajustándose las corazas y las correas de sus cascos. Otros afilaban sus sables con piedras de esmeril.

—¡Por Crom! —exclamó el cimmerico con voz tronante—. ¡Veamos si transporta algo de gran valor, pues huye como una tímida doncella ante nuestra presencia!

Los tripulantes, enardecidos ante la proximidad de la presa, lanzaron gritos de júbilo. Sigurd, cubierto desde el cuello hasta las ingles con una cota de malla, subió al puente de popa. Conan le dio un golpe en el hombro y dijo:

—¡Por Crom y por Mitra, viejo lobo marino, que el sabor de la batalla hace que mi corazón lata aceleradamente, como el de un sabueso que huele sangre!

El hombre del norte esbozó una amplia sonrisa y lanzó un grito de alegría que hubiera hecho estremecer hasta a una ballena.

—¡Ah, León, el viejo Sigurd suele hablar con motivo! —exclamó—. Yo ya había sentido en los huesos que nos hallábamos ante un tesoro como jamás se ha visto.

—¿Eso crees? —preguntó Conan riendo—. Bueno, en ese caso, ¡a por él!

Con todo el velamen desplegado al viento, la carraca avanzó detrás de su presa, subiéndolo y bajándolo a impulsos de las olas y cortando la espuma que la galera dejaba a su paso. La misteriosa nave verde, siempre delante, llevaba extendidas sus dos velas triangulares, como si se hubiera tratado de un reptil volador de tiempos remotos.

Una enorme galera verde del desconocido Oeste, efe con el temido Kraken Negro grabado en la proa, navega a toda vela desde tierras ignotas, llevando un secreto infernal en sus oscuras bodegas.

EL VIAJE DE AMRA

El sol brillaba en la clara bóveda del firmamento cuando el *León Rojo* alcanzó por fin a la misteriosa galera verde que llevaba grabado en la proa el símbolo del Kraken Negro de Atlantis. La galera había huido de ellos durante toda la mañana, empleando no sólo las velas, sino también unos remos que subían y bajaban como si quienes lo manejaban no conocieran el cansancio humano. Pero la carraca salvó palmo a palmo la distancia que separaba a las dos naves.

—Parece ser que renuncia a seguir huyendo —dijo Sigurd con un gruñido.

Como si hubiera comprendido la futilidad de la lucha, la galera aminoró su marcha mientras el *León Rojo* se acercaba. Ahora se hallaban a un tiro de flecha una de otra. Conan miró el castillo de proa de su barco, donde los arqueros de Yakov se habían parapetado detrás de las defensas colocadas sobre la borda antes del combate y esperaban la orden de disparar.

—¡Qué extraño, Amra! —comentó Sigurd—. ¡Todavía no se ve a nadie en cubierta!

—Es condenadamente raro —asintió el cimmerico—. Al menos deberían tener un grupo para rechazar a quienes los aborden. ¿Acaso es que se ocultan todos abajo como ratones, o es que no hay nadie en la nave, con excepción de los remeros y el timonel?

—Ya nos acercamos —dijo Sigurd. Volviéndose hacia la proa, donde estaban los arqueros, Conan gritó:

—¡Disparad una flecha!

—¡Sí, capitán! —repuso Yakov, y golpeó levemente a un arquero en el hombro.

El que había recibido la orden tensó la cuerda y la soltó enseguida. La flecha describió un arco y cayó a diez pasos del casco de la nave enemiga. Durante un momento, la tripulación de la carraca permaneció en silencio, mientras se oía el silbar del viento y el rumor de las Olas.

— ¡Disparad otra!

—¡Sí, capitán!

Esta vez, la flecha fue a incrustarse en el esmaltado casco de la galera.

—¡Ya está a tiro! —exclamó Sigurd.

—¡Lanzad una andanada de flechas! —exclamó Sigurd.

—¡Sí, capitán!

Yakov hizo una señal a todos sus arqueros, y las cuerdas emitieron un chasquido al unísono. Con un silbido semejante a una ráfaga de viento, una nube de flechas salvó la distancia que separaba a los barcos y cayó dentro del casco de la galera. Casi todos los dardos dieron en lugares que no alcanzaban a verse desde el *León Rojo*.

Conan observó el movimiento de los remos de la misteriosa embarcación. Normalmente, una andanada de flechas como aquella habría dejado fuera de combate a unos cuantos remeros, lo que se hubiera reflejado en el rítmico batir de los remos hasta que las víctimas hubieran sido reemplazadas. Pero los remos seguían subiendo y bajando con un compás imperturbable.

—Deben de tener una cubierta sobre los remeros —dijo Conan irritado.

—Creo que está girando para embestirnos con el espolón —afirmó Sigurd.

—Sí. Mantén la proa en dirección a ellos. Si la colisión es de frente, le romperemos el espolón y lo hundiremos.

El vanir dio algunas órdenes al timonel y a los marineros de las jarcias. Las velas fueron orientadas al viento mientras el *León Rojo* evolucionaba hacia estribor a fin de mantenerse de proa a la galera. Unas manos invisibles parecían manejar las jarcias de ésta.

La galera siguió girando; durante un instante, los dos barcos avanzaron enfrentándose por la proa. Desde la alta popa, el cimmerico tenía ahora una buena visión de la cubierta de la embarcación enemiga. No se veía en ella un alma.

Después, la galera, como si hubiera perdido valor a la vista de la alta y recia proa de la barcaza que le venía de frente entre una lluvia de espuma, giró de nuevo hacia babor, balanceándose ante la rapidez de la evolución. Al estar a sólo cincuenta pasos de distancia, Conan pudo apreciar claramente el símbolo negro grabado en la proa de la galera. Parecía más bien una nube formada por densos vapores negros, de los que surgían numerosos tentáculos, de un gran pulpo. Pero el ojo rojizo situado en el centro parecía mirar con expresión furiosa y maligna.

Aún no se veía a nadie en cubierta. La nave de casco verde era como un barco fantasma en el que no hubiera habido un solo ser vivo.

—¡No hay vigías en las cofas! —murmuró Sigurd con inquietud—. ¡Tampoco veo a nadie en cubierta, ni timonel en la barra! ¡Por Mitra y por Ishtar, Amra; esto no me gusta nada!

—¡Yakov! —ordenó Conan—. ¡Haz que disparen a través de los portillos enemigos!

Silbaron las flechas. Muchas se clavaron en el casco, pero otras se introdujeron por los orificios y se perdieron de vista. Pero no se oyeron los esperados gritos de dolor y los golpes de los remos al chocar unos contra otros, como habría ocurrido normalmente. Ahora la galera volvía a avanzar con rapidez, y sus velas triangulares se hinchaban al viento. El *León Rojo* parecía saltar en pos de ella

—¡Yakov, flechas incendiarias! —bramó el cimmerico—. ¡Por Crom que lograré obtener algún signo de vida de esa maldita embarcación!

Hubo algunos momentos de actividad frenética en el castillo de proa, mientras traían antorchas de la bodega y se sumergían trapos en aceite, que luego se ataban a las varas de las flechas. Por último, una cortina de dardos llameantes, que dejaban una estela de humo negro, cruzó el aire y se abatió sobre la verde cubierta vacía del enemigo. Al momento surgieron columnas de humo oscuro desde una docena de puntos del barco; la brisa hizo crecer la humareda.

—¡Ah, hemos logrado algo! —exclamó Conan—. ¡Mira, Sigurd!

Sobre el puente de la ornamentada popa de la galera Vieron aparecer una figura alta y enjuta; ésta, a juzgar por su aspecto, no era la de un hombre de mar. La huesuda silueta estaba envuelta en una túnica de algodón, y una magnífica capa de seda verde cubría sus estrechos hombros. El hombre tenía la cabeza afeitada y sus facciones aguileñas parecían estar fundidas en bronce, tal era su inmovilidad. Parecía un sacerdote, o un hechicero, más que un marino. El desconocido permanecía inmóvil sobre la cubierta de popa, contemplando al *León Rojo* con una mirada venenosa de sus penetrantes ojos negros.

Mientras Conan y su tripulación observaban al extraño individuo, éste levantó su delgado brazo e hizo un ademán singular. Inmediatamente se extinguieron todos los fuegos que se habían originado en cubierta. Las espirales de humo desaparecieron por completo.

—¡Brujería! —exclamó Sigurd mientras apretaba un hombro de Conan con mano férrea.

—¡Yakov! —ordenó Conan—. ¡Una flecha para ese perro del infierno!

Pero antes de que hubiera podido cumplirse la orden, el individuo de la capa verde arrojó por la borda un frasco que había extraído de sus ropas. El frasco cayó en el agua, entre las dos embarcaciones.

En cuanto el pequeño recipiente de cristal hubo tocado las olas, el agua pareció estallar en llamas. Una muralla de fuego de color carmesí se alzó entre las naves. La tripulación del *León Rojo* gritó llena de asombro, y un temor supersticioso se reflejó en el rostro de todos. Eran hombres valientes que se enfrentaban con afiladas espadas y flechas sin la menor vacilación, pero ¿quién podía luchar contra aquella poderosa magia?

—¡Brujería! —volvió a exclamar Sigurd—. ¡Por el corazón de Arimán y las barbas de Tammuz! ¿Has visto eso, Amra? ¡Ese hechicero de ojos rasgados forma una muralla de fuego en menos tiempo del que se necesita para escupir!

Al mirar con atención, Conan advirtió que las llamas no se extendían, como habría ocurrido si hubieran sido originadas por algún líquido inflamable. Por el contrario, se mantenían en su lugar, formando un dique llameante que ocultaba casi por completo a la galera y eran tan altas como para amenazar la vela mayor del *León Rojo*.

— ¡Ocho puntos a estribor! ¡Preparados para la maniobra de velas! —exclamó Conan—. ¡Vamos a ver si podemos rodear el fuego!

—¡Por las entrañas de Shaitan y las barbas de Ymir, las llamas nos están siguiendo! —gritó Sigurd, aferrándose con tal fuerza a la borda que sus nudillos se volvieron blancos.

Así era, en efecto. Cuando el *León Rojo* giró hacia barlovento, la pared de fuego

avanzó como para mantenerse entre la carraca y la galera. Conan hizo pantalla con la mano para observar la lona de su vela, que estaba en peligro. Hasta el momento, las llamas no la habían afectado, y el humo espeso y aceitoso tampoco llegaba a tiznarlas. Entonces el cimmerico lanzó una fuerte carcajada.

—¡Atención, timonel! —ordenó—. ¡Avanza en línea recta sin prestar atención al fuego!

—¡Amra, qué demonios...! —comenzó a decir Sigurd, con los ojos desorbitados.

—¡Observa, vieja morsa, y aprende! —repuso Conan con una sonrisa.

El *León Rojo* embistió contra la pared ardiente como si ésta no existiera. La tripulación del barco no sintió ningún calor cuando pasaron a través de aquélla. Una vez que estuvieron al otro lado, la barrera mágica se esfumó sin dejar rastro. Los tripulantes contemplaron el prodigio llenos de asombro.

—¡Ha sido sólo un espejismo, una ilusión! —exclamó Conan con voz tronante—. ¡Y ahora preparaos para el abordaje, perros! ¡Veremos si a ese mago de adornado ropaje le gusta el frío contacto del acero!

Mientras la proa del *León Rojo* se acercaba cada vez más a la proa de la galera, los que estaban en la carraca podían divisar el semblante duro, parecido a una máscara, del brujo del cráneo rapado, que gesticulaba lleno de ira. Entonces levantó ambos brazos y su suntuoso manto se extendió al viento como las alas de un legendario ave fénix.

—*Hai, Xotli! Cbahuatepakya—xtngothf—* gritó con voz ronca.

Las Sombras Rojas se abatieron sobre el mar. Desde el cielo cayeron como lo habían hecho el primer día que aparecieron en el palacio de Conan. Una de ellas se precipitó sobre el timonel, que lanzó un grito y se desplomó sin vida. El *León Rojo* osciló con fuerza mientras otro hombre corría a ocupar el puesto del caído.

Aquello no era una ilusión, y mientras Conan miraba atónito, el brujo se echó a reír con carcajadas estremecedoras y extendió los brazos para invocar una vez más al Horror de color rojo.

Esta vez, los ojos del mago miraron fijamente al cimmerico.

Los guerreros fantasmas

Tripulada por demonios y protegida por llamas del infierno llega navegando velozmente la galera. ¡El León logrará romper su hechizo y conquistará el tesoro que trae del Averno!

EL VIAJE DE AMRA

El viejo Sigurd se hizo cargo de la situación y dio una orden a Yakov, que se encontraba en el puente de proa.

—¡Traspasa a ese demonio de la capa verde! —exclamó —con voz atronadora.

Las cuerdas de los arcos chasquearon y las flechas atravesaron el espacio en dirección a la dorada popa de la galera, donde el brujo levantaba los brazos para invocar de nuevo al Horror. Pero de repente hizo un rápido ademán y la primera flecha se desvió, para caer, sin hacer ningún daño, sobre la cubierta. La segunda y la tercera corrieron la misma suerte, pero las demás llegaron a él de golpe y eran demasiadas, aparentemente, para que obrase sobre ellas el poder sobrenatural del hechicero. Uno de los dardos le traspasó la mano de lado a lado.

El oscuro rostro del brujo palideció; el hombre retrocedió tambaleándose y se llevó la mano herida al pecho. Miró a los tripulantes de la nave pirata con ojos llameantes y desapareció de pronto.

Los piratas retrocedieron. Sigurd soltó un gruñido y se frotó la nariz.

—¿Qué podemos hacer contra esa hechicería demoníaca, Amra? —preguntó—. ¿Escapamos antes de que esas sombras acaben con nosotros?

Conan lo miró enojado, y dijo:

—Me parece que ya no tienes agallas, viejo chacal. ¡Este barco del infierno es lo que estamos buscando! ¡Desde aquí se invoca a las Sombras Rojas!

—Pero nuestro acero es inútil contra esa clase de hechicerías...

—¿No has visto que uno de los muchachos de Yakov atravesó una mano del brujo con una flecha? Pues ese demonio no podrá invocar a sus monstruos con la mano herida, de modo que vamos a atacar.

El cimmerico avanzó por el puente de popa y dio una serie de órdenes:

—Timonel, un punto a babor! ¡Preparad los arpeos! ¡Dispuestos para el abordaje!

La proa del León Rojo ya había rebasado la popa de la galera, y poco a poco la maciza roda de la carraca embistió el verde flanco de la nave enemiga en medio de un gran chasquido de remos rotos. Los garfios surcaron el aire en busca del maderamen de la galera, y unos brazos musculosos tensaron los cabos para acercar a las dos embarcaciones.

—¡Al abordaje! —gritó Conan saltando desde la escala del puente de popa para

unirse a la turba, que saltaba por encima de las bordas de ambos barcos a fin de caer en la cubierta enemiga con sables, picas y hachas de combate en la mano.

La mayoría de los piratas iban protegidos por alguna clase de coraza o cota de malla. Algunos llevaban jubones de cuero con placas de latón cosidas. Tan sólo unos pocos iban con el torso desnudo. Las cabezas iban protegidas por unos veinte tipos diferentes de cascos. > Las botas de Conan aplastaron uno de los parapetos hechos de mimbre enlazado y el cimmerico fue a caer pesadamente en un espacio para los remeros, situado entre la cubierta y la pasarela longitudinal, Los bancos de los galeotes, cada uno de ellos con capacidad para dos hombres, se hallaban bajo la estrecha cubierta. Si los bancos hubieran estado ocupados, las cabezas de los remeros habrían llegado a nivel de la cubierta. Pero los bancos estaban vacíos. Fueran cuales fuesen los hombres que empuñaran los remos, ya no se encontraban allí. Las palas de los remos flotaban ociosas sobre las aguas.

Con el cabello erizado a causa del temor supersticioso propio de los bárbaros, que sus años de vida civilizada no habían logrado disipar, Conan salió desde el foso de los galeotes a la cubierta principal. Cuando miraba en torno suyo en busca de un enemigo contra quien luchar, el gigante negro, Yasunga, lo cogió por un brazo y señaló el adornado puente de popa.

—¡Mira, Amra, el demonio de la capa!

El hechicero del rostro enjuto había vuelto a aparecer, pero ahora, en lugar de su magnífica capa de seda, llevaba una larga cota de malla hecha de un metal extraño, de brillo sonrosado, que resplandecía a la luz del sol. Un fantástico yelmo, que imitaba la cabeza de un pájaro, le cubría la cabeza. Con la mano izquierda empuñaba una espada recta de filo serrado, distinta a todas las que había visto el cimmerico hasta entonces. Para proteger su brazo derecho llevaba un escudo revestido de esmalte verde, en el que lucía un emblema del Kraken similar al que se veía en la roda de la galera.

Conan se volvió para enfrentarse al hechicero. Al hacerlo, el otro dijo unas palabras en la misma lengua desconocida con la que había conjurado a las Sombras Rojas. Una exclamación de estupor surgió de las gargantas de los piratas, y todos se quedaron inmóviles en sus sitios.

Donde estuviera el brujo un momento antes, ahora había varias decenas, todos idénticos a él.

—¡Atacadlos! —bramó Conan mientras ascendía por la escala del puente de popa, empuñando su enorme espada de dos filos.

El sable del cimmerico se estrelló contra los escudos y las espadas del mágico ejército con un estruendo metálico. Conan respiró aliviado al notar que sus enemigos actuaban como hombres de carne y hueso. Eran altos, musculosos y delgados, y buenos luchadores. Pero el bárbaro se movía entre ellos como un lobo furioso, rechazando sus ataques y propinando mandobles en sus escudos. Detrás del cimmerico llegó la horda de piratas y la lucha se generalizó con infernal estrépito, semejante al del percutir de martillos sobre los yunques.

Profiriendo antiguos juramentos cimmericos, Conan asestaba golpes contra los rostros de nariz aguileña, que se aparecían ante él y pronto caían destrozados. Uno de los

enemigos retrocedió a causa de un revés, mientras otros se desplomaban como consecuencia de las salvajes acometidas del cimmerico.

Pero seguían viniendo más, y Conan siguió luchando con la ciega ferocidad del bárbaro que aún perduraba en su espíritu.

Ya había abatido a ocho o nueve adversarios cuando se vio rodeado por un círculo de enemigos tocados con yelmos en forma de pájaro. La espada de Conan estaba mellada como la de una sierra, y empapada de sangre hasta la empuñadura. La malla estaba destrozada por una docena de puntos, donde los dientes aserrados habían causado algunas heridas superficiales.

Después de empuñar el sable con ambas manos, el cimmerico golpeó con todas sus fuerzas en el círculo de acero que lo rodeaba y rugió como una fiera acorralada. Un décimo guerrero se desplomó con el cuerpo atravesado. Conan desvió varias hojas amenazadoras con una torsión de muñeca que hizo girar su arma, y oyó su propia respiración jadeante y los latidos de su corazón, que parecían el redoble de un tambor picto. Sintió que las piernas comenzaban a flaquearle, pero el mortífero acero seguía reluciendo en sus manos, y sus adversarios seguían cayendo delante de él.

Advirtió que la vista se le nublabá y las amenazadoras filas de enemigos se mecieron en medio de una bruma azulada. Conan sintió entonces el peso de sus sesenta y tantos años. Maldijo con una ira impotente a los dioses y al destino por no tener la resistencia de su juventud, pero al mismo tiempo agradeció a esos dioses que al fin le permitieran morir tal como siempre había deseado, de cara al enemigo y con la espada en la mano.

Entonces, sin saber cómo, arremetió contra el círculo hostil y se enfrentó a un solo guerrero, que se hallaba algo más atrás, recortándose contra el cielo. En un instante, Conan estuvo frente a él. La larga hoja del cimmerico desgarró la cota de malla de metal rosado, traspasó el corazón del adversario... y allí terminó todo.

Jadeando intensamente, el bárbaro giró en redondo para enfrentarse al resto de los enemigos, pero vio que todos éstos habían desaparecido de la cubierta, donde sólo se hallaban sus propios piratas, boquiabiertos. La tropa fantasma se había esfumado; hasta los cuerpos de los caídos se habían desvanecido en el aire.

Conan se apoyó contra la borda y comprobó que allí sólo había un cadáver: el del hombre que había matado en último lugar. El viejo cimmerico respiró hondo, se acercó al muerto y, como respondiendo a una sospecha repentina, retiró el escudo. La mano derecha del hombre caído estaba envuelta en vendajes.

La risa atronadora del bárbaro desconcertó aún más a los bucaneros.

—¡Todos los demás eran una reproducción de ese perro! —dijo finalmente, golpeando el cuerpo con la hoja de su espada—. Eran reales, sin duda, pero tan sólo mientras éste tuvo vida para animarlos. Cuando murió, dejaron de existir. Bueno, ahora traslademos nuestros heridos al *León Rojo*. Goram Singh, organiza un grupo para investigar en el castillo de proa. De prisa; la galera está haciendo agua por el orificio abierto en el casco, y no tardará en hundirse. Si hay algún tesoro a bordo, será mejor que nos apoderemos rápidamente de él. ¡Sigurd, Yasunga, venid conmigo!

Conan descendió por la escalera del puente y abrió de un puntapié la puerta de la cabina de popa. Allí era, a su entender, donde se había alojado el brujo. El cimmerico estaba agotado por la lucha y quería evitar que sus hombres lo notaran. Superaba los sesenta años, y esa edad le pesaba en las piernas como una armadura de plomo. Un buen trago de vino daría nuevas fuerzas a su viejo corazón.

Dentro de la sombría cabina reinaba una penumbra misteriosa. Las paredes estaban cubiertas de extraños tapices rojos, en los que parecían gesticular y reír horribles rostros demoníacos. Sobre una mesa baja había una botella de cristal de extraña forma, llena de un líquido oscuro. Conan tomó el recipiente y probó el líquido.

Sabía a vino, pero era bastante más fuerte que los que él conocía. El bárbaro bebió largamente, y sintió que por su cuerpo se extendía un calor que daba nueva vida a su organismo y hacía que desaparecieran los dolores musculares. Entonces sintió que la sangre se le helaba en las venas, pues allí, junto a unas cortinas de seda, ¡estaba el hombre al que acababa de matar!

Se trataba de la misma persona, ya que su malla de color rosado estaba rasgada sobre el corazón donde el cimmerico asestara el golpe fatal, y por donde ahora manaba sangre en abundancia. Sin prestar atención al petrificado cimmerico, la figura fantasmagórica apartó las cortinas, con lo que dejó al descubierto un nicho oculto en el que había un cofrecillo de plata. Mientras Conan observaba, la translúcida silueta del hechicero cogió el cofre y avanzó hacia las ventanas de la parte posterior de la cabina. Abrió una de las ventanas y se vieron las espumosas aguas azules y una parte del casco del *León Rojo*, situado enfrente. El fantasma estaba a punto de arrojarse al mar cuando Conan cruzó velozmente la cabina, y se abalanzó sobre la borrosa figura y el cofrecillo que el fantasma pretendía arrastrar consigo a las profundidades.

—¿Qué haces, Amra? —exclamó Sigurd, que había entrado junto con Yasunga en la cabina de la galera siguiendo al cimmerico.

El brazo ensangrentado de Conan rodeó la cintura del hechicero, pero pasó a través del cuerpo intangible con tanta facilidad como si éste hubiera sido de humo. Sin embargo, el bárbaro había logrado asir una esquina del cofre y comprobó que aquel objeto era perfectamente material. De un tirón lo arrancó de las endebles manos del fantasma, que ya se arrojaba por la ventana. Cuando el espectro cayó al agua, el cimmerico le lanzó una mirada de infinito odio. Luego, desapareció entre las olas.

Conan se tambaleó por un momento junto a la ventana abierta, aferrando el cofrecillo y tratando de serenar su mente para contestar a las preguntas que le dirigían Sigurd y Yasunga. Para éstos, la figura del brujo no se había hecho visible, pero habían observado que el cofre se alzaba de su escondrijo y avanzaba hacia la ventana como si nada lo sostuviera, al menos en apariencia. Luego vieron que Conan corría y se apoderaba de él.

Antes de que el bárbaro hubiera podido responder, se oyeron numerosas y precipitadas pisadas en el exterior de la cabina; Goram Singh asomó la cabeza por la puerta y exclamó con voz agitada:

—¡Capitán, el castillo de proa y las bodegas están vacías! ¡No hay rastros de un posible botín, y el barco se está hundiendo! ¡El agua ya llega a cubierta! ¡Debemos

regresar al *León Rojo*! Conan echó una mirada al cofrecillo de plata. Aquél era el único botín que habían obtenido en el ataque a la galera verde. Aquél era el tesoro por el que el barco hechizado huía de los piratas. Por conservar aquel cofre, el siniestro mago había luchado hasta la muerte...

El cofre de Atlantis

*Donde la muerte se baña en aguas sangrientas,
bajo cielos sombríos y fantasmagóricos,
hay antiguas islas de leyenda
azotadas por el mar embravecido.*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Con el cofre bajo el brazo, Conan saltó de un barco a otro por la borda. Detrás de él saltaron Sigurd, Yasunga y el fornido vendhio, Goram Singh. Los piratas ya estaban soltando los arpeos de abordaje del maderamen de la galera, y enrollando los cabos de los garfios.

—¡Adelante! —bramó Conan—. ¡Izad la vela mayor! ¡Toda la caña a estribor! ¡Viramos en redondo!

Con un crujido de maderas rotas, los dos barcos se separaron. La galera, que se hundía a causa del daño recibido en el casco, ya tenía la cubierta invadida por las aguas. Sólo los puentes de popa y de proa, así como los mástiles, sobresalían del agua, en la que flotaban tablas y otros restos. Pero allí permaneció estable. Puesto que no llevaba ningún cargamento, podía estar flotando durante meses antes de hundirse.

—¡Izad la vela de mesana! —ordenó Conan—. ¡Dos puntos a estribor sobre el viento!

Una fresca brisa hinchó las velas del *León Rojo*, que respondió a la maniobra con la docilidad de un manso potrillo. Luego se alejó raudo sobre las olas, dejando a su popa los restos de la galera.

Detrás de Conan se encontraba Sigurd, mirando cómo se alejaba de la nave maldita. El valiente hombre del norte estaba sumamente pálido, al igual que los demás tripulantes. Aquel grácil casco verde tenía una intensa fuerza, sobrenatural y aterradora, como el viento helado que sopla sobre una tumba abierta. A su lado, Yasunga musitó algo, sombríamente, en lengua kushita. Sigurd trazó furtivamente sobre su corazón, con el pulgar, la señal del martillo de Thor.

Al cabo de un rato, hasta los mástiles de la galera desaparecieron a lo lejos. El cielo estaba claro: azul en lo alto y rojizo en el oeste, donde el sol de color escarlata se hundía con lentitud entre masas de vapor en unas aguas extrañamente negras. Conan se estremeció y le dio una palmada en el hombro a Sigurd para sacarlo de su trance.

—Vamos a la cabina, viejo chacal; allí brindaremos por el éxito de la pelea. Todavía tenemos que examinar el botín. ¡Yasunga, toma el mando!

Una vez en la cabina, Conan hizo que le trajeran una tina de agua caliente. Se bañó el torso desnudo en el agua humeante para quitarse los restos de sangre seca y el sudor del combate. A veces se estremecía por el escozor que le producían los cortes que tenía en la piel. Luego se secó con una toalla, se puso una holgada bata y, después de quitarse las botas con un suspiro de alivio, se sentó ante la mesa, junto a Sigurd, con los pies metidos en un cubo de agua caliente. El hombre del norte le acercó un vaso de vino y Conan se bebió su contenido de buena gana. Descansando al calor de la estufa, y con la suave calidez del vino en su interior, el cimmerico se sintió invadido por una agradable sensación de bienestar.

—Sírreme otro vaso —le dijo a Sigurd—. Esta escaramuza, al menos, ha servido para enardecer a los hombres. Pero en realidad no hallamos un verdadero botín, con excepción de este maldito cofrecillo de plata.

Colocó el cofre sobre la mesa, entre ambos, y acarició pensativamente la tapa. El cofre tenía un tamaño un poco mayor que el de un ladrillo. Estaba hecho de plata cincelada... o al menos de algo que parecía plata. Bajo la llama de las velas, el metal resplandecía con brillo rojizo, y al tacto se apreciaba que carecía de la fría suavidad característica de la plata.

Sigurd también quiso tocar el cofre; dejó correr su peluda mano sobre los jeroglíficos que tenía grabados en la tapa. Entonces abrió la boca y dijo algo, en el mismo momento en que Conan pronunciaba idéntico vocablo:

—*Orichalcum!*

El legendario y mágico metal de la perdida Atlantis, según se afirmaba, tenía la misma densidad y peso de la plata, pero con cierta apariencia de cobre. ¿Podía ser aquel cofrecillo una reliquia del continente desaparecido? Durante toda su vida, Conan había disfrutado con los relatos de los antiguos reyes, héroes de la era de Atlantis: el poderoso Kull de Valusia, señor del Trono Purpúreo: el terrible Kaa-Yazoth y sus Legiones de Hierro; el emperador Blanco, que había sido expulsado de la Ciudad de las Puertas Doradas por enemistarse con los magos negros, quienes sentaron en el trono, en su lugar, al rey hechicero Thevatata. Esos legendarios relatos, contados alrededor de las hogueras en su país de origen, habían llenado gran parte de las tristes noches invernales de Cimmeria, y plantaron en el corazón de Conan la semilla del gusto por la aventura que lo llevó a recorrer medio mundo. Acarició la extraña caja con mano suave, y con la mirada sumida en un vago sueño de glorias pasadas.

Sigurd, en cuyo corazón mercenario había menos sitio para el sentimentalismo, sacudió ligeramente el cofrecillo y preguntó:

—¿Qué crees que habrá en él?

—Seguramente algo precioso, ¡por Crom! —contestó el cimmerico, riendo—. Es lo único que había en la galera, y por eso huía de nosotros. Abrámoslo ya.

El cofre estaba cerrado, y en él se apreciaba claramente una cerradura. Pero la llave debía de haberse perdido en las profundidades del mar. Sin embargo, una tapa tiene bisagras, y éstas pueden ser forzadas con más facilidad que una cerradura. Conan rebuscó en una caja y extrajo de ella un objeto. Introdujo el filo de la herramienta en el borde que

había entre la tapa y el cuerpo del cofrecillo de plata, y la golpeó con la empuñadura de una gruesa daga.

—Aprendí todo esto cuando era ladrón en Zamora —le dijo a Sigurd, sonriendo—. ¡Por Mitra, de esto hace ya cuarenta años! Pero desde entonces no lo había vuelto a hacer.

No tardó en forzar las dos bisagras, y el cofre se abrió. Dentro se veía un pequeño pergamino atado con un par de cintas rojas.

—¿Un tesoro? —preguntó Sigurd, con un gruñido destemplado—. ¡Por los cuernos de Shaitan y el vientre de Moloch! Abordar una galera y luchar contra una tripulación de fantasmas asesinos, ¿y todo eso para qué? ¡Para encontrar tan sólo un trozo de papel!

El hombre del norte escupió expresivamente, pero Conan examinó el pergamino y dijo:

—¡No te irrites tan pronto, Barbarroja! Esto es algo más que un simple papel, como tú dices. Sí, que me ahorquen si esto no tiene tanto valor como el hechicero parecía otorgarle. Mira bien.

Sigurd se inclinó para examinar el pergamino que Conan había extendido sobre la mesa. En primer lugar, no se trataba de un papiro, sino de un rígido y crujiente pergamino que podía haber sido confeccionado con la piel de un dragón volador, como los que usaban para tal fin, según cuenta la leyenda, los antiguos habitantes de Atlantis. Entonces, era evidente que se trataba de una carta marina en la que había representados mares que se extendían muy lejos, por el desconocido Occidente.

—Este contorno orientado hacia el este es muy semejante a la línea costera de nuestro propio continente —dijo el cimmerico con aire pensativo—. Ves, aquí estaría el puerto de Messantia y esto sería el litoral que va desde Zingara a Shem...

—Sí, ¡y estas formas irregulares son las islas Barachas, por Lir y Mannanan! —murmuró Sigurd con el ceño fruncido—. ¡Pero, cielos, observa esta extensión de océano que hay hacia el oeste!

El dedo regordete de Sigurd se deslizó hacia Occidente, cruzando el mapa a partir de los trazos que indicaban la costa que les era familiar.

—Mira aquí! —exclamó Conan, indicando la costa de un continente desconocido situado en el extremo oeste de la carta, así como una cadena de siete grandes islas que se hallaban al sur de aquellas tierras.

Aunque el territorio era totalmente desconocido para el cimmerico, éste apreció que la carta había sido dibujada con minuciosidad y mostraba puertos, acantilados, bajos y direcciones de vientos y de corrientes, lo que demostraba que el cartógrafo estaba familiarizado con los mares y las costas de aquella zona. Finalmente, Conan dio un puñetazo sobre la mesa y agregó:

—¡Por Crom, ya lo veo! ¿No has comprendido el secreto, Barbarroja?

Sigurd se encogió de hombros, y Conan señaló el pergamino con su índice largo y nudoso.

—La galera verde —agregó— vino desde esas islas en dirección a nuestra costa.

Crom sabe la finalidad que perseguía, aunque tal vez pretendiera soltar las Sombras Rojas sobre nuestras ciudades. Entonces, ¿qué era tan valioso en ese barco para huir ante nuestra carraca como de la peste? ¡Una carta que mostraba el camino hacia su base!

Sigurd parpadeó y repuso:

—Creo que has dado en el blanco, Amra. Pero ¿cuáles son esas malditas islas?

—¡Las islas de Antillia!

Sigurd gruñó y se pasó la mano por la barbilla.

—Bueno, que me frían las entrañas —masculló—. He oído hablar de esas tierras, pero jamás creí en ellas. Entonces, debemos pensar que es cierta la historia según la cual, cuando Atlantis se hundió bajo el mar, un grupo de sacerdotes—brujos huyó hacia las costas ignotas del oeste y erigió allí un reino sucesor del Imperio Dorado, ¿no es así? He oído contar que las murallas de las Siete Ciudades de Antillia estaban todas hechas con ladrillos de oro, mientras que sus calles habían sido empedradas con adoquines de plata. También se afirma que las pirámides y los templos principales de las ciudades se erigieron con orichalcum, el mismo material del que está hecho el cofre, y que se hallaban incrustadas con piedras preciosas tan grandes que podían asfixiar a una ballena en caso de que se las hubiera tragado.

El rechoncho pirata se pasó una mano por la sudorosa frente y agregó:

—Por todos los dioses y los demonios, ¿crees que puede haber algo de verdad en eso?

Conan se encogió de hombros y contestó:

—Sólo Crom lo sabe. Yo también oí relatos similares acerca de Vendhia y de Khitai, y cuando viajé a esas tierras pude comprobar que en las historias se había exagerado mucho la realidad. La única manera de verificar hasta qué punto es cierto lo que se cuenta acerca de esos países ignotos es navegar hacia allí. ¡Y esta carta nos muestra claramente el camino!

Viaje por un mar desconocido

*El viento hincha nuestras velas
nuestra proa se alza ligera;
navegamos en busca de un tesoro
bajo la serena luz de las estrellas*

CANTO DE MAR DE LAS ISLAS BARACHAS

Así fue como el *León Rojo* se internó en las aguas tormentosas y plagadas de monstruos del océano Occidental, en la más peligrosa de las aventuras. Los únicos medios de referencia que tenían sus tripulantes eran el sol, durante el día, y las estrellas por la noche, ya que los marinos de la Edad Hiboria no conocieron la brújula durante el período transcurrido entre el hundimiento de Atlantis y el nacimiento de Sumeria y de Egipto. Pero gracias a la carta marina que habían encontrado en el code orichalcum, pudieron adentrarse con seguridad en aquellos mares desconocidos.

Algunos de los tripulantes sintieron miedo ante la fantástica aventura, pero Conan dio dos buenas razones para que iniciaran semejante empresa: en primer lugar, navegaban en busca de aventuras, gloria y botín, y sin duda encontrarían las tres cosas en abundancia en las siete islas de Antillia, entre las antiquísimas ruinas de las últimas ciudades de los atlantes; la segunda fue que él mismo arrojaría por la borda a los descontentos, para que los devoraran los monstruos marinos. Razonamientos como éstos demostraron ser extremadamente convincentes.

De todos modos, cuanto más se alejaban de las costas que conocían, mayor era su terror supersticioso. Recordaban viejas leyendas, según las cuales el mundo se terminaba más allá del horizonte. En aquel lugar había un enorme abismo en el que los océanos se desplomaban en cascada interminable hasta ir a romper contra los mismos cimientos de la eternidad. Según las leyendas, cualquier barco que navegara más allá del horizonte hacia el oeste pronto se vería arrastrado por una corriente irresistible y su tripulación desaparecería con la nave por la tremenda sima.

Cuando le dijeron esto, Conan respondió repartiendo unos cuantos golpes y señalando con una lógica aplastante que, por más que navegaban hacia el oeste, el horizonte visible siempre se hallaba a la misma distancia. Así pues, siguieron viaje con las velas hinchadas por el soplo constante de los vientos del nordeste. Hacia proa había un mundo desconocido. Alrededor de ellos había un mar misterioso, al que se suponía habitado en sus profundidades por seres de pesadilla. Conan no temía a los monstruos marinos. En su azarosa vida se había enfrentado a guerreros, brujos, fantasmas, demonios e incluso dioses. Todos demostraron ser vulnerables al filo del acero. Pero para aumentar su capacidad defensiva, ordenó al carpintero de a bordo que construyera una catapulta e hiciera algunas bolas gomosas de alquitrán negro, en cuyo interior se vertió aceite y a las que dotó de una mecha de trapos viejos.

A medida que transcurrían los días en interminable sucesión, mientras navegaban por el vasto océano, la inquietud de Conan iba en aumento y éste llegó a desear que se produjera algún acontecimiento que rompiera la tremenda monotonía. Pero por desgracia, si había monstruos en aquellas aguas, no parecían sentir deseos de molestar al *León Rojo*. Con el fin de mantener a aquella banda de truhanes y bribones en relativa tranquilidad, impidiendo que se manifestara su inquietud, procuró mantenerlos ocupados fregando las cubiertas, haciendo puntas de flecha y realizando muchas otras tareas de las que nunca faltan en un barco. Ya que, según afirmaba un viejo refrán hiberno, «Nergal siempre encuentra trabajo para las manos ociosas».

De cuando en cuando, el viejo cimmerico no podía evitar que sus pensamientos volaran hacia la lejana Aquilonia. Se preguntaba qué estaría sucediendo en su antiguo reino, y cómo soportaría el peso de la corona el joven Conn. También se acordó de sus viejos amigos de la corte, de los que ya iban quedando muy pocos.

Recordó asimismo el palacio en el que había pasado tantos años felices junto a su desaparecida esposa Zenobia. Ésta había sido esclava en Nemedía, pero él la convirtió en reina de los fértiles campos y las doradas eras de la soleada tierra aquilonia. Conan le había sido fiel mientras ella vivió —salvo algunos breves períodos de viajes—, lo que no era sencillo para un rudo guerrero de sangre ardiente y linaje bárbaro.

Pero cuando ella murió, a consecuencia de un parto difícil, el cimmerico volvió a adoptar las costumbres de soltero y formó un harén de hermosas concubinas. No le fue difícil conseguir atractivas mujeres. El peculiar sentido del honor que tenía Conan le impedía obligar a una mujer a someterse a sus brazos. Pero siempre hubo jóvenes deseosas de formar parte del harén real. No obstante, jamás volvió a casarse, pues consideraba que jamás ninguna mujer podría ocupar el penoso vacío que Zenobia dejara en su corazón.

Ahora que su esposa había muerto, el cimmerico pensaba a menudo en ella y se sumergía en accesos de melancolía que no eran habituales en él. En tanto Zenobia estuvo a su lado, consideró la devoción de su mujer como algo lógico y le dio poco valor, según el modo de pensar de los bárbaros. Ahora lamentaba no haberle prodigado palabras de afecto y no haber sido más atento con ella.

También recordaba con frecuencia a los amigos de los viejos tiempos. Eran rostros que surgían del pasado para manifestarse en su consciencia: Belit, la muchacha pirata de figura lánguida y felina, que fuera reina de la Costa Negra, su primer gran amor... Taurus de Nemedía, el rechoncho ladrón junto al que trató de robar el fabuloso tesoro de la Torre del Elefante... Toth—Amon, el misterioso brujo de Estigia, cuyo camino se había cruzado tantas veces con el suyo hasta llegar al temible enfrenta—miento final... el leal y sonriente Juba, el gigantesco kushita con el que luchó contra los hombres del valle perdido de Meru, en el lejano Oriente... El conde Trocero de Poitain, el astuto banquero Publius, los valientes soldados Próspero y Palántides, todos ellos excelentes amigos que acudieron en su ayuda cuando el malvado rey Numedides de Aquilonia envió a Conan al exilio, y que se unieron a él cuando inició una rebelión contra el perverso monarca...

Así llenaban su mente los rostros de sus amigos, sus antiguas amantes y sus enemigos del pasado, a quienes no volvería a ver más en esta vida. Estos recuerdos volvían a él con intensidad cada vez más dolorosa, ahora que los espléndidos días de su

turbulenta juventud quedaban atrás, y se acercaba la Larga Noche. «Bueno —se dijo—, la vejez llega a todos los hombres que viven lo suficiente.» ¡Y por Crom que él vería la última puesta del sol sobre un campo lleno de cuerpos ensangrentados cuando le llegara la hora final!

—¡Tierra!

Conan estaba apoyado en la borda del puente de popa, sumido en estas tristes reflexiones, mirando salir el sol entre las nubes del horizonte oriental. El grito le hizo salir de su abstracción y sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Hacia dónde? —preguntó en voz alta.

—¡Tres puntos por la amura de estribor, capitán! —repuso el vigía desde la cofa.

El cimmerio trepó al palo mayor y oteó el horizonte con su fiera mirada de halcón. El oeste todavía estaba a oscuras, pero debajo de las capas de nubes, hacia la derecha de la proa, una franja más sólida se extendía por el horizonte. Tierra. Los piratas se apiñaron en las bordas, señalando y gritando exclamaciones y vítores, mientras unos sombríos montes iban surgiendo de la bruma matinal. Cuando Conan regresaba al puente de popa, Sigurd se le acercó.

—¿Qué es eso, Amra? ¿La Antillia, al fin? ¡Por el disco solar de Shamash y el creciente de plata de Demetrial, por fin vamos a entrar en acción! ¡Oro y botín para todos, y cálida sangre derramada, por todos los dioses!

Conan sonrió y repuso:

—Sí; dos meses a bordo de esta nave, sin otra cosa que mar y cielo alrededor, parecen más que dos siglos. ¡Pero el viaje ha terminado!

En ese momento llegó a oídos del bárbaro el espantoso grito del vigía:

—¡Un ser monstruoso se acerca al barco por estribor!

El cimmerio sintió un escalofrío al escuchar esas palabras. Entonces, miró hacia el punto que le señalaban y se quedó petrificado.

Del misterioso oeste llegaba un horrible ser de forma inconfundible. Se trataba de un dragón que volaba con las alas extendidas, la gran curva de su cuello brillaba con dorados reflejos a la intensa luz del sol de la mañana. El poderoso pecho del ser de pesadilla rozaba de cuando en cuando la cresta de las olas.

Un fuego blanco surgía de los ojos del dragón, y de sus amplias fosas nasales escapaba una densa humareda negra mientras salvaba la distancia que separaba el barco del borroso conjunto de islas. Al acercarse más, los tripulantes del León Rojo pudieron ver que el dragón tenía la forma de un enorme reptil alado cubierto de escamas que brillaban intensamente, y que sus ojos parecían esferas incandescentes.

El fuego del dragón

Sumergidos en tenebrosas brumas rojizas donde se pone el sol con esplendor sangriento, duermen antiguos imperios olvidados como mudos fantasmas de otros tiempos

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

—¡A las armas! ¡Todo el mundo a cubierta! —gritó el cimmerio con tono imperativo, sacando de su trance a los tripulantes que observaban la llegada del monstruo —. ¡Los arqueros al castillo de proa! ¡Yakov, haz una señal cuando el enemigo esté a tiro! ¡Milo, ve a la catapulta con tu grupo! ¡Dirige la mira cuatro puntos por la amura de estribor! ¡Timonel, dos puntos a babor! ¡Sigurd, haz que arríen la vela de mesana! ¡Tenemos que actuar con rapidez! ¡Marco, que me traigan el yelmo y el coselete!

Ante aquel diluvio de órdenes, los hombres se movieron con rapidez entre ruido metálico de armas. Hacia proa, el fornido contramaestre y su gente gruñían y sudaban, al tiempo que hacían avanzar el pesado ingenio. Otros traían los proyectiles desde las bodegas.

El *León Rojo* viró hacia babor con el fin de poner al dragón en línea con la catapulta, ya que el artefacto no podía desplazarse angularmente y, en consecuencia, debía apuntarse maniobrando el barco.

En cuanto la cosa estuvo a tiro de flecha, los arqueros de Yakov enviaron una lluvia de dardos contra él. Algunos fueron a dar a la piel cubierta de escamas, mientras que otros se deslizaron por la resbaladiza superficie. Pero el dragón no pareció sentir nada bajo las silbantes flechas. Las grandes garras que aparecían en el extremo de sus delgadas patas de ave no se contrajeron de dolor, ni el cuello arqueado azotó el aire con violencia, ni el monstruoso rostro cambió de expresión. Aquella máscara de espanto, llena de hirsutas cerdas, se acercaba cada vez más.

En aquel instante, el sol, que había estado oculto por momentos detrás del manto de nubes, iluminó la escena en toda su magnificencia.

—¡Eso no es una cosa viva! —gritó entonces Conan—. ¡Es un barco! ¡Preparad la catapulta!

En efecto, al intensificarse de pronto la luz del sol, el bárbaro pudo ver lo que ocurría. El «dragón» era una galera semejante a la que habían vencido antes, pero su proa estaba construida en forma de cabeza y parte delantera de un monstruo. Y las «alas» eran dos altas velas triangulares, tensadas por medio de varas de bambú, como las de los barcos de Khitai. Estas velas colgaban de un par de mástiles, situados en el combés, y estaban orientadas transversalmente y no en longitud, como en la mayor parte de los veleros. Esta orientación se debía a que el barco contrario navegaba con viento en popa, lo cual, con la ayuda de los remos, contribuía a hacer que la rapidez de la embarcación semejava un vuelo.

Una segunda andanada de flechas rebotó sin hacer ningún daño contra la fuerte proa del buque del dragón. El cimmerico descubrió que las «patas delanteras» eran un par de artefactos, a modo de garfios de abordaje, sostenidos por cables sobre el agua por delante de la proa. Cuando la nave se acercara lo suficiente, sin duda dejarían caer ambos aparatos para retener a la embarcación enemiga.

—¡Milo, una descarga! —gritó Conan.

El contramaestre ordenó al timonel que virase un poco a estribor a fin de que la catapulta apuntara hacia la nave enemiga. Luego, la catapulta resonó con seco estruendo. La primera de las esferas de brea endurecida, arrastrando detrás el humo de su mecha encendida, cruzó las aguas que separaban ambos barcos, se estrelló contra el cuello de la monstruosa figura y después cayó al mar.

Ahora, la galera se encontraba tan sólo a la distancia de un tiro de flecha. El curvo pecho del dragón se abrió por completo. Se trataba de un par de portales que dejaron salir una plancha de abordaje, preparada para el ataque. Dentro de la nave, y junto al comienzo de la planchada, se veía una tripulación vestida de manera extraña y armada hasta los dientes.

El mecanismo de la catapulta volvió a crujir. Su dotación había trabajado desesperadamente para cargar lo antes posible el ingenio. Entonces, un segundo proyectil voló sobre las olas y fue a dar justo en la abertura en la que estaba reunido el grupo de abordaje enemigo.

Pudo verse el vivo fulgor de un estallido y los tripulantes del barco—dragón se dispersaron en medio de la mayor confusión. Dos marineros fueron empujados hacia afuera por sus compañeros y cayeron al agua, donde el peso de sus corazas los arrastró rápidamente al fondo.

El humo comenzó a surgir del casco contrario por diversos puntos. El fuego parecía haberse extendido con enorme rapidez. Conan alcanzaba a escuchar los sofocados gritos de los hombres atrapados. Daba la sensación de que en el otro barco se desarrollaba una lucha desesperada, apenas entrevista a través de la abertura de proa, por sofocar el incendio. Pero pronto surgieron las llamas por las compuertas del cuello del dragón. Luego, las velas en forma de alas se vieron invadidas por el fuego y se consumieron rápidamente. , —¡Amra! —gritó Sigurd—. ¡Otra embarcación hacia babor!

El cimmerico giró en redondo al tiempo que profería un terrible juramento. En efecto; un segundo barco—dragón se dirigía hacia ellos desde el extremo opuesto, avanzando con rapidez.

—¡Milo! —exclamó Conan—. ¡Traslada ese artefacto a la otra banda!

Mientras la dotación de la catapulta se esforzaba por llevar el ingenio al otro costado del castillo de proa, la segunda nave seguía acortando distancias. Conan maldijo su propia necedad al permitir que la lucha con el primer barco atrajera toda su atención sobre éste sin que nadie se ocupara de vigilar el mar.

—¡Yakov! —ordenó—. ¡No dispaes hasta que se abran los portales!

Pero esta vez la nave—dragón no abrió tan rápido las compuertas. Cuando estuvo

más cerca, de la boca del dragón de la proa surgió un silbido semejante al de mil ollas hirviendo, seguido de una lengua de líquido ardiente que describió un temible arco sobre las aguas. Las llamas se abatieron sobre un costado y parte de la cubierta del *León Rojo*, y al momento aparecieron pequeñas hogueras en diversos puntos de la nave pirata.

Algunos de los tripulantes de ésta se sintieron invadidos por el desconcierto. Otros reaccionaron y procuraron apagar el fuego con sus ropas. El líquido inflamado producía un humo negro y aceitoso, de olor penetrante. Conan comprendió enseguida que se trataba de un aceite mineral como el que surgía del suelo en los desiertos de Iranistán y en el sur del territorio turanio.

Pero no tenía tiempo de explicar aquello a sus hombres. Se produjo un segundo silbido, y otra lengua de fuego se abatió sobre la vela de trinquete, que en un momento ardió como una antorcha. Los que manejaban la catapulta, así como los arqueros, se dispersaron gritando cuando la vela en llamas cayó sobre ellos y sus restos ardientes invadieron la cubierta.

—¡Todos a estribor! —exclamó el cimmerico—. ¡Virad en redondo!

Conan se había dado cuenta de que otra llamarada podría destruir su vela mayor, y convertir el *León Rojo* en un casco inerme.

Pero era demasiado tarde. Se oyó el temible silbido, y la vela mayor se desintegró en medio de rugientes llamas. Los garfios de abordaje de la nave enemiga cayeron sobre la cubierta para aferrarse al maderamen. Sólo entonces se abrieron los portalones de proa, se extendió la plancha y el equipo de abordaje saltó a la cubierta del *León Rojo*.

Aquellos hombres tenían la piel cobriza y los ojos rasgados, así como los pómulos salientes y narices aguileñas. Usaban cascos transparentes en forma de cabeza de pájaro, al igual que los del hechicero de la galera verde, y cubrían con una extraña coraza cristalina sus jubones de cuero. Empuñaban armas de aspecto insólito, con filos serrados, y lanzas ganchudas. En una especie de hondas llevaban unas esferas de cristal. Conan vio que utilizaban otras armas, pero no pudo identificarlas a primera vista.

Los arqueros de Yakov podrían haber detenido al grupo de abordaje enemigo mediante una lluvia mortal de flechas, pero estaban tan desmoralizados como el resto de los piratas. El cimmerico bramaba y profería juramentos desde la popa, pero a pesar de todo sus hombres seguían gritando y moviéndose en el combés sin orden ni concierto. Algunas flechas silbaron en dirección a los atacantes, pero no causaron ningún daño. Sus puntas se estrellaron y se quebraron contra las corazas de apariencia frágil y cristalina. Algunos piratas se congregaron en torno al lugar donde la plancha del enemigo tocaba la borda del *León Rojo*.

Conan saltó desde la escala del puente de popa, empuñando su enorme espada, con el fin de apoyar a los defensores. Por su parte, los que atacaban, según pudo ver entonces el cimmerico, utilizaban un curioso equipo. De sus fosas nasales partían unos tubos que terminaban en unos depósitos que llevaban a la espalda. Aquello parecía un artefacto para facilitar la respiración. Pero ¿por qué lo usarían?

Conan tuvo la respuesta cuando alcanzaba la cubierta central. El atacante que iba a la vanguardia se detuvo y volteó su honda, lanzando sobre los piratas numerosos globos de

cristal que poseían el tamaño de una manzana. Los globos estallaron con estrépito, y de su interior surgió una nube de vapores pálidos.

Más y más esferas reventaron, esparciendo el tenue humo, que iba aumentando a pesar de que el viento lo barría en parte. Entonces Conan vio que sus hombres, reunidos en el combés de la nave, caían sin sentido sobre la cubierta. Uno tras otro se fueron desplomando, hasta que sólo unos pocos quedaron en pie. La cubierta estaba llena de cuerpos inertes, si bien los caídos tenían un aspecto apacible, como si hubieran estado durmiendo, y en ellos no se apreciaba daño alguno.

Entonces, el grupo de abordaje de la galera enemiga invadió desde la plancha la cubierta del *León Rojo*, en la que aún ardían fragmentos de velas y de aparejos. Lanzando un rugido de desafío, Conan se abalanzó sobre ellos blandiendo su pesada arma, que trazó un brillante arco de acero alrededor del cimmerico. Las corazas cristalinas saltaron en pedazos ante el poderoso impacto de la espada y la hoja cortó vidrio, cuero, carne y hueso. Saltaron algunos miembros, y de los cascos transparentes surgieron velados gritos de dolor.

Conan se abrió paso entre el poco compacto grupo que formaban los primeros atacantes y dejó tendidos a tres enemigos sobre cubierta. Pero llegaron otros por la plancha y rodearon al cimmerico, para concentrar en él su ataque. El bárbaro se abrió paso hasta la borda; allí, al tener las espaldas cubiertas, dispuso de un momento de respiro. Al otro extremo de la cubierta, el cimmerico vio a Sigurd, que se enfrentaba a dos atacantes. Dos de ellos se hallaban tendidos a los pies del jovial pirata. Y de pronto, aunque no pareció haber sufrido ningún daño, Sigurd dejó caer su cimitarra y, después de tambalearse durante un momento, cayó pesadamente al suelo, al igual que los demás tripulantes de la carraca de Conan.

Éste percibió un olor dulzón y sintió que la escena giraba ante sus ojos. Los hombres de Antillia se habían apartado de él y formaban un semicírculo. Durante breves instantes, el cimmerico se enfrentó a sus adversarios con una amarga sonrisa en los labios. Luego, por encima de las cabezas de los atacantes más cercanos, volaron varias esferas que fueron a estrellarse a los pies del bárbaro. Conan no esperó a que se difundieran los vapores y lo dejaran inconsciente, sino que lanzó un gruñido y se arrojó contra el semicírculo enemigo. Su enorme espada, que empuñaban sus poderosas manos llenas de cicatrices, giró sobre su cabeza como las aspas de un molino. Tras un par de golpes atronadores, dos antillianos cayeron con la cabeza o las costillas destrozadas. Entonces, Conan se encontró libre de la presión enemiga.

El cimmerico se dio cuenta de que no podría luchar solo contra la tripulación de la galera. Aunque pudiera vencer a algunos adversarios, tarde o temprano lo rodearían y acabarían con él. El cansancio propio de los años pesaba ya sobre sus miembros y hacía más lentos sus movimientos. Empezaba a jadear intensamente, y el humo del velamen incendiado, así como los pálidos vapores que había aspirado, le hacían toser. Todos los integrantes de su tripulación yacían tendidos en cubierta; algunos habían muerto por efecto de las armas enemigas, pero la mayoría estaba inconsciente a causa de los vapores tóxicos.

Un hombre corriente se habría sentido desconcertado, sin saber qué actitud tomar

ante aquella situación tan comprometida. El barco estaba perdido sin remedio, pues había sido invadido por los tripulantes de la galera en forma de dragón. Las velas y los aparejos habían desaparecido entre las llamas, y un centenar de pequeños fuegos surgían aquí y allá en la cubierta, donde se encontraban trozos de cordaje, de velamen o de maderos de vergas y mástiles. El primero de los barcos, que se había incendiado por completo, acababa de desaparecer bajo la superficie del mar, sobre la que tan sólo habían quedado despojos flotantes.

Conan comprendió que no haría ningún bien a sus hombres si dejaba que lo mataran o lo capturaran. Por el contrario, si lograba escapar, tal vez posteriormente tendría una oportunidad de liberarlos...

El decidido carácter bárbaro del cimmerico lo impulsó a actuar casi sin reflexionar acerca de las consecuencias que pudieran tener sus actos. Con un poderoso esfuerzo final, trepó con dos saltos a la escalera del puente de popa. De los dos timoneles que solían estar junto a la caña del timón, uno había desaparecido. El otro estaba muerto y tenía delante a uno de los atacantes, que permanecía quieto, empuñando su serrada arma llena de sangre. Conan se abalanzó sobre él y de un solo golpe le destrozó la hoja cristalina de su espada. Con un enérgico impulso de sus fuertes brazos traspasó la coraza del enemigo, hecha de aquel extraño material semejante al cristal, y ensartó el cuerpo del hombre. Éste lanzó un grito ahogado y cayó sobre la cubierta.

Entonces, el cimmerico arrojó a un lado su enorme espada, se quitó rápidamente el casco y lo lanzó al agua.

No quería que los enemigos pudieran apoderarse de sus propias armas. Luego arrebató a un enemigo caído el casco de cristal y el aparato de respiración correspondiente. En el momento en que una nueva oleada de antillianos irrumpía por la escalera del puente de popa, Conan se colocó el artefacto sobre la espalda.

Los atacantes corrieron hacia él con gritos de ira. Esquivó una lanza de punta ganchuda, y después de recoger su espada de la cubierta aplastó de un fuerte mandoble el casco transparente y el cráneo del lancero enemigo. Antes de que los demás pudieran acercarse, el cimmerico saltó a la borda y desde allí se zambulló en las aguas azules. Arrastrado por el peso de su cota de malla, el bárbaro se hundió como una piedra.

*Armados de tentáculos y colmillos,
los monstruos se abalanzaron sobre el León...*

EL VIAJE DE AMRA

El sol matinal ya estaba en lo alto y había despejado los últimos restos de neblina. También las nubes parecían eludir sus dorados rayos. Los hombres de la nave—dragón, que iban por parejas, recogieron a los desvanecidos tripulantes del *León Rojo* y los trasladaron a su propio barco. Otros se dedicaron a apagar los pequeños fuegos con cubos de agua que subían por la borda por medio de cuerdas, o bien extinguían las llamas con sus capas.

Por último, y después de dejar una pequeña dotación a bordo del barco pirata, los atacantes regresaron a la galera. En medio de fuertes chirridos retiraron la plancha de abordaje y soltaron los arpeos de hierro que mantenían unidas a ambas naves. Los portalones del casco del buque—dragón se cerraron. Luego, la nave maniobró con remos y velas hasta que su popa se encontró delante de la proa de la carraca. De uno a otro barco fue arrojada una gruesa cuerda; al fin, en medio de crujidos de aparejos producidos al orientar las velas al viento, el barco—dragón avanzó hacia el lugar de donde había venido, remolcando al *León Rojo*.

Conan cayó ruidosamente al agua. Lastrado con el peso de la cota de malla y de su enorme espada de doble filo, que aún empuñaba, se hundió en el mar.

El agua estaba muy fría, pues el sol de la mañana aún no había tenido tiempo de penetrar lo suficiente bajo la superficie. El estímulo del agua fría y salada, al bañar los miembros del cimmerico, fue bien acogido por éste. Un gélido estremecimiento infundió nuevo vigor a los doloridos músculos del viejo guerrero.

Descendió lentamente a un mundo de pálido jade verde. El casco del *León Rojo* se encontraba encima de Conan, y éste pudo divisar las lapas adheridas a la quilla; luego vio el casco de la galera—dragón y le pareció que ambas naves eran como remotos planetas sumergidos en un firmamento plateado. Una extraña visión...

Su primer impulso al caer al agua fue el de despojarse de sus armas y nadar. Luego se dio cuenta de que el aparato del casco de cristal le permitía respirar perfectamente bajo el agua. Por otro lado, también podía ver el mar a su alrededor, gracias a la transparencia del casco. En aquel lugar, no lejos de las islas de Antillia, el fondo del océano subía en suave pendiente. Como consecuencia, en lugar de caer a un abismo de tenebrosa oscuridad, Conan pensó que aún bajaría algunas brazas y luego, ya en el fondo, podría avanzar hasta la costa. Así pues, dominando su instinto, que lo impulsaba a nadar, se dejó deslizar, moviéndose apenas lo suficiente para mantenerse erguido.

Respirar ya era otro asunto. El casco se ajustaba bien a su pecho y a su espalda. Dos tubos de vidrio conectaban con una especie de tanque que llevaba a cuestas. El primer tubo entraba en la parte anterior del casco a la altura de sus fosas nasales; el segundo penetraba a la altura de la boca. Una pequeña prueba le demostró que quien utilizara el casco debía colocar los labios alrededor del tubo inferior y acercar la nariz a la abertura superior. Así aspiraría por el tubo de la nariz y espiraría por el de la boca. Cuando exhalaba el aire, una columna de burbujas plateadas surgía del aparato, produciendo un sonido borboteante. Este método de respiración tan desusado requería un poco de práctica, pero Conan ya se había acostumbrado a aquel sistema cuando por fin tocó el fondo del mar con las piernas extendidas.

Una arena fina y suave cubría el fondo, y de ella se alzaron tenues nubéculas cuando el cimmerico movió las piernas para mantenerse erguido.

Conan comprobó que la visión, a través del casco de vidrio, era muy buena, si bien a unas pocas brazas de distancia el agua era oscura y le impedía ver más lejos. Aunque llegaba suficiente luz solar, las ondulaciones arenosas más alejadas desaparecían en una oscuridad de color esmeralda.

Le resultó fácil orientarse, pues no tenía más que ir subiendo por la pendiente para dirigirse a la costa. Así pues, se encaminó en aquella dirección, avanzando con dificultad sobre la fina arena y meciéndose de un lado a otro debido a que su cota de malla y el aparato de respiración le pesaban. No obstante, a pesar del peso de su equipo, el cimmerico se sentía extrañamente ligero. Notaba una fuerte presión, pero ésta se ejercía por igual sobre la totalidad de su cuerpo. Dicha presión le impedía respirar con facilidad, pero a pesar de ello se adelantó dando saltos grotescos que lo separaban del suelo a cada paso que daba.

En aquel fondo marino pululaba una vida desconocida. Conan pasó junto a un bosquecillo de extrañas plantas, cuyas hojas largas y sedosas ondulaban cual brillantes cintas multicolores. Unos peces pequeños de tonos muy vivos nadaban a su alrededor como fantásticas aves doradas, purpúreas, azuladas o pardas. Verdaderas torres de coral rosado o blanco se alzaban sobre la arena y extendían sus ramificaciones, como árboles petrificados.

Cuando hubo dejado atrás las barreras de coral, Conan se encontró en una zona de bloques de piedra desordenados, apoyados unos contra otros como si se hubiera tratado de las ruinas de alguna antigua ciudad de gigantes. Racimos de criaturas marinas se aferraban a aquellas grandes piedras. Algunas tenían aspecto de flores o de estrellas, o estaban cubiertas de púas. Otras poseían largos tallos o se ramificaban en apéndices llenos de plumas.

El cimmerico siguió avanzando, escalón tras escalón, ‘ por aquellos peñascos, y en una ocasión profirió un juramento al sentir que algo afilado le había herido uno de los dedos de la mano. Al cabo de un rato llegó a una extensión horizontal y se detuvo a descansar. ; El sol debía de hallarse muy alto ya, pues el intenso color esmeralda de los niveles anteriores había dado paso a un tono mucho más claro. En aquella luminosidad pudo apreciar otra pendiente que debía de conducir hasta la superficie. El cimmerico observó que en aquel suave talud había una caverna marina.

Al divisar aquella abertura, Conan decidió dar un cauteloso rodeo para no pasar justamente por delante. Su experiencia con las cuevas terrestres le indicaba que solían estar habitadas por seres extraordinarios, con los cuales no convenía enfrentarse. Estaba seguro de que en aquella oquedad moraba algo más peligroso que unos simples peces plateados.

Mientras dejaba a un lado la boca de la cueva, el cimmerico divisó unos remolinos que surgían de la oscuridad del interior. Entonces apareció una mancha luminosa tan grande como un plato, y luego otra. Después notó que algo se deslizaba hacia él arrastrándose por el fondo marino. Era algo así como un enorme cable o soga, o como una gran rama cubierta por una corteza oleosa, tersa y oscura, que tenía demasiada flexibilidad y movimiento. El extremo que tenía más cerca se adelgazaba hasta convertirse en una especie de látigo, y se engrosaba en la boca de la cueva hasta alcanzar el diámetro del tronco de un árbol.

Mientras aquella prolongación se retorció avanzando hacia Conan por el fondo del mar, el cimmerico vio que en su parte inferior se apreciaba una doble fila de discos que parecían ventosas, algunas tan pequeñas como su pulgar y otras del tamaño de platillos. El extremo más fino del tentáculo se levantó del fondo y palpó la bota de Conan, como para determinar la naturaleza del intruso.

«Por Crom», dijo el cimmerico para sus adentros, al reconocer el tentáculo como el de un ser de la especie del monstruoso Kraken. Entonces dio un salto hacia atrás, al tiempo que desenvainaba su espada.

En tierra, aquel salto lo habría llevado bastante lejos, pero bajo el mar las cosas eran diferentes. Conan se encontró dando vueltas sobre la arena, y el agua penetró en el interior de su casco de vidrio. Con la mano libre, dio unos golpes en el agua para enderezarse.

El tentáculo se retiró, pero sólo momentáneamente, ya que enseguida avanzó y se enrolló alrededor del muslo del cimmerico como una serpiente.

Conan propinó un fuerte mandoble con la espada, pero la resistencia del agua hizo que su golpe quedara muy atenuado. En consecuencia, la espada rozó suavemente la elástica extremidad y rebotó en ella.

La presión sobre el muslo de Conan se hizo tan fuerte que su pierna comenzó a entumecerse. Sus pulmones trabajaban arduamente para contrarrestar la presión del agua. El tentáculo volvió a golpear, y pudo comprobar, al igual que antes, que el medio líquido atenuaba el impacto.

El cimmerico sentía cada vez con más fuerza el brutal apretón del tentáculo, y se dijo que, a menos que lograra liberarse pronto de él, se vería arrastrado por el monstruo al interior de su caverna, y allí, en el centro de la corona de brazos, habría un pico agudo, semejante al de un loro, que aguardaría el festín.

Daba la sensación de que el gigantesco Kraken no estaba aún enardecido. Jugaba perezosamente con su víctima, mostrando evidente curiosidad, pero sin sentir hambre. Después, Conan vio que otro tentáculo se deslizaba hacia él, y luego otro más.

Entonces empleó la espada como un puñal y hundió la punta en la gruesa piel del miembro que se había enrollado alrededor de su pierna. La hoja se fue hundiendo

lentamente en la carne elástica hasta que la punta apareció por el otro lado.

Afortunadamente, Conan estaba armado con una espada de hoja recta, y no con una curva o de punta roma. Si éste hubiera sido el caso, la epopeya de Conan el cimmerico habría concluido allí mismo.

El viscoso animal pareció sentir un intenso dolor al serle perforado un miembro. Conan movió la espada como si estuviera aserrando, y de pronto debió de tocar un nervio, pues el tentáculo se soltó repentinamente y azotó las aguas, y arrojó al cimmerico a un lado.

En el momento en que el bárbaro hubo recuperado el equilibrio sobre la superficie arenosa, otro tentáculo se le acercó en ondulaciones, como el cuerpo de una enorme serpiente de piel oscura. Cuando ya se le acercaba, Conan volvió a traspasar el miembro y empujó con fuerza, intentando clavarlo contra el suelo de arena. Con una sacudida, la elástica prolongación se liberó, pero a costa de quedar cercenada en parte.

Entonces, el agua se agitó en torno a Conan formando remolinos, pues el colosal pulpo, furioso por el dolor de las heridas, salió de su caverna. El cimmerico no pudo evitar un gesto de asombro al comprobar el tamaño del monstruoso animal.

Su cuerpo era grande como una casa. Los tentáculos, de una longitud equivalente a la del *León Rojo* y tan gruesos en su base como el tronco de un árbol antiguo, se aferraban a las rocas del fondo mediante sus ventosas y arrastraban al monstruo detrás. La boca, con su enorme pico, estaba oculta entre el círculo de tentáculos.

En la enorme cabeza destacaban los dos ojos, del tamaño de dos platos. Dichos ojos tenían pupilas alargadas, como las de los gatos, pero su contorno era horizontal en lugar de vertical. La mirada fría y maligna de aquellos ojos sin párpados era una de las más aterradoras con las que se había enfrentado el cimmerico.

Detrás de la cabeza había un cuerpo informe, parecido a uno de los colosales pellejos de vino que había en las bodegas del rey Ariostro. Oleadas de colores cambiantes se sucedían sobre la moteada masa flexible, que tan pronto era de color blanco, como rosado, pardo o negro.

Conan permaneció inmóvil, pensando en la actitud que debía adoptar. No se atrevía a huir por la accidentada pendiente que tenía ahora detrás, pues la lentitud de su marcha y el hecho de darle la espalda al monstruo lo dejarían indefenso ante él. El cimmerico se dijo que el enorme pulpo no lo vería claramente si se quedaba quieto en la semipenumbra de las aguas, mientras que, si se movía, atraería inmediatamente la atención del Kraken. Pero por otro lado, tampoco le convenía quedarse donde estaba, permitiendo que el pulpo se le acercara aún más. Si el monstruo seguía avanzando, en uno u otro momento sus tentáculos darían con el cimmerico.

Al decidirse por la solución que le parecía más factible, Conan saltó hacia arriba. Esperaba rodear por completo al animal y alcanzar la pendiente superior situada más allá de la cueva antes de que el pulpo descubriera su posición.

Pero el bárbaro no tuvo en cuenta que al hacerlo aparecía como un objeto móvil y oscuro que se recortaba claramente contra la plateada superficie de las aguas, que quedaba más arriba. Y cuando ya nadaba por encima del monstruo, dos tentáculos se cerraron en torno a él, uno alrededor de la cintura y el otro rodeando su pie izquierdo. Conan se dio

cuenta de que estaba completamente indefenso. En pocos instantes, los tentáculos lo arrastrarían hacia el pico, que castañeteaba con avidez.

Volvió a hundir la hoja de su espada en la blanda carne del pulpo, pero esta vez no debió de tocar ningún lugar especialmente sensible, ya que el cimmerico sintió que la presión de los titánicos miembros aumentaba, y se vio arrastrado con una fuerza inexorable hacia el horrendo pico del monstruo.

En aquel preciso instante, una forma negra y alargada cayó como un rayo sobre uno de los tentáculos que sujetaban al bárbaro.

El oscuro cuerpo había salido de la penumbra como si se hubiera tratado de un proyectil de dimensiones gigantescas. El chasquido de una triple fila de dientes cercenó uno de los tentáculos. La parte cortada soltó la cintura de Conan y se hundió hacia el fondo, retorciéndose como una lombriz partida en dos.

El recién llegado era un enorme tiburón, cuyo macizo cuerpo en forma de huso mediría unas diez yardas de largo. Era de color gris pizarra por encima y amarillento por abajo, y tenía grandes aletas triangulares. Nadó en círculos durante un momento por las verdes aguas. Luego, arqueando la cartilaginosa columna vertebral, se lanzó al ataque con renovado ardor. Sus ojos pequeños, amarillos y vidriosos, trasuntaban un hambre tan feroz que hicieron estremecer al cimmerico.

Ahora, éste se hallaba sujeto por un solo tentáculo, que le rodeaba un pie. La gravedad de la situación confirió una fuerza extraordinaria a los brazos del bárbaro, que apoyó la hoja de la espada en el miembro del pulpo y, después de un intenso forcejeo, logró cortar el tentáculo. Entonces, Conan quedó libre.

Sin detenerse un solo instante, el cimmerico nadó con verdadera furia, tratando de evitar el meteórico ataque del tiburón. La espada que llevaba en la mano le molestaba y lo inclinaba del lado derecho, de tal modo que tenía que nadar en semicírculos. Pero eso fue suficiente para alejarlo del camino del tiburón, cuyas aletas cortaban las aguas como rejas de arado.

El enorme pez pasó velozmente junto al bárbaro, y sus tremendas mandíbulas, armadas de afilados dientes, chasquearon en el agua. Erró a Conan por tan poco que éste alcanzó a ver las pequeñas escamas que cubrían el vientre del animal. El desplazamiento del agua sacudió al cimmerico como una hoja al viento.

El tiburón giró entonces una vez más, y el bárbaro comprendió que en aquella ocasión su enemigo no erraría. Pero cuando ya avanzaba rápidamente hacia él, tres tentáculos negros se retorcieron en las aguas y aferraron al tiburón. Los brazos del pulpo se movían como serpientes enfurecidas. El tiburón curvó el cuerpo con rapidez, sus dientes chasquearon y otro tentáculo quedó seccionado, y se hundió, retorciéndose. Pero otros tentáculos envolvieron el cuerpo del tiburón.

Conan, con la espada entre los dientes para mantener las manos libres y poder nadar, vio lo que estaba ocurriendo mientras él se alejaba todo lo que podía de la escena del ciclópeo combate. El pulpo había extendido cinco de sus ocho brazos—incluidos los que tenían un extremo cercenado— y aferraba al tiburón por el morro y la parte anterior del cuerpo, cubriéndole las agallas y los ojos. Por más que el tiburón se agitaba y retorció, era

incapaz de atacar a su adversario con las poderosas mandíbulas.

Entretanto, el pulpo se había sujetado a las rocas del fondo mediante las ventosas de sus otros tres brazos, a fin de no ser arrastrado por los movimientos espasmódicos de las aletas del tiburón. La arena, levantada del fondo por los esfuerzos de los combatientes, oscurecía la escena. Pero ésta se oscureció mucho más aún cuando una nube de tinta, expulsada por el pulpo, se extendió en todas direcciones.

El cimmerico se alegró profundamente de aquella circunstancia. Enzarzados en su colosal lucha, ni el pulpo ni el tiburón se fijaban en él. Por consiguiente, se alejó nadando de la escena del conflicto. Al cabo de un rato, los dos adversarios desaparecieron de su vista. Conan no llegó a saber si el pulpo logró vencer al tiburón, o si la nube de tinta indicaba que éste estaba triunfando y que el octópodo pretendía así disimular su retirada.

Cuando volvió a apoyar los pies en el fondo marino, a unas ciento cincuenta yardas de distancia, con el fin de seguir avanzando a pie, Conan se sintió contento de ignorar el resultado de la batalla. Delante, pendiente arriba, el fondo se aclaraba a medida que ascendía hacia la superficie del océano. El bárbaro avanzó sin detenerse, haciendo caso omiso de la presión que le oprimía el pecho y del dolor de las piernas, causado por la fuerza que debía desarrollar para vencer la resistencia del agua. Se dio cuenta de que aún le quedaba bastante por andar antes de llegar a la superficie, y sintió enormes deseos de poder respirar de nuevo aire puro y fresco.

El cimmerico prosiguió su marcha a través de las aguas en penumbra. Su extraña figura, coronada por el fantástico casco de cristal, parecía la de un dios fabuloso de las profundidades.

La ciudad perdida

*Sumergidos en la mística bruma rojiza
donde el sol se pone con esplendor sangrante
yacen imperios olvidados
como fantasmas de tiempos primitivos*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Conan salió de entre las olas y pisó el primer peldaño de la escalera de piedra que llevaba hasta la enorme puerta, cerrada por la proximidad de la noche. El sol ya había desaparecido detrás de la gran muralla.

Se quitó cuidadosamente el casco de cristal y los tubos de respiración, y dejó el artefacto —cuya carga de aire ya se estaba agotando— sobre una piedra. Luego se quitó las botas y vació el agua que había en ellas. Se quedó sentado un momento en la piedra, mirando con cautela a su alrededor y jadeando intensamente. La hazaña de recorrer casi una legua por debajo del agua en un mar infestado de tiburones, y luego otro tercio de legua por la costa hasta la ciudad, había minado considerablemente las fuerzas del viejo guerrero.

Cuando llegó a la ciudad era media tarde y se introdujo nuevamente en el agua. Allí esperó, medio sumergido, hasta que regresaron las pequeñas embarcaciones. Luego, cuando los pescadores hubieron desaparecido detrás de la puerta y ésta se hubo cerrado, el cimmerico se atrevió a acercarse más a la orilla.

Ante los malecones de piedra que se extendían al norte y al sur de la enorme puerta, había amarrados varios barcos de grandes dimensiones. Otros estaban fondeados en el puerto, pero no se veía en ellos ninguna señal de vida. O bien las tripulaciones se hallaban bajo cubierta, cenando, o se habían marchado a tierra. Aquellos antillianos, se dijo Conan, debían de ser muy despreocupados, o tal vez confiaban demasiado en sus propias fuerzas, puesto que no apostaban centinelas en las murallas ni en los barcos. Entre las naves del puerto, el cimmerico vio el casco medio quemado del León Rojo, que estaba sumergido en parte en aguas poco profundas.

Conan no sólo se sentía agotado después de los agitados acontecimientos del día, sino que también tenía un hambre atroz. Mientras descansaba bajo el cielo oscuro, pensó en lo que debía hacer a continuación. Fuera lo que fuese, debía actuar sin demora, antes de que lo localizase algún centinela.

«Lo ideal —pensó— sería entrar en la ciudad.» Esto, no obstante, lo pondría en situación peligrosa, ya que, además de encontrarse solo y entre enemigos, no tenía esperanzas de pasar inadvertido, tanto a causa de su gran estatura como por su color y sus rasgos, que lo diferenciaban claramente de los pequeños y cobrizos antillianos.

Por si fuera poco, existía el problema del idioma. El cimmerico dominaba con mayor o menor perfección una docena de lenguas de los países de su propio mundo, aun cuando no hubiera perdido el acento bárbaro. Pero los antillianos parecían hablar un idioma de origen antiguo, probablemente derivado del que se hablaba en Atlantis, y que en el curso de ocho mil años se había convertido en una lengua desconocida para el cimmerico.

En todo caso, Conan no podía permanecer más tiempo en aquella situación. Tal vez por la noche, cuando la gente estuviera cenando, tendría ocasión de entrar en la ciudad.

Se puso en pie y pasó una mano por las piedras de la muralla. Ésta era muy alta y estaba construida con bloques bien tallados, y pulidos por la llovizna salada de muchos siglos. La argamasa que había entre los bloques se había ablandado y luego había desaparecido en muchos lugares, dejando huecos a los que los dedos de los pies y las manos podían agarrarse para trepar por la pared.

En su juventud, el cimmerico no habría vacilado en subir por la muralla, pues escalar abruptos taludes era habitual para las gentes de Cimmericia. Pero Conan no había escalado muros en muchos años y sus movimientos eran menos seguros que en otros tiempos.

Por fin se decidió. Arrojó al agua el casco de cristal y el aparato para respirar y se ató las botas al cinturón. Estuvo tentado de quitarse también la cota de malla, pero decidió conservarla. Despojarse de semejante protección ante situaciones de peligro, sólo para librarse de un peso molesto, era un acto de necia imprudencia juvenil, impropio de la experiencia del viejo cimmerico.

Luego introdujo los dedos de pies y manos en los huecos que había entre los bloques y comenzó a subir. Conan ascendió por la muralla lentamente, como un enorme lagarto sin cola. En más de una ocasión sintió que le resbalaba un pie o una mano, y casi se resignó a fracturarse un hueso al caer. Pero se sostuvo con los dedos, y al fin logró ascender hasta el borde superior de la muralla de granito.

En la parte interior de la muralla, mirando hacia la ciudad, había un parapeto bajo. Conan corrió agachado, se acercó al parapeto y miró por entre las almenas. La ciudad se extendía ante sus ojos.

Cerca de la muralla se alzaban algunas cabañas y cobertizos de pescadores. El humo de las cocinas surgía de las chimeneas, y en los alrededores se veían numerosas redes que habían tendido a secar. De cuando en cuando se veía un chiquillo desnudo, de piel cobriza, que en traba o salía de las cabañas. Más allá comenzaban las calles empedradas, y había casas de piedra de tamaños diversos.

La ciudad estaba construida en la ladera de una montaña. Desde donde se encontraba, el cimmerico podía divisar calles y plazas que ascendían en forma escalonada hacia las alturas. Los edificios más grandes poseían una arquitectura de curioso estilo monolítico, con gruesas columnas que soportaban pesados dinteles y arcos en forma de cuña. Algunas paredes de piedra se hallaban cubiertas con yeso; a veces estaban blanqueadas o bien pintadas de color rojo, amarillo, verde o azul, todos ellos muy intensos. El estilo, aunque recordaba vagamente el de las misteriosas ciudades amuralladas—algunas en ruinas, otras habitadas— que había visto Conan a lo largo de su vida en los desiertos y en las selvas del sur, poseía ciertas características que lo hacían extraño a los ojos del cimmerico. El conjunto lo desconcertaba, como si en él intuyera la influencia de

unos cánones estéticos totalmente distintos a los de su mundo.

Más arriba, por la pendiente, se alzaban suntuosas construcciones con aspecto de palacios y templos. Tenían techos de planchas de cobre o de tejas rojas. También se veían torres pentagonales, obeliscos y avenidas flanqueadas por monstruosas figuras de piedra.

En muchos casos, las paredes, los huecos de las puertas y los dinteles de las columnas aparecían cubiertos de rostros burlones, con ojos protuberantes. Seres alados de los mitos y leyendas, con múltiples miembros y picos curvos, se extendían en bajorrelieves sobre las puertas y los muros. En algunos de éstos, los más cercanos, el cimmerico alcanzó a ver renglones de lo que sin duda era una extraña escritura. Estaba compuesta de pequeños cuadros que contenían rostros insólitos y otras tallas diminutas. Aquel tipo de escritura resultaba totalmente desconocido para Conan.

En el centro de la ciudad, en medio de una espaciosa plaza pavimentada, se alzaba una ciclópea pirámide, cuyos lados estaban compuestos por bloques alternados de basalto y de piedra arenisca de color rojo. De la cima de la pirámide surgía un penacho de humo. Allí pudo divisar, aunque sin mucha claridad a causa de la distancia, lo que parecía un enorme altar de superficie plana. Una interminable serie de peldaños, flanqueados por monstruosos seres de piedra, ascendían desde la base a la cima del enorme monumento.

De aquella edificación emanaba un aire siniestro, un hálito inquietante de amenaza y terror, como si la angustia de miles de seres humanos sacrificados irradiase de cada una de las piedras. Mientras observaba el monumento maldito, Conan notó que un escalofrío le recorría la piel y contuvo un gruñido hostil, que pugnaba por salir desde lo más hondo de su pecho.

Pocas personas deambulaban por las oscuras calles, cubiertas por las sombras nocturnas. Algunos mendigos dormían en los huecos de las puertas. Aquí y allá, un esclavo de rostro inexpresivo iba con paso cansino a realizar un recado de su amo.

Conan esperó hasta que los peatones hubieran desaparecido a causa de lo avanzado de la hora. Entonces, se quitó la cota de malla, hizo un fardo con ella y con su espada y lo arrojó a la tierra blanda que había debajo. Por la parte interior, el muro era mucho menos alto que en el costado que daba al mar. Luego, el cimmerico pasó al otro lado del parapeto y comenzó a descender del mismo modo que había subido por la parte exterior. En mitad del descenso resbaló y fue a caer al suelo desde una altura de más de cuatro yardas; recibió un fuerte golpe. Se puso en pie y comprobó que no había sufrido ningún daño.

Una rápida mirada a su alrededor le indicó que no había sido descubierto. Por consiguiente, se calzó rápidamente las botas, se puso la cota de malla y se ajustó la espada al cinto. Sus únicas armas eran el enorme sable de doble filo y una daga de considerable tamaño que llevaba debajo del cinturón. No era demasiado para un hombre que se internaba en una ciudad llena de enemigos implacables; pero con arrojo, algo de suerte, y la cautela que había adquirido a lo largo de medio siglo de arriesgadas aventuras, podría alcanzar el éxito en su empresa. Eso era todo lo que Conan le pedía a los dioses.

Se deslizó entre las chozas como una sombra y avanzó por una callejuela hasta llegar a la oscuridad de una arcada. Nadie pareció verlo avanzar desde una columna hasta el hueco de una puerta, y desde ésta a un rincón en sombras. Sin duda, aquellas calles se encontraban llenas de transeúntes durante el día, pero ahora estaban casi desiertas.

En su avance por la silenciosa ciudad de casas pintadas de vivos colores, o construidas con piedra maciza, Conan eligió las callejuelas oscuras y los sinuosos pasadizos en lugar de las vías más amplias y las extensas rampas que ascendían desde un nivel a otro de la ciudad. Se preguntó dónde estarían presos Sigurd y sus piratas... si es que todavía estaban vivos. Pensó que tal vez estuvieran encerrados en una prisión cercana a un lugar parecido a un mercado de esclavos, que era tan fácil de reconocer en cualquier ciudad, por extraña que fuese. De todas maneras, en aquella ciudad hostil, donde ninguna persona hablaba una lengua que él pudiera entender, tenía pocas posibilidades de encontrar a sus compañeros y de liberarlos. Pero intentaría hacerlo. Desde sus primeras aventuras, cuando aún era un proscrito, Conan se había destacado por su fiera lealtad hacia sus compañeros.

Por otro lado, si un hombre solo no tenía ninguna posibilidad contra una ciudad de veinte o treinta mil habitantes, con sesenta luchadores aguerridos a su lado las probabilidades aumentaban; no serían muchas, ciertamente, pero siempre más que las de un guerrero solo, aunque éste fuera Conan el cimmerico.

El primer problema del bárbaro consistía en encontrar un refugio, un lugar donde pudiera ocultarse. ¿Dónde podría encontrarlo, en una ciudad llena de enemigos de una raza extraña?

Se dijo que podría contar con el favor de sus dioses bárbaros. Mientras se deslizaba cuesta abajo por una callejuela flanqueada por casuchas de aspecto mezquino, oyó un silbido. Miró a su alrededor, con la mano derecha en la empuñadura de la espada, y oyó que el silbido se repetía desde otros lugares. Pudo divisar inmediatamente los rostros de varias mujeres, poco visibles debido a la penumbra, que aparecían en los huecos de algunas puertas. Le hacían señas con la mano para que se acercara.

Conan se dio cuenta de que se había internado en la zona de prostíbulos de la ciudad. Eligió una puerta al azar y atravesó el umbral. El cimmerico no tuvo tiempo de examinar a la mujer.

Ésta lo introdujo en su habitación. El tugurio estaba tenuemente iluminado por un candil que colgaba de una pared. Ella le dijo una serie de palabras ininteligibles, pero la mano que le tendía, con la palma hacia arriba, resultaba bastante elocuente.

Conan extrajo una bolsita de su cinto, sacó de ella una moneda de plata y la puso en la mano de la mujer. Ésta examinó la moneda a la luz del candil, lanzó una exclamación de contento y se arrojó en brazos de Conan. Era una mujer rolliza, sin muchos atractivos, e iba vestida con una sencilla túnica de algodón.

—¡Espacio, amiga! —dijo con aspereza el cimmerico—. Esa moneda es el pago de varios días de hospedaje. ¿Lo has entendido?

La mujer observó el pelo y la barba de Conan.

—¡Por Crom, tráeme algo de comida, porque me muero de hambre! —pidió él, pero tuvo que hacer algunas señas para que la mujer lo entendiera.

Una hora después, Conan se hallaba sentado ante la mesa en la que la mujer,

llamada Catlaxoc, había colocado los alimentos. Poco antes, ella había salido de la casa para regresar con un cesto lleno de provisiones, que cocinó en su pequeño fogón. No había escatimado las viandas, y Conan se aplicó a devorar con fruición la gran ave asada, que tenía un extraño aroma. La mujer permanecía en pie, a poca distancia de la mesa, y parecía esperar con deferencia a que él terminase antes de empezar a comer ella misma.

—Pero ¿qué demonios es esto? ¿Cómo se come? —preguntó Conan perplejo, mostrando un vegetal alargado, de treinta centímetros de largo, en el que había varias hileras de granos dorados.

La mujer pareció comprender, al fin, que deseaba saber el nombre del alimento.

—*Mahiz* —le contestó.

—Ah, de modo que es *mahiz*, ¿verdad? Pues ahora enséñame cómo se come. Ven, siéntate y empieza a comer, o no dejaré nada para ti.

Cuando Catlaxoc hubo comprendido, el cimmerico la imitó y comenzó a roer con fruición las doradas mazorcas, al tiempo que le preguntaba con la boca llena los nombres de otros alimentos. Al finalizar la comida, él y la ramera podían intercambiar ya algunas frases sencillas.

Concluido el ágape, Conan bebió gran cantidad de cierto licor hecho de frutas fermentadas que él no conocía. Luego lanzó un fuerte eructo y contempló a Catlaxoc, que bajó la mirada modestamente y esbozó una sonrisa.

El cimmerico se puso en pie, se estiró y a continuación se retiró a descansar.

Varios días después, durante la noche, Conan abandonó la casa de Catlaxoc. La mujer se arrojó en sus brazos llorando y él tuvo que apelar suavemente a su fuerza para apartarla. El cimmerico vestía ahora el faldellín y la capa de algodón típicos de la gente del pueblo antilliano. Catlaxoc le había conseguido aquel atuendo, y también le enseñó los rudimentos de la lengua del país. Conan supo así que se encontraba en Ptahuacán, la única ciudad del mundo en la que aún se encontraban los sobrevivientes de la desaparecida Atlantis. Al disponerse a marchar, el bárbaro hizo un fardo con su cota de malla y otras ropas y se lo sujetó con una correa a la espalda.

Aún no se atrevía a salir a la luz del día, dado que su estatura, su extraño color de piel y sus rasgos lo habrían hecho destacar entre los demás habitantes de la ciudad. Pero ahora tenía una idea bastante clara del trazado de la urbe, y de la clase de disfraz que debía utilizar para llevar a cabo sus planes.

Una vez fuera de la casa de Catlaxoc, la noche fue transcurriendo, y Conan empezó a sentir deseos desesperados de encontrar lo que estaba buscando. Finalmente, cuando se internaba por una oscura callejuela en dirección a una plaza, divisó una silueta corpulenta, envuelta en una extraña capa de plumas, que se acercaba a él en dirección contraria.

Conan se hizo a un lado y luego se abalanzó sobre el desconocido como un león al ataque. Antes de que el otro hubiera podido gritar, el cimmerico lo había dejado inconsciente de un puñetazo en la sien. Entonces arrastró el cuerpo inmóvil al hueco de una puerta, sudando aún al pensar en el riesgo corrido. Un solo grito del gigante, y la empresa de Conan habría terminado seguramente allí mismo.

El cimmerio examinó a su víctima. Suponiendo que los guerreros de cota de malla de vidrio que tripulaban las naves—dragón eran el prototipo de habitante de Antillia, aquel hombre resultaba ser de una estatura desusada. Pero enseguida, Conan pudo ver que el hombre calzaba unas botas con suelas de unas cinco pulgadas de altura. ¿Era tal vez para impresionar a la gente ingenua? En todo caso, el individuo tenía el aspecto de un sacerdote o un hechicero. Llevaba la cabeza rapada, las manos cubiertas de anillos con apariencia de talismanes, y collares con sellos, amuletos y pequeños ídolos colgando sobre su pecho.

Conan examinó las palmas del individuo y tuvo la certeza de que se trataba de un sacerdote, pues ninguna otra preocupación le hubiera permitido conservar la piel tan fina y exenta de callosidades.

El atuendo del hombre era muy singular. Por debajo de la capa de plumas, su enjuto cuerpo cobrizo estaba semidesnudo; tan sólo llevaba un ajustado faldellín de algodón. Gruesas pulseras de oro, con complicados jeroglíficos grabados en la superficie, adornaban sus muñecas, brazos y tobillos. La capa de plumas, diferentes a todas las que el cimmerio había visto hasta entonces, tenía también una capucha del mismo estilo. El cañón de las plumas colgaba de un tejido basto, como de saco, y el efecto multicolor del plumaje podía ser divisado a considerable distancia. Por debajo, un forro de seda impedía que las extremidades interiores de las plumas arañasen la piel del sacerdote.

Conan se dijo que, si se cubría con la amplia capa sin ponerse las botas de un palmo de alto, sería sólo un poco más corpulento que el sacerdote o mago. De aquel modo, con los brazos ocultos y la capucha cubriéndole el rostro, podría andar por las calles sin resultar sospechoso. Sin embargo, pensó que ni siquiera la capucha podría esconder su larga melena y su barba, que contrastaban con el rostro y el cráneo afeitado del antilliano.

El cimmerio resolvió el problema arrancando un trozo del faldellín del sacerdote a fin de arrollárselo alrededor de la cara y el pelo, para dejar al descubierto tan sólo los ojos y la nariz.

A continuación se puso las botas, se colocó la cota de malla y se colgó la espada al cinto. Después se cubrió con la amplia y pesada capa de plumas y se echó la capucha sobre el rostro.

No tenía posibilidades de apreciar el resultado de su disfraz, pero tuvo la sensación de que saldría bien parado de un examen superficial. Sus ojos azules y el trapo que llevaba sobre el rostro podían causar algún recelo, pero procuraría que no se viesen bajando bien la capucha encima de la cara. Por otro lado, sabía por experiencia que en las ciudades, los sacerdotes magos no solían tratar con la gente corriente, lo que le evitaría complicaciones.

Entonces, armándose de valor, Conan salió abiertamente a la plaza, iluminada por la luz y las llamas de las antorchas que ardían en los nichos de los edificios colindantes. Casi enseguida su disfraz fue puesto a prueba. Un rollizo comerciante, que sin duda estaba retirando con retraso la mercancía de los estantes exteriores de su establecimiento, fue la primera persona con la que se encontró el cimmerio. El cobrizo hombrecillo estaba guardando una serie de adornos de cobre, jade, plata y oro en un par de cajas de madera. Cuando Conan llegó a la plaza, con la capa emplumada ondulando a la altura de sus tobillos, el comerciante miró de reojo y con manifiesta expresión de temor a la elevada

figura. Luego se inclinó y, después de besar un amuleto de jade que colgaba de su cuello, permaneció inclinado, en respetuosa actitud, hasta que Conan hubo pasado.

Así superó el cimmerico su primera y delicada prueba. Era evidente que los nativos de Antillia sentían gran temor y respeto por sus sacerdotes—brujos. Con el debido cuidado y un poco de suerte, le sería posible librarse de situaciones peligrosas.

Durante varias horas, Conan exploró las amplias avenidas y las callejuelas de Ptahuacán, sin encontrar nada interesante para sus fines. Daba la impresión de que los sacerdotes de capas emplumadas eran un espectáculo corriente en las empedradas calles de la ciudad de Antillia. Más tarde, cuando todo el mundo se hubiera retirado, buscaría alguna choza abandonada y dormiría en ella hasta el amanecer. Sin pensarlo más, reanudó sus investigaciones.

Cuando llegó la mañana, Conan vio muchas otras figuras de capa emplumada que deambulaban entre la muchedumbre. Avanzaban con aire majestuoso, sin dignarse a contestar el humilde homenaje de aquellos con quienes se cruzaban. Todo parecía indicar, asimismo, que los sacerdotes de Ptahuacán eran, además, los gobernantes de la ciudad, y que la gente estaba por completo subordinada a ellos.

El pueblo le dio al cimmerico la sensación de ser un conjunto de gente apocada, de mirada indiferente y catas asustadas. Con la aprensión reflejada en el rostro, procuraban apartarse del camino de los sacerdotes, cuyo caminar altanero Conan procuró imitar.

Según ya había apreciado desde la muralla, Ptahuacán estaba construida sobre varios niveles diferentes o terrazas unidas unas con otras por escaleras y empinadas rampas. La técnica arquitectónica era bastante avanzada y demostraba una refinada cultura, con antiguas tradiciones y desarrollado sentido estético. Los edificios de piedra estaban mejor logrados que en el mundo que conocía el cimmerico. En ningún país había visto templos y palacios del tamaño de los de aquella ciudad, y le llamaba la atención la precisión minuciosa de los trabajos de albañilería. enorme pirámide de la plaza central, tanto o más grande que las que viera tiempo atrás en Estigia, y que le recordaba en parte a los edificios dedicados al culto de Shem, había debido de exigir varios siglos de trabajo y miles de obreros dedicados a su construcción. Flanqueando la plaza, se alzaban unas gradas de piedra en la que cabían miles de espectadores sentados frente a la gran pirámide.

Conan se mantuvo alejado de la plaza de la pirámide, ya que parecía ser un lugar sagrado. Podría encontrarse con otros sacerdotes vestidos de manera similar, y éstos no se mostrarían remisos en abordarlo y hablarle. Hasta entonces había podido ir evitando a los sacerdotes de capas emplumadas que encontraba en las calles. De todas formas, no parecían una casta muy sociable. Con aire lejano, inabordable, y muy apresurados en sus presuntos quehaceres, raramente se detenían a hablar, ni siquiera entre ellos.

El cimmerico estuvo paseando largo rato entre los grupos de gente con objeto de tratar de oír algo. El lenguaje de los antillianos era gutural y sibilante, y estaba formado por vocablos muy largos. De todos modos, pudo comprender algunas palabras y hasta frases, pero las más largas, dichas rápidamente, lo desconcertaban. Aun cuando la gramática de aquella lengua parecía completamente diferente a la de cualquier otro idioma conocido por él, lo que pudo aprender de Catlaxoc le dio a entender que había una ligera semejanza entre el vocabulario antilliano y el de su Cimmeria natal.

Ello se debía a que los hombres de Atlantis —antepasados directos de los antillianos— eran de alguna manera los ancestros de los cimmericos. Durante la época poco conocida anterior al Cataclismo, las tribus y los clanes de la antigua Cimmeria habían luchado y se habían mezclado racialmente con los invasores de Atlantis en las costas de Thuria. El viejo cimmerico recordó que, según las crónicas antiguas, numerosas tribus de su país natal, en parte civilizadas por el contacto con los colonizadores de Atlantis, habían servido como mercenarios en los siglos inmediatamente anteriores al hundimiento de la isla continente. A medida que los bárbaros cimmericos fueron adquiriendo rudimentos de civilización, tomaron palabras de sus antiguos enemigos con el fin de expresar conceptos más complejos. De ahí, entonces, que existieran aquellas leves semejanzas entre las lenguas de ambos márgenes opuestas del océano Occidental. Dicho parecido, sin embargo, no era tan grande como para que un viajero que cruzara el mar pudiese dominar la lengua antilliana sin pasar antes por un período de ardua práctica.

De las frases ocasionales que pudo entender, Conan dedujo que los rumores y temas principales de conversación en Ptahuacán, aquella mañana, eran dos. Uno de ellos era el combate celebrado entre los barcos—dragones que vigilaban las costas y el extraño navío que había llegado de un puerto desconocido. El otro era el sacrílego ataque realizado contra uno de los sacerdotes, al que le había sido ignominiosamente arrebatado su atuendo sacerdotal. Conan trató de captar algo relativo a la suerte corrida por su tripulación, pero si alguien sabía algo al respecto no dijo nada.

Mientras el cimmerico deambulaba entre los puestos de la atestada plaza del mercado, cerca de una de las tiendas mayores, se le presentó la ocasión que estaba esperando. Un hombrecillo de ojos rasgados y que vestía un harapiento faldellín se encontraba reclinado, con estudiada indiferencia, junto a un cofre, en el que un grueso mercader tenía depositada su mercancía de anillos de plata y bronce y de pulseras de oro. Al mirarle, pudo advertir que el hombrecillo introducía su brazo enjuto y desnudo en el cajón con sorprendente rapidez y retiraba dos cucuruchos con polvo de oro.

El comerciante, concentrado en animada charla con un aristocrático cliente que se asomaba entre las pieles de un palanquín, no vio nada de lo ocurrido. Una sonrisa de gozo afloró en el rostro oculto del cimmerico cuando vio que el ladrón escondía el producto de su robo en el faldellín y se alejaba apresuradamente.

Conan lo siguió por una callejuela desierta y luego se acercó de dos zancadas al pequeño antilliano, que chilló como un ratón asustado cuando la enorme mano del cimmerico lo sujetó por uno de sus huesudos hombros.

El fingido sacerdote eludió el golpe de un estilete que apareció de pronto en la mano derecha del ratero; enseguida aferró y apretó la mano del antilliano y la ligera arma cayó tintineando al suelo.

Cuando el hombrecillo levantó espantado la mirada hacia la capucha emplumada, Conan le dijo en antilliano rudimentario, con voz amenazadora:

—¡Llévame ante el rey de los ladrones, o te destrozo el brazo!

«Por fin la suerte se inclina a mi favor», pensó Conan. Al igual que todas las ciudades prósperas, Ptahuacán debía de tener su mundo del hampa. Y cuando uno se encuentra complicado con las autoridades, siempre podrá hallar buena acogida entre los

delincuentes.

Desde alguna dimensión desconocida y lejana llega una oscura esencia maligna, y quienes dejan abierta la puerta de la Tierra han de sucumbir al igual que la vida terrenal

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Conan dejó que su cautivo le condujera por las callejuelas, que se hacían cada vez más sórdidas a medida que se internaban por la parte antigua de la ciudad. Allí, en los huecos de las puertas, se acurrucaban mendigos harapientos, en tanto que las emperifolladas ramerías se asomaban desde las ventanas para requerir la atención del transeúnte ocasional.

Cuando entró en aquel barrio antiguo de los bajos fondos, el cimmerico comenzó a intuir la antigüedad de la ciudad. Allí, los peldaños de piedra y las rampas estaban tan desgastados que formaban huecos debido al paso de incontables generaciones. Las mismas piedras de los muros estaban gastadas por el roce de millones de hombres. El tiempo, el viento y la lluvia habían erosionado parte de la piedra, transformándola en restos porosos. Muchos edificios de aquella zona se habían desmoronado y estaban en ruinas, poblados tan sólo por las ratas. La hierba crecía entre las piedras, donde también crecía la maleza en lo que antes habían sido patios y jardines.

La presencia de un sacerdote—hechicero debía de ser poco habitual en aquel ambiente, pero a pesar de ello nadie dio muestras de extrañeza, y Conan pasó con su pequeño guía de rostro de hurón sin que los siguiera prácticamente ninguna mirada. Daba la sensación de que en aquella zona de Ptahuacán cada uno se desentendía de los asuntos de los demás y sólo se preocupaba de los propios, tal vez como medida de protección.

Sólo cuando se acercaron a la guarida principal de los ladrones, Conan se dio cuenta de que estaban siendo vigilados. Cuando pasaron por el sinuoso callejón, flanqueado por paredes que se inclinaban peligrosamente, el cimmerico vio delante de sí dos siluetas fornidas, armadas con cachiporras, mientras que otra pareja venía detrás. Todos eran demasiado altos y corpulentos para ser antillianos y llevaban tan sólo un astroso delantal de cuero. Al mismo tiempo que clavaban en Conan sus ojos de mirada sombría, los cuatro hombres avanzaron hacia el lugar donde se encontraba el cimmerico con su prisionero.

Conan soltó al ladrón, y empuñó la espada que llevaba debajo de la capa. El pequeño individuo se alejó rápidamente, y luego se volvió y gritó a Conan una andanada de improperios que el bárbaro apenas entendió. Enseguida explicó su situación a los cuatro individuos.

—Me apresó después de haberme apoderado de un poco de oro en polvo del puesto de Hatupep —dijo el ladrón—. No sé qué demonios pretende, pero...

—Cálmate, Itzra —dijo uno de los individuos con un gruñido—. Averiguaremos lo que quiere.

Avanzando con rapidez, el hombre levantó su cachiporra cubierta de clavos de bronce. Conan se echó a reír, apartó los pliegues de la capa y bajó la capucha que le cubría la cabeza. Su espada silbó al salir de la vaina, y los atacantes se detuvieron como si hubieran tropezado con una pared invisible. Pero Conan pudo comprobar que esto último no se debía al simple terror.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó uno de ellos—. ¡Eso es hierro, o yo estoy borracho!

Otro lanzó una imprecación y miró atentamente al cimmerio, observando con asombro su estatura, su melena y su barba, así como sus penetrantes ojos azules.

—¡Dioses de la muerte! —dijo al fin—. ¿Quién es ese hombre? ¡Jamás habíamos visto uno igual en Antillia!

Con la espada apoyada contra un muro, Conan lanzó una nueva carcajada y volteó la espada de un lado a otro, amenazando a los cinco bribones.

—Yo soy el que ha robado la ropa a su propietario, amigo —dijo con voz ronca—. Y no soy ningún espía de las autoridades, si es eso lo que pensáis. Por el contrario, deseo ver a vuestro jefe por asuntos de negocios que nos beneficiarán a todos. Y lo veré, lo queráis o no.

El cimmerio mantuvo la espada en posición horizontal, a fin de que se reflejara en ella la luz del día. Los cuatro malhechores y el ratero retrocedieron, mirando al extranjero con creciente alarma. Por raro que fuera, su espada parecía interesarles más que él mismo. Conan pensó que en aquellas tierras tal vez carecían de mineral de hierro, si bien conocían la existencia de éste por antiguas leyendas transmitidas de generación en generación desde los lejanos días de Atlantis.

—Y ahora —agregó Conan con un gruñido—, ¿vais a llevarme ante vuestro jefe o preferís luchar?

Los cinco individuos prefirieron la solución pacífica.

El señor de los bajos fondos de Ptahuacán era un hombre enormemente gordo llamado Metemphoc. Su rostro era como una masa grasienta con un par de ojillos negros que brillaban como fragmentos pulidos de obsidiana. La boca parecía un tajo que cruzaba su rostro redondo y aceitunado, y la nariz era una mera burbuja entre los hinchados carrillos.

Tenía su sede en un conjunto de sótanos abandonados, situados debajo de las ruinas de unas mansiones que se alzaban en el extremo de una callejuela inmunda. Las paredes, con el revoque caído en su mayor parte, estaban adornadas con atractivos tapices de extraño diseño, mientras que sobre el suelo se extendían esteras y pieles de animales muy diversos. De algunos incensarios surgían emanaciones que llenaban el aire de ricos aromas. El lujo y el esplendor de la morada de Metemphoc contrastaban con la miseria que se advertía en el exterior.

A semejanza de un grueso sapo, el rey de los ladrones se hallaba envuelto en sedas y reclinado sobre numerosos cojines. Estaba escuchando el relato del cimmerio con rostro

impasible, y no pronunció una sola palabra hasta que Conan hubo concluido su historia. Luego, después de un largo silencio, Metemphoc examinó al bárbaro desde la cabeza a los pies, deteniéndose en la espada, que descansaba sobre las rodillas de Conan, con la misma atención que poco antes lo habían hecho sus hombres.

Al tiempo que suspiraba, el jefe de los ladrones se frotó los carrillos con sus gordos dedos, con lo cual brillaron las innumerables piedras preciosas de sus anillos. Luego lanzó una carcajada gutural y pidió más vino y más carne a sus servidores.

—¡Por los dioses del latrocinio, gran hombre! —dijo al fin—. Metemphoc jamás oyó un relato semejante en su pobre y mísera vida. Y tengo la impresión de que todo lo que cuentas es verdad. En efecto, con esa melena bárbara y esa cara peluda, con esos raros ojos incoloros y, ejem, con un acento que estos cansados oídos apenas pueden comprender, no tengo más remedio que creer que llegas de una desconocida tierra del Este. Y eso a pesar de que nuestros bienamados amos, ¡ja!, los santos sacerdotes, nos aseguran que en esa dirección no hay más que una inmensa extensión de agua, sin una sola partícula de tierra.

Conan y Metemphoc brindaron amistosamente. El cimmerico bebió con avidez el vino, que era dulce y picante, muy distinto a los que había probado hasta entonces. Era indudable que se trataba de una bebida fermentada, pero no de uva sino de algún fruto sólo conocido en el país.

El bárbaro se sentía muy a gusto en aquel lugar. De manera instintiva, él y su rollizo anfitrión parecían entenderse perfectamente. Aunque nacidos a miles de leguas de distancia y surgidos de culturas muy diferentes, ambos hablaban el mismo lenguaje de los marginados por la ley.

Mientras bebían, los servidores trajeron la comida y la colocaron en la mesa baja que había entre los dos comensales. Conan engulló con deleite los manjares. Además de los platos antillianos que ya conocía, le sirvieron bayas y nueces de diversas clases. El ágape terminó con un fruto grande de forma extraña, que tenía un racimo de hojas alargadas en la parte superior. Metemphoc cortó en rodajas la pulpa amarilla, que tenía forma de anillo. Al principio, el cimmerico halló extraño el sabor del fruto, pero luego empezó a saborearlo con deleite.

Entre bocado y bocado, los dos hombres sostenían una animada conversación.

—En efecto, he sabido de esa extraña nave —dijo Metemphoc—, llena de bárbaros extranjeros, que nuestra guardia costera capturó hace pocos días. Ésa es una de las razones por las cuales creo en tu relato.

—Entonces, ¿mis hombres se encuentran con vida? —preguntó Conan.

—Están vivos, o al menos lo estaban hasta anoche —repuso el antilliano—. Se encuentran en un calabozo debajo de la Antesala de los Dioses, esa fortaleza grisácea que se alza en el extremo de la plaza de la Gran Pirámide.

—¿Qué destino les espera? —preguntó Conan.

—Serán destinados a los sacrificios en un templo que se alza en la cima de la Gran Pirámide.

—¿Cómo? —exclamó el cimmerio y, con un movimiento involuntario, derramó parte de su vino.

—Lo que he dicho. Servirán de ofrenda al dios demonio Xotli, según el rito que hemos heredado de los antiguos habitantes de Atlantis...

El cimmerio sintió que se le erizaba el cabello mientras su interlocutor le explicaba, con toda indiferencia, las ceremonias de los sacerdotes del país. Antes de la desaparición de Atlantis, los sacerdotes de Xotli habían constituido una poderosa facción que veneraba a su dios demonio con temibles ritos de sangre y terror. Cuando los Altos Dioses destruyeron Atlantis a causa de sus pecados, los sacerdotes de Xotli y sus esclavos huyeron de las tierras que se hundían. Lo hicieron en una flota de naves aéreas propulsadas por la misteriosa fuerza que llamaban *vril*.

Conan ya había oído hablar de esas naves voladoras de los habitantes de Atlantis. Imaginó que con el paso del tiempo aquellos navíos habían quedado en desuso, o no pudieron volar debido a la carencia del combustible adecuado. Y el secreto de su funcionamiento y fabricación se perdió en los períodos de barbarie y efusión de sangre que siguieron al Cataclismo. Por consiguiente, ya no existían aquellas naves en la Edad Hiboria.

Los sacerdotes de Xotli se habían dirigido al sudoeste desde el continente sentenciado, y tomaron tierra en un archipiélago apenas conocido que llamaron Antillia. Estaba formado por siete grandes islas del océano Occidental, entre Atlantis y un continente mucho más grande que llamaban Mayapán y que se encontraba más al oeste.

Cuando llegaron los hombres de Atlantis, encontraron en las islas una raza de salvajes pequeños, cobrizos, de ojos rasgados y parecidos a los que constituían el pueblo de Mayapán. Dominaron con facilidad a estos indígenas y los redujeron a la misma esclavitud que a los servidores que habían traído con ellos. En los milenios transcurridos después del Cataclismo, la sangre de los hombres de Atlantis y de los antillianos se había mezclado, y en consecuencia el archipiélago estaba habitado por una raza única y mestiza.

Desde los primeros días de la conquista de Antillia y de la fundación de Ptahuacán, la casta sacerdotal, bajo la hereditaria Jerarquía de los Sagrados Misterios de Xotli, había gobernado con mano de hierro, a pesar de algunos estallidos ocasionales de rebelión por parte de los súbditos. Los dirigentes mantuvieron bajo control a las masas, diciéndole al pueblo que todas las tierras, incluso Mayapán, se habían hundido junto con Atlantis, y que el mundo no era más que una inmensa superficie acuosa, que se extendía en todas direcciones desde Antillia hasta los confines de la tierra, donde el mar se juntaba con el cielo y las estrellas se alzaban entre la espuma de los mares sin límite.

—¿Y tú crees todo eso? —preguntó Conan. Metemphoc se rió suavemente y repuso:

—Si me lo preguntara un sacerdote, le diría que sí. La mayoría de la gente lo cree, o al menos carece de las agallas necesarias para poner en duda las enseñanzas de sus amos. Pero aquí, entre nosotros, somos unos cuantos los que sabemos que Mayapán todavía existe, y vuestra llegada nos ha demostrado que hay otras tierras en el mundo.

—¿Por qué los sacerdotes proclaman esas falsedades, si saben que no es cierto?

—Eso los ayuda a mantener a sus súbditos bajo un control más efectivo. Si creen

que no hay otro lugar a donde marcharse, se resignarán a permanecer esclavos del férreo gobierno de los sacerdotes de Xotli.

—Háblame de ese dios—demonio y de sus ritos —pidió el cimmerico.

Entonces Metemphoc le explicó que Xotli, el Señor del Terror, era un dios—demonio de la Noche Antigua. Se había aparecido a sus adoradores como una densa nube muy oscura, como una vorágine de frío boreal semejante al de los vientos que soplan entre las estrellas. El dios bebía el alma viva de los que morían sacrificados en los altares de las pirámides. A fin de sostener los vínculos entre la Jerarquía de los Misterios de este mundo y del Demonio de la Oscuridad, en las profundidades sombrías de las dimensiones desconocidas que existen más allá del universo, la esencia vital de las víctimas era proyectada al abismo.

Con toda calma, el grueso maestro de ladrones le explicó al cimmerico la forma en que miles de prisioneros desnudos eran inmolados en lo más alto de la enorme pirámide negra y carmesí que había entrevisto Conan detrás de los niveles más altos de la ciudad antigua. Allí, en los Altares de la Noche Eterna, los sacerdotes—hechiceros abrían el pecho de las víctimas vivas, les arrancaban el corazón con cuchillos de cristal de origen volcánico y lo ofrecían a la vertiginosa nube de siniestra oscuridad que se formaba por encima de la pirámide y que permanecía allí durante varias horas, nutriéndose del hálito vivo de las almas humanas. Luego, arrojaban los cadáveres al pozo de alguna caverna escondida.

Conan gruñó, y sus ojos centellearon fieramente mientras escuchaba este relato. La idea del sacrificio humano no le asombraba, pues había visto muchos derramamientos de sangre en el curso de su larga vida, y tales prácticas no eran desconocidas entre las naciones del propio mundo de Conan, en plena Edad Hiboria. Pero que sus propios amigos y seguidores fueran a sucumbir en medio de ritos tan bárbaros, eso ya era algo muy diferente.

El cimmerico bebió una buena cantidad de efervescente vino y dijo:

—¿Y qué sabes acerca de las Sombras Rojas?

Entonces, Conan se enteró de que la población de Antillia había mermado considerablemente a causa de los constantes sacrificios, por lo cual los sacerdotes—hechiceros se vieron obligados a viajar muy lejos con el fin de conseguir víctimas para aplacar la sed de sangre del dios Xotli. Primero realizaron incursiones por las costas de Mayapán; luego, cuando los nativos de aquella zona bárbara y escasamente poblada se dispersaron por los bosques impenetrables, los sacerdotes comenzaron a viajar en otras direcciones.

—Las Sombras Rojas, como tú las llamas —agregó Metemphoc—, son los espíritus servidores del Oscuro. Hasta hace poco, yo no supe que la Jerarquía (¡cuyo espíritu ojalá se reencarne en un mísero gusano!) había realizado incursiones en las tierras que hay hacia el este. Sin duda, el Negro Xotli tiene un hambre muy voraz. Los sacrificios de nuestra propia gente se han vuelto tan numerosos últimamente que la ciudad está medio vacía, como habrás podido ver. Calles y plazas enteras han sido despojadas de sus gentes. Otros han huido por miles a los montes o a las islas vecinas, temiendo que sus vidas terminaran en el altar de la pirámide. Pero el dominio de los sacerdotes se extiende también hacia allí,

y no les resulta difícil cazarlos en aquellas tierras. Ésa es la razón de que exista la Guardia Costera, que se apoderó de tu navío. Dicho cuerpo vigila los puertos y apresca a todos los que, cuestionando las afirmaciones de los sacerdotes, intentan escapar a alguna tierra remota allende el mar.

Las manos delgadas y llenas de cicatrices de Conan se abrieron y cerraron en el vacío, como si aferraran el cuello de algún enemigo.

—Ahora comprendo el objeto de las Sombras Rojas —dijo—. Por lo que he podido ver de la hechicería en mi propia tierra, sé que una vez que una oscura fuerza del más allá ha logrado poner su pie en el mundo de los hombres requiere un número cada vez mayor de sacrificios para mantener su poderío. Los demonios del Oscuro son... —no sé cómo decirlo en tu lengua—, son negativos. No es que sean *nada*, sino que son *menos que nada*. La fuerza vital fluye hacia ellos para llenar el vacío de su falsa existencia. Pero ese vacío jamás podrá ser llenado y necesita cada vez más cantidad de fuerza vital, con el fin de sostener esa ilusión, esa apariencia ficticia de vida. ¿Me has comprendido?

—Desde luego —repuso Metemphoc—. Sigue hablando, te lo ruego.

—Pues bien, amigo ¿has llegado a pensar que si no se los detiene, los servidores del Negro Xotli van a asolar las tierras de nuestro mundo hasta que éste quede desprovisto de vida humana? Y luego se apoderarán de todas las formas superiores de vida animal, con lo cual en la tierra no quedarán más que peces y gusanos. Por esta razón, la sombra de Epemitreus trató de advertirme acerca de esta pervertida religión que debió haberse hundido con Atlantis hace más de ocho mil años.

—Por lo que me dijo el espectro de ese hombre sabio —respondió Metemphoc—, podría afirmarse que los dioses te han elegido a ti, extranjero, para que medies entre el mundo de los vivos y el de las Sombras del Mal. Según parece, sólo tú podrás inclinar la balanza del mundo hacia la vida o hacia la muerte.

—Sí —musitó Conan—. Pero ¿cómo podré conseguirlo?

El laberinto negro

*Los ojos centellearon cuando la horda
avanzó sedienta de sangre por la negra caverna.
Blancos colmillos brillaron en las sombras
al perseguirlo la turba aullante*

EL VIAJE DE AMRA

Conan se internó por el oscuro túnel. De las bóvedas colgaban estalactitas, y de estas caían de cuando en cuando frías gotas de agua. El suelo de la caverna estaba cubierto por un lodo mezclado con el líquido calcáreo que rezumaba desde arriba. Aquí y allá se alzaban estalagmitas, formando pequeñas columnas cristalinas.

El aire frío y húmedo estaba cargado de olores desagradables. Una brisa tenue y acre soplaba sobre el rostro | del cimmerico. Guiado por ella, el viejo bárbaro avanzó a través del negro laberinto de pasadizos naturales, que se extendía a lo largo de varias leguas por debajo de la antiquísima ciudad de Ptahuacán.

Metemphoc, el rey de los ladrones de Ptahuacán, le había dicho a Conan que no había manera de que un hombre solo pudiera entrar en la fortaleza triplemente vigilada en la que los piratas del cimmerico encarcelados, aguardaban el Día del Sacrificio, para el que aún faltaban dos días. Numerosos centinelas, así como puertas, cerrojos y barras inexpugnables se interponían entre el bárbaro y el corazón de la prisión.

Pero la ágil mente de Conan no se dejaba vencer fácilmente por el desaliento cuando se había fijado un objetivo. Como respuesta a sus interminables preguntas, el amo de los ladrones terminó por revelarles la existencia del antiguo laberinto de cuevas y túneles que se extendía por debajo de la ciudad. Se ignoraba cómo se habían formado aquellos pasadizos, pero lo cierto era que la ciudad estaba construida sobre una recia masa de piedra caliza, y tal vez durante incontables siglos las aguas subterráneas habían llegado a erosionar el terreno y formado los túneles.

Los ladrones conocían bien los pasadizos superiores y los empleaban a menudo en sus correrías. Pero procuraban evitar los más profundos, ya que circulaban rumores acerca de gritos espantosos que se oían en aquellos lugares, y de sombras furtivas que vagaban por las eternas tinieblas. En algunos casos, los hombres que se habían internado por los pasadizos más profundos no habían regresado jamás a la superficie.

Ante el implacable interrogatorio del cimmerico, Metemphoc admitió de mala gana que los túneles profundos tal vez comunicasen con los calabozos del Vestíbulo de los Dioses. De todas maneras, exhortó a Conan a que buscara alguna otra forma más factible de llegar hasta la fortaleza prohibida. Pero el bárbaro se mostró inflexible ante todos los razonamientos del antilliano.

Metemphoc se convenció al final de que el cimmerico estaba firmemente decidido a liberar a sus compañeros por aquel camino. Después de lanzar un profundo suspiro, el rey de los ladrones convocó a sus ayudantes más directos. Éstos resolvieron examinar los depósitos de documentos de la hermandad de ladrones. Salieron a la luz antiguos mapas con el plano de los túneles. Conan los estudió con atención, procurando memorizar los accidentes y recodos de los pasadizos, a fin de poder encontrar el camino hasta la fortaleza.

Por consiguiente, allí estaba Conan, avanzando en la oscuridad de los pasadizos, trepando o saltando sobre las irregularidades del suelo de las cavernas. En una mano llevaba el farol que le había dado el amo de los ladrones. El aparato, un hermoso ejemplo de la habilidad técnica de los antillianos, era una pequeña lámpara de bronce con un depósito cilíndrico de aceite, del cual surgían una mecha, un disco que actuaba como reflector, y un asa. A causa del uso prolongado se había desgastado la plata que cubría el disco reflector, y había quedado al descubierto el bronce que había debajo. Pero el pequeño farol aún resultaba útil para los propósitos de Conan. Metemphoc le había dicho que ardería durante varias horas antes de que se agotase el combustible del depósito.

Aquí y allá, entre ramificaciones de los túneles, aparecía una marca blanca sobre la piedra húmeda. Había otras señales de los ladrones que no significaban nada para el ojo inexperto —como por ejemplo una piedra semejante a una gigantesca araña—, pero que tenían un valor inestimable como marcas de orientación.

Conan prosiguió su marcha sin detenerse, aun cuando le agradara muy poco la húmeda brisa que llegaba hasta él desde las invisibles profundidades. Mientras avanzaba, su mente no podía dejar de imaginar extrañas escenas, evocadas por las voces que gemían y susurraban, multiplicando los ecos en la oscuridad. De cuando en cuando destacaba un grito estremecedor y sollozante que luego se convertía en inhumano alarido de dolor, para morir de nuevo, como un débil quejido similar al viento, entre las ramas de los pinos.

En otras ocasiones, el cimmerico creyó escuchar unos pasos furtivos a sus espaldas, en las oscuras bocas de los túneles laterales. Otras veces oía risas extrañas y burlonas que suscitaban en su alma de bárbaro terrores atávicos e irreprimibles. Pero se sobreponía a todo ello gracias al férreo control que tenía sobre su propia voluntad.

Luego llegó hasta sus sensibles oídos un sonido suave, blando y reptante, como si un enorme gusano o babosa se hubiera arrastrado sobre el suelo de piedra. Ni siquiera un guerrero veterano como el cimmerico podía dejar de estremecerse de repugnancia al pensar en las criaturas que podían habitar aquellas profundidades, muy por debajo de la ciudad del Amanecer del Tiempo.

Se dijo que aquellos gritos y lamentos no eran más que los sonidos que producía el viento al atravesar las formaciones de piedra caliza, que imitaban las frondas de un bosque. La risa era el gorgoteo de las aguas subterráneas, distorsionado por la sinuosa conformación de los túneles. Y en cuanto a los ruidos reptantes, podría tratarse del lento desplazamiento de las capas terrestres. No obstante, en el fondo, el temor lo seguía dominando y sintió que se le erizaba el cabello.

Más adelante, tuvo la impresión de que unos ojos invisibles lo miraban. Llevaba

más de dos horas recorriendo aquellas cavernas. Había resbalado sobre piedras mojadas, tropezaba en irregularidades del suelo y se golpeó la cabeza contra techos de poca altura. Tuvo que escurrirse por grietas estrechas y trepar por escarpados taludes. Perturbó el descanso de grandes colonias de murciélagos que colgaban cabeza abajo en innumerables racimos. Los animales chillaron, irritados, y desaparecieron en la oscuridad.

El cimmerio se preguntó si su lámpara seguiría alumbrando por mucho tiempo. Le parecía que la llama ya empezaba a debilitarse; al menos, chisporroteaba y titilaba, como si el aceite del depósito estuviera llegando en forma irregular a la mecha.

Y ahora, los sentidos aguzados del bárbaro, apenas embotados por los años de vida en la ciudad, le indicaron que unos ojos ocultos lo vigilaban con atención.

Aminoró la marcha y avanzó con cautela, en el más absoluto silencio. Su mirada penetrante observaba las bocas de las cuevas para ver si había centinelas ocultos de los sacerdotes antillianos, pero no descubrió ningún indicio de seres humanos. A pesar de todo, tenía la certeza de que lo estaban observando. Se preguntó si los sacerdotes de Antillia poseerían bolas mágicas de cristal, heredadas de sus antepasados de Atlantis y similares a otras que había visto en tierras hiborias. Mediante aquellos globos de vidrio, como era sabido, podían observarse sucesos producidos en lugares alejados. ¿Estarían estudiando sus movimientos unos fríos ojos sacerdotales?

Sin poder evitarlo, Conan se quedó inmóvil y contuvo el aliento. A sus espaldas oyó un sonido metálico, como el de una puerta que se abría. ¿Sería tan sólo una jugada de su imaginación?

Esta vez tuvo la certeza de que se producían nuevos ruidos a sus espaldas. El sudor le inundó la frente, ya que creyó percibir un sonido ahogado de chillidos, golpes e innumerables y apenas audibles carreras. Era como si el invisible vigilante hubiera soltado una horda de pequeños animales feroces que debieran darle caza por los sombríos túneles y abatirlo con miles de garras y dientes.

Ahora, los sonidos se oían con más claridad. Conan murmuró el nombre de Crom, como plegaria y como juramento. Estaba seguro de que en aquellos túneles había puertas de hierro que algún cuidadoso centinela acababa de abrir para dejar suelta a la mortífera horda.

Conan se volvió, procurando iluminar el túnel principal que se extendía a sus espaldas. Entonces, vio que la luz se reflejaba en cientos de ojillos rojizos situados cerca del suelo. Cuando sus perseguidores entraron en el círculo de luz que se desprendía del farol, el cimmerio estuvo a punto de dejar caer la lámpara a causa del asombro y de la repugnancia. Los animales que lo seguían eran ratas, ¡Pero qué ratas!

A través del tiempo, el bárbaro se había familiarizado con la pequeña rata gris de los países hiborios y con la ágil rata negra de Vendhia, así como con la robusta rata parda de Hirkania. Pero los roedores que tenía ahora delante superaban a los de su mundo, así como las ratas de su tierra superaban a los ratones. Eran tan grandes como gatos de buen tamaño, como perros pequeños, y parecían tener un peso considerable. Además de su tamaño, impresionaba su delgadez, como si hubieran estado muertas de hambre. Sus dientes, blancos y afilados como cinceles, chasqueaban en el aire como buscando sangre y carne al mismo tiempo.

Conan giró en redondo y echó a correr; sus pisadas seguían el ritmo apresurado de su pulso. Se daba cuenta de que, contra aquella horda sanguinaria, nada podía hacer su espada; el mejor luchador de la época habría caído en unos instantes bajo la marea de aquellas ratas que chillaban y lanzaban dentelladas al aire.

Por consiguiente, el cimmerio corrió como jamás lo había hecho en su vida, ni siquiera cincuenta años atrás, cuando escapó de una mazmorra de esclavos hiperbórea después de abrirse paso violentamente hacia la libertad con una cadena de hierro y tuvo que huir por la nieve con una manada de lobos pisándole los talones.

Ahora, la respiración le laceraba los pulmones con cada bocanada de aire, como si hubiera estado inhalando los vapores de un horno de fundición. Sus exhaustas piernas parecían pesarle como plomo; los músculos le dolían de forma tal que le daba la sensación de que algunos duendes traviesos estuvieran taladrándolo con fijas agujas. Pero a pesar de todo siguió avanzando, tambaleante, con paso inseguro. La brisa que producía al correr estuvo a punto de apagar en varias ocasiones la lámpara que llevaba.

Detrás de él las ratas saltaban, resbalaban y corrían manteniéndose a la misma distancia. De cuando en cuando, alguna de las que iban delante pisaba a otra y se producía un breve intercambio de mordiscos y chillidos. Pero el resto de la horda seguía imperturbable, sin detenerse ante aquellos incidentes esporádicos.

Entonces, la mirada de Conan captó un tenue fulgor, así como el murmullo de agua corriente, lo que le indicó que se encontraba cerca del curso de un río. Al acercarse, comprobó que se trataba de un torrente subterráneo de aguas negras. Por un momento, tuvo la esperanza de que fuera lo suficientemente angosto como para saltar, y de ese modo interponer una barrera entre él y la horda perseguidora. Pero no tardó en advertir que, al menos en aquel lugar, la corriente tenía más de seis yardas de ancho, demasiado para que pudiera saltarlo. Mucho antes, en su juventud, y siempre que no hubiera estado agotado por una carrera como aquélla, habría podido salvar la distancia con cierta facilidad, pero ahora...

Conan hizo frente al peludo tropel. Jadeaba intensamente, aspirando el aire frío, y fétido a causa de la proximidad de las ratas. La prolongada carrera a través de las negras cavernas le hacía latir con fuerza el corazón, y la sangre le corría alocadamente por las venas. Mientras sentía zumbir las arterias de los oídos, desenvainó la espada, decidido a iniciar su último y más duro combate. Pero ningún ser vivo sería capaz de sobrevivir a semejante lucha. Durante toda su vida, Conan había deseado morir en una verdadera batalla, y ahora no le quedaba ni siquiera ese consuelo. El cimmerio permaneció erguido sobre un saliente rocoso triangular, que se adentraba en el río subterráneo como un pequeño cabo o península. De ese modo, los roedores no podrían atacarlo desde los lados ni por atrás, sino en un amplio frente.

Las gigantescas ratas salieron de la boca del túnel como una riada de piel grisácea, entre la que brillaban innumerables ojillos diminutos y rojizos, semejantes a estrellas de alguna dimensión infernal. Sus aullidos se alzaban por encima del murmullo de las aguas del torrente subterráneo, y el raspar de las pequeñas garras sobre la piedra parecía el crujido de las hojas muertas que arrastra el vendaval en las tormentas de otoño.

Conan se inclinó para depositar en el suelo el pequeño farol, algo más atrás de donde estaba él, y luego aferró con ambas manos la pesada espada. A continuación levantó la voz, entonando el canto de batalla de sus compatriotas bárbaros. En ese momento, las ratas se abalanzaron en tropel sobre el cimmerico.

Una de ellas saltó delante de las demás, y un rápido movimiento de la centelleante espada la arrojó, cortada en dos, sobre la cabeza de las que venían después. Enseguida, la ancha hoja de la espada giró durante largo tiempo como las aspas de un molino, o más bien trazando figuras en forma de ocho, a diestro y siniestro, y dejando un claro en el suelo con cada golpe. Y con cada embate volaba un grupo de ratas. Algunas veces, erraba el golpe y la punta del arma tocaba la piedra, y levantaba una lluvia de chispas.

A pesar de todo, la horda seguía presionando, y las de atrás empujaban a las de delante hacia la vertiginosa espada. En cierto momento, la acometida cedió un tanto, ya que muchas ratas se arrojaron sobre los restos mutilados de sus congéneres para devorarlos. Pero Conan siguió enviando al aire cuerpos destrozados de roedores, a cientos. La hoja de su sable estaba manchada de sangre hasta la empuñadura.

Luego volvieron a abalanzarse sobre el cimmerico, y, a pesar de que éste puso toda su fuerza y su furia en la defensa, no consiguió hacerlas retroceder. Algunas llegaron a clavar sus afilados dientes en el duro cuero de las botas de Conan que, más enojado que atemorizado, pateó y pisoteó a los animales para matar a los más osados. Pero otros no tardaban en ocupar los huecos producidos.

Una de las ratas trepó por la bota de Conan y lo mordió en la rodilla a través de la tela, causándole un vivo dolor. De un breve tajo, el roedor voló por los aires, cortado en dos. Otros lograron subirse hasta la cintura y el pecho del cimmerico, pero allí la cota de malla del guerrero hacía inútiles sus mordiscos. Otra intentó subírsele hasta el cuello, pero el bárbaro le aferró a tiempo con una mano y la arrojó a las oscuras aguas.

Pero los animales iban ganando terreno. Montones de ratas muertas yacían alrededor del cimmerico, que resbaló varias veces sobre el suelo cubierto de pellejos, entrañas y trozos de cadáveres. Aunque las botas y la cota de malla lo habían protegido hasta aquel momento, exceptuando algunas leves mordeduras en el torso, sangraba bastante en las rodillas, donde habían sido más intensos los ataques, y en la mano izquierda, con la que había aferrado a los animales que le subían por el cuerpo.

Entonces, por un momento, las ratas cedieron. Jadeando, Conan echó una mirada a su alrededor y profirió un juramento al ver algo que se le había pasado por alto anteriormente. A un tiro de flecha de donde se encontraba, corriente abajo, había un puente natural de piedra de una orilla a otra. Enseguida se dio cuenta de que si se subía a aquella estrecha arcada de granito, las ratas sólo podrían llegar hasta él de dos en dos o de tres en tres, y que de aquel modo resistiría a la horda por un tiempo determinado.

Para el cimmerico, pensar era actuar. Dando un poderoso salto, corrió hacia el puente, vadeando por entre las ondulantes masas de roedores y aplastando cuerpos bajo sus botas. Sufrió numerosos mordiscos en las piernas, pero fue tal su impulso, que llegó al puentecillo antes de que las ratas consiguieran abatirlo.

Falto de aliento, avanzó tambaleándose por la piedra y se quedó en el centro, donde el puente se hacía más estrecho. Conan lamentó que, con la prisa, se había dejado su

pequeño farol. Y aunque el combustible del depósito debía de estar terminándose, desde la distancia aún proyectaba una luz tenue y vacilante hasta el lugar en el que se encontraba el cimmerico.

Las ratas sólo tardaron unos instantes en reaccionar, pero la pausa le permitió recobrar el aliento y aclarar las ideas. Una vez más sintió que la edad le pesaba en los pulmones, los músculos y el cansado corazón.

Volvían a la carga. Mientras recorrían la ligera pendiente de la arcada, Conan se puso en guardia, con las piernas flexionadas y aferrando la espada con ambas manos.

Una vez llegaron hasta él, comenzó a propinar mandobles con matemática regularidad a izquierda y derecha, aniquilando roedores, de modo implacable, con cada golpe. Los que no eran cercenados en parte o totalmente, caían de todas formas a las negras aguas, que los arrastraban hacia la oscuridad con la rapidez de un torbellino. En ciertas ocasiones se veían algunas cabezas pequeñas e hirsutas que procuraban mantenerse a flote, pero el torrente terminaba por llevárselas.

Jamás en toda su vida de luchas y de matanzas había cobrado tantas vidas la espada del cimmerico, por más pequeños que hubieran sido los animales. Si se hubiera tratado de hombres en lugar de ratas, la defensa de Conan sobre el río subterráneo habría supuesto despoblar a toda una nación. El bárbaro siguió exterminando a sus peludos enemigos como una máquina incansable, sin detenerse ni un solo instante...

El desenlace llegó rápidamente. Una enorme rata negra con bigotes erizados, un gran animal que pesaría lo mismo que dos gatos corrientes, saltó de entre la horda chillona y se lanzó directamente al cuello de Conan. Para entonces, éste estaba demasiado cansado. Tenía los brazos insensibles y pesados como el plomo y las piernas frías como dos columnas de hierro. Con la mano izquierda, aferró el peludo cuerpo en el momento en el que la enorme rata hundía las afiladas garras entre los anillos de la cota de malla y parecía buscar su yugular. Pero ya hemos dicho que las fuerzas abandonaban paulatinamente al cimmerico, que no pareció capaz de librarse de la rata, aun cuando ésta le clavó sus afilados dientes en la piel, debajo de la barba del hombre.

Otra rata se le subió por una bota y, al procurar librarse de ella de un puntapié, resbaló y retrocedió trastabillando. Inmediatamente le siguió un grupo compacto de roedores, tantos como cabían por el estrecho puentecillo. Pero al retroceder hasta algún punto más débil, o tal vez a causa del mayor peso, se oyó un fuerte crujido, y toda la parte central del puente sobre el que se hallaba el bárbaro cayó a la corriente con tremendo chapoteo.

Conan se encontró debajo del agua sin poder hacer nada, ya que lo arrastraba hacia el fondo el peso de su cota de malla. La enorme rata que le atenazaba la garganta había desaparecido, pero ahora el cimmerico se enfrentaba con la perspectiva de terminar aquella dura batalla, no en combate, sino ahogado bajo las aguas.

Llegó al lecho del río antes de lo que pensaba y, dando un fuerte impulso con las piernas, alcanzó la superficie durante unos breves instantes, los suficientes para aspirar una bocanada de aire antes de ser arrastrado de nuevo al fondo. La rápida corriente lo

zarandeaba y golpeaba contra las rocas, haciéndolo rodar arriba y abajo. Una vez más, consiguió llegar hasta la superficie del torrente subterráneo. El bárbaro había sido durante toda su vida un magnífico nadador, pero ahora la cota de malla, que él se había empeñado en conservar para prever los posibles peligros que podían aguardarle, y que, en efecto, lo había salvado de las mordeduras de las ratas, se volvía en su contra, arrastrándolo irremediabilmente hacia un triste y oscuro final.

Volvió a alcanzar la superficie para aspirar otra vez el aire. Pero enseguida se hundió, como si una fuerza inexorable lo estuviera atrayendo desde el fondo. La conciencia comenzó a abandonarlo, como si hubiera estado cayendo en un sueño profundo e interminable.

*En vano el León luchó y cayó;
sus hombres contemplaron el infierno...*

EL VIAJE DE AMRA

Sigurd de Vanaheim estaba irritado. Cuando el viejo y grueso vanir, al igual que los demás integrantes de la tripulación del *León Rojo*, sintió que perdía el conocimiento a causa de los gases arrojados por los hombres del barco—dragón antilliano, en modo alguno pensó que volvería a ver la luz del día. Pero la muerte había alejado sus negras garras del caído guerrero. Evidentemente, el fin de Sigurd aún no había llegado.

Por el contrario, el viejo pirata, mareado y confuso, sintió que despertaba en un ambiente sobrecargado de un humo acre y aromático. Se encontró en la amplia bodega de la nave antilliana, entre sus compañeros, que en su mayoría también iban recobrando el conocimiento. Los rodeaban unos guerreros de baja estatura, piel cobriza y vestidos con extrañas corazas de una especie de material de vidrio.

Cuando Sigurd hubo vuelto completamente en sí, pudo comprobar que la nave—dragón no estaba hecha realmente de oro, sino que éste sólo constituía un fino revestimiento. El casco que había bajo sus pies era de madera sólida y de buena calidad, parecida al roble, aunque de color más oscuro. La bodega estaba dividida por mamparas del mismo material. Llegó a sus oídos el retumbar de las olas al romper contra la nave, y entonces Sigurd se dio cuenta de lo que les había ocurrido.

Examinó de una mirada a su tripulación. Aun cuando estaban maltrechos y ensangrentados, y un par de ellos heridos de gravedad, casi todos se encontraban allí, aunque estuvieran prisioneros.

El viejo filibustero sintió que el corazón se le contraía de dolor al ver que faltaba alguien. ¿Dónde estaba Conan? El conocido rostro ceñudo, enmarcado en la melena ya grisácea, no se encontraba allí.

Una expresión de dolor asomó al rostro de Sigurd. Conocía muy bien el valor del cimmerio; pocos hombres, durante la larga vida de Conan, podían jactarse de haberlo apresado alguna vez. Fieramente apegado a la libertad, el viejo lobo gris habría preferido morir luchando antes que caer en manos de aquellos hombrecillos de piel oscura que parecían muñecos. Si Conan figuraba realmente entre los muertos, sobre Sigurd recaía, desde aquel momento, la responsabilidad del mando.

—¡Ánimo, mis valientes! —bramó—. Es cierto que estamos presos, pero aún vivimos. ¡Y mientras podamos respirar, que me aspen si no hay posibilidad de luchar y de recobrar la libertad!

Goram Singh lo miró con sus grandes ojos sombríos. Luego preguntó:

—¿Dónde está Amra, oh, Sigurd? ¿Por qué no se encuentra con nosotros?

—¡Por el rabo de Shaitan y la estrella de Ningal, amigo; te juro que no sé dónde está! Tal vez se encuentre en otra parte de esta maldita galera.

El vendhio asintió en silencio, pero inclinó su cabeza cubierta con un turbante y evitó la mirada de Sigurd. Sabía tan bien como el vanir que era improbable que Conan hubiera sido encadenado aparte de los demás. Le parecía más factible que el cimmerico hubiera descendido a la morada de los muertos con una espada antilliana en las entrañas.

El viaje hasta el puerto de Ptahuacán les llevó alrededor de una hora. Sigurd parpadeó bajo la luz solar cuando los condujeron fuera del dorado navío, amarrados con aquellas cadenas hechas de un material similar al vidrio, aunque mucho más resistente. Examinó con curiosidad el aspecto de la antigua ciudad de piedra y de paredes enyesadas y pintadas de colores chillones, construida en terrazas sobre la ladera de la montaña.

Jamás en su larga vida había visto Sigurd de Vanaheim una ciudad tan extraña. La fachada de la mayoría de los edificios estaba cubierta de tallas de piedra que representaban rostros de dioses monstruosos, y hombres con cabezas de animales. Por encima de todo, la amenazadora silueta de la enorme pirámide negra y carmesí extendía su sombrío hechizo. Del templo situado en su cúspide se alzaba perennemente una columna de humo, como si de un volcán se hubiera tratado.

No obstante, los piratas sólo pudieron echar un breve vistazo a la antigua ciudad. Los guardias los condujeron rápidamente por las calles, hasta que cruzaron las puertas de bronce de la fortaleza grisácea que flanqueaba la plaza de la pirámide. Cuando las grandes puertas se hubieron cerrado a sus espaldas, los piratas intuyeron que no verían en muchos días el aire libre.

Los centinelas los guiaron hacia abajo, por interminables escaleras de piedra que se internaban en las entrañas de la montaña, en cuya ladera estaba construida Ptahuacán. Cuando les parecía que las piernas ya no iban a poder sostenerlos debido al cansancio del descenso, llegaron a una enorme habitación tallada en la roca viva. Allí les quitaron los grilletes, mientras eran vigilados por carceleros que llevaban picas con puntas de vidrio afilado y resistente.

Luego les aseguraron los tobillos a una larga cadena hecha del mismo material, que se extendía a lo largo de la enorme pared de piedra y estaba unida a ésta por anillas. Aunque disponían de cierta libertad de movimientos —la suficiente para moverse un poco y poder tenderse—, en realidad no podían separarse más que unos pocos centímetros del muro.

A continuación, los soldados se marcharon y los cautivos quedaron envueltos por el silencio y la soledad del recinto subterráneo.

Éste estaba provisto de enormes columnas de granito que sostenían el techo como árboles gigantes. Parecían formar parte de la misma roca natural del lugar y haber sido talladas al mismo tiempo que era excavado el resto de la habitación, a fin de actuar como soporte de la parte superior.

Por encima de la cabeza de los piratas, el techo estaba formado, a considerable altura, por placas de un metal brillante. Gracias a un proceso especial, dichas placas

proyectaban luz tenue y difusa por toda la estancia. Sigurd se preguntó si estarían hechas de orichalcum, el fabuloso material que, según la leyenda, procedía de Atlantis. Pero el vanir se puso a pensar enseguida en asuntos más importantes. Pero se interrumpió al ver que el vanir agitaba su puño encadenado, y bramaba:

—¡Silencio, maldito, o enrollaré una cadena alrededor de tu cuello y la apretaré hasta que caiga tu piojosa cabeza! Cada uno puede añadir los días que él considere acertados a la cuenta que lleve Yasunga. ¡Asunto terminado! Y al que vuelva a hablar de esto, ¡le aplasto el cráneo como un huevo!

—¡Ah, huevos! —exclamó relamiéndose Altanes, el zamorio, un hombrón conocido por su apetito pantagruélico—. ¡Qué no daría yo por una tortilla de una docena de huevos de pato bien frescos!

Una vez al día los esclavos eran alimentados. Les echaban cubos de una especie de estofado grasiento y tibio en un sucio canal labrado en la piedra a la que estaban atados. La grasa estaba fría, cortada en trozos, y también había pedazos de una carne insípida. Pero el hambre pronto se sobrepuso a los reparos, y la tripulación del *León Rojo* solía esperar con ansiedad la hora de la comida. Sigurd tuvo que emplear su autoridad para que algunos dejaran de pelearse por algún bocado presuntamente apetitoso.

Enterrados en vida en aquel lugar húmedo, imposibilitados de ver el curso de los astros, los piratas llegaron a perder el sentido del tiempo. Ya no sabían si llevaban allí varios días o semanas y discutían interminablemente acerca del asunto.

—¡Callaos todos de una vez, o vais a volverme loco con vuestra cháchara! —bramó al fin Sigurd—. Estamos seguros de que nos dan de comer a la misma hora todos los días, ¿no es así? Entonces, haremos una marca por cada comida. Yasunga, tú te encargarás de trazar esas señales en la pared cada vez que nos den de comer.

—Pero Sigurd —dijo quejumbrosamente un pequeño nativo de Ofir—, no sabemos cuántos días han pasado hasta ahora. Algunos dicen que son cuatro, y otros que cinco, seis o siete. ¿Cómo vamos a saber...?

Los prisioneros ya comenzaban a pisar sobre una alfombra de excrementos. Algunas heridas curaron, pero otras se infectaron penosamente. Dos hombres murieron; un nervioso shemita, que había sufrido una fractura en el cráneo durante la batalla, dejó de existir, chillando y luchando contra enemigos invisibles. El otro era un fornido negro procedente de las densas selvas del sur de Kush, y al que los negreros estigios le habían cortado la lengua antes de huir a las islas Barachas. Este último murió de fiebre. Ambos cuerpos fueron retirados por carceleros antillianos, recubiertos de cotas de malla cristalinas, que se los llevaron a algún lugar desconocido.

Con la ayuda de Yasunga el piloto, de Milo el conrmaestre, y de Yakov, el jefe de los arqueros, Sigurd hizo todo lo posible por mantener la moral de sus piratas. Esto no era fácil, pues se trataba de un grupo muy heterogéneo, de hombres dados a las pasiones violentas y a las supersticiones, que tenían el carácter pendenciero. Pero Sigurd, aunque su nombre impusiera respeto a toda la Hermandad Roja, carecía del aura de poder sobrenatural del que estaba investido Amra el León.

La mejor manera de mantener entretenidos a los hombres y evitar que se enzarzaran

en peligrosas peleas era hacerles hablar de sus hazañas pasadas. Así pues, se pusieron a rememorar hechos gloriosos durante muchas horas, haciendo comentarios acerca de batallas, asedios y correrías en las que habían participado.

Recordaron una y otra vez las proezas de Conan, o Amra el León, como lo llamaban casi todos. Relataron incontables veces cómo el cimmerico, al lado de la hermosa Belit, su primer gran amor, había saqueado la Costa Negra para luego aventurarse en los ríos desconocidos del Sur, donde la muchacha pirata había hallado un triste fin entre las ruinas de una ciudad abandonada.

Contaron la manera en que, diez años después, Amra había reaparecido, como saliendo de la nada, para volver a navegar con los piratas de las islas Barachas. No cesaban de rememorar la carrera de su jefe, el héroe de cientos de combates, el hombre que vencía siempre, tanto en sencillos duelos como en grandiosas batallas.

Pero al final, hasta el espíritu de Sigurd comenzó a flaquear. La mazmorra húmeda y oscura, con sus extrañas paredes que amortiguaban los ecos, y la amenaza de un peligro desconocido, minaban la moral de todos, y aquello era suficiente para abatir al hombre más templado.

En varias ocasiones, con la ayuda de hombres más fuertes, Sigurd trató de romper las cadenas que los sujetaban. Los eslabones parecían hechos de vidrio, pero se trataba de un material transparente de características extraordinarias. Era duro e inflexible como el bronce, y por más que lo golpeasen, retorciesen o rayasen, apenas si quedaba marca alguna en su pulida superficie.

La posible fuga de aquellos hombres no parecía residir en su fuerza. Tan sólo podrían seguir esperando a que algún dios benévolo se acordara de ellos. Y esto, por fin, sucedió.

Un estruendo metálico de escudos y espadas despertó a Sigurd de su profundo sueño. Se puso en pie rápidamente al ver la estancia llena de soldados conocidos de poca estatura y rostro achatado, que estaban despertando a los piratas y les ataban las manos a la espalda.

—¿Qué sucede, capitán? —murmuró Goram Singh. Sigurd sacudió la cabeza haciendo que se meciera su hirsuta barba rojiza.

—¡Sólo Crom y Mitra lo saben! —repuso con un gruñido, después de lo cual gritó —: ¡Caminad erguidos, muchachos! ¡Demostremos a esos perros que somos hombres de verdad, aunque nos tengan en un establo! Si nos llevan ante el verdugo, por el negro corazón de Nergal que les enseñaremos a esos cerdos malolientes cómo muere un hombre, ¿eh, amigos? ¿Estaréis de parte del viejo Sigurd hasta el final?

La exhortación hizo que se levantara un coro de ásperas voces:

—¡Sí, Barbarroja!

—¡Eso quería oír, amigos! Tal vez sólo se trate de vendernos en un mercado de esclavos. Y con la suerte que caracteriza a los miembros de la Hermandad, estoy seguro de que los compradores serán unas damas nobles que nos querrán para el servicio en su

tocador, ¿eh, muchachos?

El jovial vanir terminó su frase con una serie de guiños significativos.

Los piratas respondieron con un coro de risas y de bromas subidas de tono. Sigurd sonrió ampliamente, pero todo en él era fingido, pues creía adivinar el terrible fin que les esperaba entre aquellos hombres de ritos salvajes, en unas islas malditas del fin del mundo.

Sigurd estaba en lo cierto. Los piratas parpadearon al recibir directamente la luz del sol y enseguida miraron a su alrededor, asombrados ante el espectáculo. Por encima se extendía la bóveda azul del cielo, como la cúpula de zafiro de algún suntuoso palacio. El sol, casi en su cenit, proyectaba sus rayos con intensidad, lo que fue bien acogido por los prisioneros después de la frialdad de la mazmorra. Aspiraron con deleite la fresca brisa que llegaba del mar, pero con pleno conocimiento de que aquéllas podían ser las últimas bocanadas que penetraran en sus pulmones.

Luego avanzaron desde el portal de la sombría fortaleza llamada Vestíbulo de los Dioses y se dirigieron hacia la gran pirámide roja y negra. Ésta se alzaba muy por encima de sus cabezas, y de las de los miles de antillianos que atestaban la plaza.

Al frente de la columna iba Sigurd, que se volvió y miró a sus compañeros. Éstos formaban un grupo de aspecto lamentable, sucios, cubiertos de harapos, con el pelo y la barba enmarañados. Entre los jirones de sus ropas asomaban las costillas y los delgados torsos, debido a la mezquina alimentación que habían recibido.

Los soldados antillianos formaban una fila que iba desde el Vestíbulo a la base de la pirámide. Por allí condujeron los carceleros a los piratas, hasta que llegaron junto a un grupo de individuos semidesnudos.

Por encima de la multitud destacaban los sacerdotes de emplumadas capas y capuchas, cuya estatura se acrecentaba merced a los altos zapatos, ocultos por sus ropajes. En la base de la pirámide había más soldados que sostenían diversos estandartes y banderas.

Con la ayuda de látigos, los soldados antillianos obligaron a los piratas a colocarse tras una fila de nativos, apenas cubiertos unos, desnudos los más. Las filas comenzaron a subir, lentamente y en silencio, por la escalera de piedra de una de las caras de la enorme pirámide.

Sigurd levantó la cabeza y trató de observar lo que había en la cima de la pirámide, pero el sol, con su intenso resplandor, le impedía ver con claridad. De todas formas, pudo divisar un enorme altar de piedra negra, y al lado un elevado trono en el que había una figura de capa emplumada.

Uno a uno, los silenciosos antillianos semidesnudos eran llevados en actitud sumisa hasta el altar de la cúspide. Sigurd veía ahora cómo los sacerdotes con máscaras bestiales los tendían boca arriba sobre la piedra. Luego avanzaba otro personaje aún más recargado de plumas y adornos, y extendía el brazo trazando un signo cabalístico sobre el pecho del inerme antilliano. Luego...

Los ojos de Sigurd se llenaron de lágrimas a causa del esfuerzo que suponía mirar casi de cara al sol. Bajó la cabeza para secárselos con el dorso de la mano. Cuando volvió a mirar, vio que el brazo del sacerdote sostenía algo brillante: un afilado puñal que arrojaba destellos como el vidrio. El cuchillo descendió trazando un arco. Durante un momento, el personaje permaneció inclinado sobre su víctima, cortando con el cuchillo y hurgando con la mano libre. Luego, los delgados brazos cobrizos se levantaron de nuevo y exhibieron el corazón de la víctima contra el cielo brillante.

Los miles de espectadores emitieron un murmullo contenido, mientras los sacerdotes iniciaban un monótono cántico que recordó a Sigurd el oleaje del mar. La hoguera del sacrificio cercana al altar lanzó una humareda negra cuando el corazón de la última víctima se añadió a las cenizas de otros muchos corazones. El cadáver fue arrastrado lejos de la vista de Sigurd por unos ayudantes, y la siguiente víctima pasó a ocupar el lugar de la anterior. Atónito, Sigurd se preguntó cuánto tiempo llevarían los sacerdotes dedicados a su macabra tarea.

Los soldados hicieron avanzar otro paso a la columna. Detrás de Sigurd, los piratas permanecían tan silenciosos como él, abrumados por el horror que se cernía desde la cima de la pirámide. El viejo filibustero pensó que, en unos pocos momentos, todo habría acabado; el largo viaje habría concluido; el relato, finalizado. ¿Qué importaba todo? Tal vez la vida humana tenía tan poco sentido como parecía. Sin embargo...

Dentro del velludo pecho del vanir, su viejo corazón se estremecía de horror y repugnancia. Su carácter viril se rebelaba ante aquella sumisión a un destino terrible. ¿Acaso él no era mejor que aquellos necios isleños? ¡Por el martillo de Thor, que no le temía a la muerte! Ambos eran antiguos compañeros. ¿Qué era, pues lo que le hacía rebelarse de aquel modo? ¡El orgullo! ¡Sí, por todos los dioses, ahora lo comprendía! ¡Lo que le hacía rebelarse era su orgullo de guerrero!

Sigurd lanzó una carcajada, que atrajo las miradas sorprendidas de los piratas que se hallaban más cerca de él. ¡Vaya manera de morir para un viejo vanir!

Al oír el roce de las escamas sobre la piedra,

Amra supo que no estaba solo...

&NBSP;EL VIAJE DE AMRA

Al principio creyó que estaba muerto, que el mar de la vida había arrastrado su cuerpo inerte hasta las orillas del otro mundo. Permaneció inmóvil durante algún tiempo, parpadeando tan sólo para eliminar el agua que le impedía ver con claridad. Luego, poco a poco, Conan fue recobrando la consciencia y se dio cuenta de que había sobrevivido.

Por increíble que pareciera, aún estaba con vida. Según toda lógica, tendría que haber muerto, se tendría que haber ahogado debido al peso de su cota de malla y al rodar y golpear contra el fondo a causa de la rápida corriente.

El cimmerio se apoyó sobre un codo y miró a su alrededor. Vio que se encontraba en otra vasta caverna que, curiosamente, no se hallaba completamente a oscuras. A medida que se fue aclarando su visión, descubrió miles de puntitos de luz verde sobre las distintas paredes y el techo de la cueva. Por un momento, pensó que se encontraba al aire libre y estaba viendo el fulgor de las estrellas, pero comprendió que estas luces no tenían el brillo uniforme de aquéllas ni estaban distribuidas de forma tan regular.

Permaneció tendido sobre la arena gruesa y húmeda de la orilla del río subterráneo al que había ido a caer. La corriente entraba en aquella amplia caverna por un túnel bajo, que podía entrever apenas al otro lado de las aguas; luego efectuaba una curva pronunciada hacia la izquierda y desaparecía por otro oscuro orificio.

El brusco cambio de dirección de las aguas debió de haber arrojado su cuerpo casi sin vida contra el talud situado en la parte exterior de la curva, y algunos restos de fuerza lo impulsaron tal vez a arrastrarse fuera del alcance de las aguas. Luego, seguramente, se había desvanecido.

Conan se incorporó y se sentó, y se examinó el cuerpo al tenue fulgor de las paredes de la cueva. No apreció ninguna herida grave, exceptuando algunas contusiones y cortes sin importancia, sobre todo donde lo habían mordido las ratas o se había golpeado contra las rocas del fondo del río. Tenía los pantalones destrozados y las botas perforadas por los dientes de los roedores, de modo que se le veían los dedos y los tobillos a través del cuero. Por fortuna, la fría agua del río subterráneo le había limpiado las heridas.

Sobre los anillos de su cota de malla se había formado una fina capa de óxido, por lo que ésta emitía un débil chirrido cuando el bárbaro se movía. Aún conservaba la daga, pero había perdido la espada después de su caída a las aguas del río.

Finalmente se puso en pie y, después de tambalearse unos instantes, recuperó el equilibrio. Le dolían todos y cada uno de los músculos de su poderoso cuerpo de la agotadora batalla que sostuviera contra los roedores, pese a que tenía la certeza de haber

dormido todo un día y una noche, al menos.

Conan flexionó sus rígidos músculos para activar la circulación, y un renovado vigor pareció inundar su vapuleado cuerpo. Se despojó de la vaina vacía de la espada, que de nada le servía.

Entonces, se dio cuenta de que tenía un hambre feroz e intensa sed. Se acercó a la orilla y apaciguó al momento la sed. Pero comprendió que no le sería tan fácil satisfacer el hambre devoradora que sentía. Lamentó no tener a su alcance alguna de aquellas gigantescas ratas que lo habían atacado, pues no le habría importado comérsela.

En ese momento atrajeron su atención un movimiento y unas formas borrosas que entrevió bajo la superficie del agua. Se dio cuenta de que en aquel río había peces. Buscó una roca saliente y se tendió sobre ella, observando las aguas con la paciencia del veterano cazador.

Pasó el tiempo. De pronto, Conan sumergió su largo brazo, y casi al momento lo extrajo, aferrando por las agallas un pez que se retorció con violencia. Cortó la cabeza del pescado en la roca, le quitó las escamas con la daga y se comió cruda su firme y blanca carne. Cuando hubo terminado, se lavó la sangre y las pocas escamas que tenía en el rostro y las manos, y se dispuso a explorar los alrededores.

En primer lugar se dirigió a la pared más cercana de la caverna, avanzando cautamente a fin de no caer en algún agujero que no divisara a causa de la semioscuridad reinante.

Llegado al sitio donde se unían el suelo y la pared de la cueva, Conan observó el más cercano de los objetos luminosos que estaban dispersos por las paredes, y vio que tenía el tamaño y la forma del dedo de un niño. Demasiado cauto para tocar cualquier objeto desconocido, Conan extrajo su daga, y con la punta removió el elemento luminoso. Éste se desprendió de la pared, cayó ante sus pies y, ya en el suelo, rodó por el piso de piedra de la cueva. Al mirarlo de cerca, el cimmerico vio que se trataba de una especie de gusano luminoso, de los que había por millares, emitiendo su luz fosforescente por toda la caverna.

Conan gruñó de sorpresa, y al instante se extinguieron los puntos luminosos que estaban más cerca de él, creando una gran mancha oscura. El bárbaro permaneció inmóvil, observando, y al cabo de cierto tiempo brillaron nuevamente las lucecillas, tenues al principio y después con su luminosidad normal. Era evidente que los sonidos de cierta intensidad asustaban a los gusanos, los cuales, como medida defensiva, dejaban de emitir su luz.

La luz le permitía ver lo suficiente a su alrededor, pero el cimmerico se dio cuenta de que para entonces debía de hallarse muy lejos del camino que se había trazado al principio. Al huir de las ratas, lo hizo por los pasadizos que le parecieron más convenientes, como era lógico, sin preocuparse de la ruta que tan cuidadosamente había memorizado con ayuda de Metemphoc, el rey de los ladrones. No parecía que tuviera posibilidades de volver sobre sus pasos y seguir su antiguo camino. Aun cuando pudiera seguir el curso del río hasta el lugar de su caída, no tenía el menor deseo de volver a encontrarse con la horda de gigantescas ratas, y menos ahora que no tenía la espada.

Siguió explorando la enorme caverna, de cuyo suelo se alzaban grandes estalagmitas que se unían con las estalactitas que colgaban del techo. Estos colosales pilares naturales recordaron al cimmerio las columnas de los templos primitivos dedicados a los dioses del mundo subterráneo. Su tamaño empequeñecía a cualquier objeto.

Ahora que había aplacado un tanto el hambre, Conan pensó de qué forma podría conseguir un arma más efectiva que la daga que tenía. Aunque ésta era un arma fuerte, de hoja ancha, el bárbaro se dijo que necesitaba algo que tuviera mayor alcance, pues desconocía qué otros moradores podían habitar en aquel mundo subterráneo.

Observó que las estalagmitas eran todas romas en su extremo superior. Las estalactitas, por el contrario, tenían una punta afilada y podían servirle como pica o como lanza. Levantó una pesada piedra y la arrojó contra una de las columnas. La estalactita se rompió, y Conan recogió en el aire la punta antes de que se partiera contra el suelo. El ruido del impacto hizo que la mitad de los gusanos fosforescentes de la cueva apagaran su luz. Luego, poco a poco, volvieron a emitir su brillo habitual.

Empuñó su nueva arma. Se trataba de una pica de piedra de más de una yarda de largo, gruesa como su puño por un extremo, que se estrechaba por el otro hasta convertirse en una fina punta. Aunque ésta no era tan afilada como la de una espada o lanza, podría traspasar el cuerpo de un hombre si la manejaba alguien con la fuerza de Conan. Incluso podía usarla como maza o arrojarla a corta distancia, como una lanza.

Armado de esta manera, Conan se sintió capaz de enfrentarse a los seres desconocidos de aquel reino de tinieblas. Siguió investigando con cautela el terreno hacia donde la caverna parecía extenderse con mayor profundidad.

Mientras avanzaba, notó que la cueva se estrechaba y que el techo se hacía más bajo. Los gusanos luminosos ya eran menos abundantes, por lo que el cimmerio debió extremar sus precauciones al andar en una creciente oscuridad. Temía caer en alguna profunda sima.

De pronto tropezó con una irregularidad del suelo, y fue a dar contra una estalagmita de su misma altura. Ésta se rompió, y produjo un gran estrépito que resonó en las paredes de piedra. Enseguida se extinguieron las luces de los pocos gusanos, dejando al bárbaro en las tinieblas.

—¡Arimán se trague estas malditas cuevas! —dijo con un gruñido malhumorado.

Luego siguió avanzando en la misma dirección, pero tanteando con la punta de la estalagmita a guisa de bastón.

De pronto, tocó con la pica de piedra algo que se movió. Conan se quedó inmóvil, aguzando la vista y el oído para ver si podía identificar la cosa que se había cruzado en su camino.

Un fuerte silbido surgió de la oscuridad que había delante de él. Era como el de una serpiente, pero mucho más intenso. Un hedor rancio, como de reptil, llegó hasta la nariz del cimmerio. Éste lo hubiera percibido mucho antes, pero la brisa soplaba desde su espalda, llevándose por consiguiente el olor en dirección opuesta.

La frente de Conan se cubrió de sudor. ¿Habría caído en un nido de serpientes? A

semejanza de muchos bárbaros del norte, detestaba los ofidios que pululaban en las selvas de las cálidas tierras meridionales. Varias veces en su vida había tenido encuentros con serpientes de tamaño monstruoso, algunas con la cabeza tan grande como la de un caballo.

Tratando de escapar en silencio, el cimmerico dio un paso atrás. Entonces, percibió un sonido, como si algo pesado se hubiera arrastrado a sus espaldas. Conan se detuvo inmediatamente y contuvo la respiración, a fin de que ni el menor sonido pudiera traicionar su presencia.

Por entonces, los gusanos fosforescentes comenzaron a emitir nuevamente su luz. Pero apareció otra ante el cimmerico; se trataba de una luz de color verdoso, que se alzaba a la altura del rostro de Conan. Éste comprendió que era un enorme ojo, que se movió; al hacerlo, el cimmerico vio el otro ojo del animal.

Cuando la luz de los gusanos hubo alcanzado su intensidad normal, Conan descubrió que estaba en presencia de un dragón, un reptil similar a un lagarto, pero de tamaño muchísimo mayor. Éste medía una docena de yardas de largo y tenía las mandíbulas entreabiertas, que dejaban ver sus enormes colmillos curvos. De su boca surgía una lengua bífida, como la de las serpientes, que se agitaba en el aire y entraba y salía con rapidez.

Conan corrió directamente hacia la penumbra en busca de una salida en torno al gigantesco reptil. El dragón se levantó sobre las patas traseras, y se abalanzó sobre Conan con las garras extendidas, avanzando en forma extraña, pero con amenazadora rapidez.

Al tratar de esquivar al reptil, Conan se halló ante la entrada de un pasadizo lateral. Los gusanos luminosos eran allí escasos, y el cimmerico se internó con todo cuidado. Hacia el frente se veía una luminosidad más fuerte, que no era verdosa, sino que se asemejaba a la luz del día.

A sus espaldas, Conan oía las garras que arañaban en la piedra con cada paso que daba el monstruo. También las escamas de la cola del reptil emitían un ruido extraño al rozar contra el suelo. «A cielo abierto —pensó el cimmerico— sería capaz de dejar atrás a uno de esos dragones en una carrera, pero aquí debo extremar las precauciones para no caer en un pozo, o resbalar y perecer en las fauces del animal.»

El túnel que estaba recorriendo desembocó en otra cueva, donde la luz le permitió descubrir nuevas amenazas. Tenía otros dos dragones delante: uno se hallaba dormido, mientras que el otro estaba terminando de comer.

Conan se precipitó entre los dos grandes reptiles en el preciso momento en que abría los ojos el que estaba dormido. El otro tragó con fuerza, y la comida desapareció dentro de su boca. El hecho de que uno estuviera dormido a medias y el otro devorando su alimento fue providencial para Conan, y seguramente le salvó la vida.

El dragón que lo perseguía irrumpió en la caverna lanzando un hondo y sonoro rugido y, al momento, los tres echaron a correr detrás del cimmerico.

Aquella caverna era una especie de antesala de otra mucho más vasta, iluminada por un rayo de luz que entraba por un hueco del techo. La habitación, que en apariencia había sido agrandada por obra del hombre, era de forma más o menos cuadrada. Hacia un lado se alzaba una enorme puerta de bronce similar a la que Conan viera en la fachada de la

gran pirámide de la plaza de Ptahuacán.

Hacia el otro lado de la cueva habían clavado en la piedra cierto número de clavos por pares, que formaban una especie de escalera desde el suelo hasta una altura de ocho yardas. Allí se veía una pequeña plataforma que se abría a un túnel. Conan tuvo la fugaz impresión de que había un hombre en aquella plataforma. Le pareció un antilliano armado, pero no pudo confirmar aquella impresión.

Su atención se centraba fundamentalmente en la parte central de la cueva, donde había seis dragones de piel grisácea. Entre ellos había uno que sin duda era un cachorro y medía tres yardas de largo, hasta otro de unas dieciséis yardas de longitud. Estaban colocados en círculo, con las cabezas hacia el interior del mismo, y directamente debajo de la abertura del techo. Todos levantaban la mirada en dirección al lugar por donde entraba la luz, como si hubieran estado dedicados a algún misterioso rito animal. Recortadas crestas de escamas recorrían sus lomos desde el hocico hasta la punta de la cola.

Para entonces, Conan tenía los pulmones llenos del olor a almizcle que exhalaba del cuerpo de los enormes reptiles. Entre las inmundicias que cubrían el suelo de la caverna, Conan descubrió la correosa superficie de unos huevos de reptil mucho mayores que los de las avestruces de Kush. También se divisaban restos humanos a medio devorar: aquí un cráneo, allí una pierna, más allá parte de un brazo.

Conan se internó en la habitación seguido por los tres dragones. Los seis del centro bajaron la cabeza y se quedaron mirando con ojos que parecían grandes gemas verdes. Cuando sus rudimentarios cerebros captaron la idea de que allí había más alimento, corrieron hacia el cimmerico, azotando el suelo con sus colas escamosas.

A la derecha del bárbaro se abría otro túnel. Saltó hacia él, pero, cuando se disponía a penetrar en su interior, la aparición de dos pares de ojos de color esmeralda y el rozar de escamas contra la piedra lo detuvieron en seco. Eran otros dos dragones que habían sido despertados por el ruido y se acercaban a investigar.

Dio la vuelta en redondo y corrió hacia las puertas de bronce. Pero éstas no cedieron a pesar de los esfuerzos que realizó el desesperado cimmerico.

Los dragones se acercaban a él formando un semicírculo. El sudor inundaba la frente de Conan y, al caerle sobre los ojos, le producía escozor.

El cimmerico pensó que su situación era peor ahora que en el enfrentamiento con las ratas. Aquellos, al menos, eran animales de sangre caliente; remotos antepasados del hombre, según afirmaban algunos eruditos del palacio. Pero estos gigantescos saurios se hallaban en el extremo opuesto de la escala animal respecto al hombre.

Eran monstruos surgidos del primer cieno de la tierra, remanentes del amanecer de los tiempos, aquel tiempo en que enormes cataclismos habían sacudido al mundo, millones de años antes de que el primer hombre apareciera erguido sobre sus patas posteriores y luchara para llegar a dominar el planeta.

Los reptiles se abalanzaron sobre el cimmerico como pesadillas vivientes surgidas de algún infierno aterrador.

Un día de sangre y fuego

*El afilado puñal de vidrio esparce una roja lluvia de sangre
para aplacar la sed monstruosa, pero los sacerdotes insaciables
reclaman nuevas muertes horribles.*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Bajo el ardiente sol del mediodía, la fila de hombres silenciosos avanzaba lentamente hacia la gran pirámide de piedra roja y negra. Expuesto al fiero calor, Sigurd sintió que el sudor le empapaba el rostro y el pecho.

Nunca había pensado que le llegaría el fin en un escenario de tan bárbara grandeza. Lo imaginaba en alguna cubierta de una nave en llamas, resbalando en la sangre de los caídos, o tal vez en las callejuelas de un puerto sometido a saqueo, entre gritos y juramentos, o quizás en un duelo desesperado con algún pirata fanfarrón, en que la hoja penetrara fría y limpiamente entre sus costillas mientras un rostro barbudo le sonreía de cerca. ¡Pero jamás había imaginado un final como aquél!

Contempló la plaza castigada por el sol. A los cuatro lados se alzaban filas de bancos de piedra en los que estaban sentadas miles de personas pertenecientes a las clases pudientes de Antillia, que resplandecían con sus adornos de oro, jade y plumas. El pueblo llano, ataviado con sencillos taparrabos, llenaba el espacio de la plaza que mediaba entre las gradas y la base de la pirámide. Los antillianos permanecían sentados o en pie, en tenso silencio, absortos con el sombrío espectáculo que se desarrollaba en la cúspide del enorme monumento de piedra.

En la base de la pirámide estaban los sacerdotes formando filas. Sus voces se alzaban como olas lejanas, entonando un cántico realzado por el redoble de enormes tambores hechos con piel humana, que parecían el latido de un gigantesco corazón.

Sigurd miró hacia arriba. Muy alto, en su trono, recortándose contra el azul del cielo, el sumo sacerdote, envuelto en su manto de plumas verdes, gesticulaba hacia las alturas con los cobrizos brazos desnudos, mientras permanecía sentado en un trono que estaba situado a un extremo de la cima de la pirámide. El trono brillaba cegadoramente a causa de las piedras preciosas que lo cubrían.

En la misma cima, delante del trono, había un altar de brillante piedra negra. Junto al altar se hallaba un sacerdote y algunos ayudantes que se dedicaban al sacrificio. El sacerdote estaba vestido tan sólo con un taparrabo y unas sandalias, pero llevaba numerosas plumas de increíbles colores que reflejaban los rayos del sol y ocultaban su cabeza.

En aquel momento, una esclava estaba siendo sometida al antiguo rito del sacrificio. Los ayudantes la aferraron por los brazos y la tendieron sobre el altar. La hoja de obsidiana relampagueó bajo el sol al descender, y un momento más tarde la esclava yacía

sin vida.

Sigurd abrió la boca estupefacto, pues justamente cuando miraba apareció el Ser sobre la pirámide, materializándose a partir del aire.

Una sombra ocultó el sol, y esparció una fría penumbra sobre la plaza. El aire parecía morder con el hielo del espacio sideral. Cerniéndose en la cúspide de la pirámide, el Demonio de la Oscuridad terminó de tomar forma.

Sigurd escuchó a sus espaldas las plegarias de sus piratas; un hecho excepcional, pues éstos nunca se habían destacado por su fe.

En lo alto de la pirámide, el Ser se solidificaba y tomaba cuerpo, y de él se desprendía un viento helado y fétido. Parecía una nube negra que hubiera adoptado el aspecto de un ser marino con largos brazos y silueta amorfa. El conjunto giraba como el legendario Maelstrón de la leyenda de las costas árticas de Vanaheim.

Fascinado y aterrado al mismo tiempo, Sigurd comprendió claramente el significado del símbolo de los antiguos habitantes de Atlantis. Su emblema era el Kraken Negro, un gigantesco pulpo que representaba perfectamente la aterradora nube negra que tenía delante. Recordó también que el signo del Kraken Negro adornaba asimismo la proa de la verde galera antilliana que habían destruido en su camino hacia la isla maldita. Así pues, el Kraken Negro era Xotli, el Demonio de la Oscuridad, al que se referían temerosamente los mitos más antiguos.

Sigurd cerró la boca y adoptó una postura más serena, pero en su interior sintió que su coraje flaqueaba. De haber sabido lo que había detrás de aquel símbolo sombrío, jamás habría emprendido aquel temerario viaje, que lo llevaba a morir sobre un altar empapado de sangre en presencia del horrendo Ser que presidía la ceremonia.

Uno a uno, los hombres de la silenciosa hilera iban avanzando cansinamente. La escalera lateral que llevaba a la cúspide de la pirámide estaba ahora cerca de los piratas. Arriba, la tenebrosa forma se hacía cada vez más grande y oscura.

Por raro que parezca, ninguna de las víctimas destinadas al sacrificio había hecho ningún intento por escapar. Por el contrario, permanecían en fila con la cabeza gacha o bien levantada para mirar el altar. Una sensación de pesado fatalismo se cernía sobre todos los espíritus.

Por otro lado, un intento de huida no habría conducido a nada. Las víctimas estaban encadenadas por el cuello y las muñecas con irrompibles eslabones de vidrio, y rodeadas de vigilantes centinelas provistos de látigos y espadas. Todos avanzaban hacia la muerte con rostros inexpresivos y la mente aletargada.

Tal vez se tratara de alguna fuerza psíquica originada por el ser demoníaco que se hallaba en la cima del monumento de piedra, o de algún encantamiento lanzado sobre ellos por el coro de sacerdotes, que miraban hacia arriba con ojos vidriosos a su dios— demonio. Fuera cual fuese la razón, ninguno intentaba eludir el sangriento puñal que se alzaba incansablemente y volvía a descender bajo la sombra de la vigilante nube.

Un cuerpo tras otro, iban siendo arrastrados fuera del altar y arrojados por los acólitos a la boca de un pozo que se abría a un lado de la cima de la pirámide. Hecho esto,

se celebraba un nuevo sacrificio. Cuatro sacerdotes cogían a la víctima, uno por cada miembro. Un quinto sacerdote le quitaba los grilletos y la tendía sobre la piedra del altar. Luego, el sacerdote que realizaba el sacrificio se inclinaba para dedicar aquella vida a Xotli. El puñal subía y bajaba, y otro cuerpo iba a parar al pozo.

A la cabeza de la fila de piratas avanzaba Sigurd. Fue subiendo lentamente las escaleras, sin lamentar el hecho de ser el primero de los suyos en morir. Puesto que Conan había desaparecido, la responsabilidad del mando recaía sobre él, y lo obligaba a dar un ejemplo de valor.

Finalmente, le llegó el turno a Sigurd. El negro vórtice se encontraba estremecedoramente cerca; podía sentir sus frías emanaciones, y en lo más profundo de su alma el vanir sintió que su ojo oculto lo observaba, regodeándose por anticipado con la vida y la energía que iba a cobrar.

Los enmascarados sacerdotes se le acercaron; llevaban el torso desnudo, y su piel cobriza estaba salpicada de sangre. Sus manos, que parecían garras, se hundieron en la carne de Sigurd para tenderlo sobre la piedra resbaladiza. Los oficiantes tenían la mirada vidriosa y aire ausente.

Echado de espaldas y contemplando la oscuridad que lo rodeaba, Sigurd, firmemente aferrado por las muñecas y tobillos, vio que el sacerdote del sacrificio se acercaba a él. Llevaba el rostro cubierto por una máscara que representaba un demonio, y se tocaba con un brillante penacho de plumas verdes. El enjuto brazo se alzó ante los ojos de Sigurd, empuñando la daga de vidrio. Se detuvo un momento en el aire y luego comenzó a descender...

Pero se detuvo súbitamente. Sigurd expulsó el aire que inconscientemente había retenido en el pecho.

El sacerdote permanecía en actitud tensa, con la emplumada cabeza vuelta a medias, como un halcón atemorizado. Extraños sonidos llegaron hasta Sigurd desde abajo. Se parecían al sonido de una enorme campana, como un tañido de muerte. El gran sacerdote que se encontraba en el trono cesó en sus invocaciones e hizo una pregunta. Luego se oyó un murmullo como de muchas voces contenidas. Después, empezaron a oír los gritos.

El sacerdote que realizaba el sacrificio vaciló y miró hacia abajo, en dirección a la plaza. Sigurd percibió un sonoro y profundo rugido similar al de los cocodrilos que había visto en los ríos de Kush, sólo que aquél era mucho más intenso.

Los cuatro sacerdotes que sostenían a Sigurd lo soltaron para mirar hacia la plaza, mientras señalaban y hablaban entre ellos llenos de excitación. En aquel momento, los piratas se liberaron del trance en el que se hallaban. Ya sea porque los cánticos que se habían interrumpido tuvieran influencia hipnótica, o bien porque el sumo sacerdote estaba distraído, lo cierto es que el poderoso influjo había cesado.

Sigurd echó a rodar y cayó fuera del altar. Yasunga, que venía detrás, levantó los pesados grilletos y con fulgurante celeridad golpeó al distraído sacerdote que oficiaba el sacrificio en la sien, y lo hizo caer al suelo sin sentido y con el rostro ensangrentado.

Entretanto, y actuando con extraordinaria rapidez, Sigurd se arrojó sobre el oficiante que tenía en su poder las llaves para abrir los grilletes. Los peludos brazos del Vanir se cerraron en torno al delgado cuello del sacerdote, y apretaron hasta que la cobriza figura quedó inerte sobre el suelo

Levantaron los sangrientos despojos delante de la densa nube de ébano; la silenciosa turba de adoradores contempló la escena llena de asombro.

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Conan saltó hacia adelante blandiendo el arma de piedra como una maza, con el valor que da la desesperación, y arreó un poderoso golpe en el hocico al más cercano de los reptiles. La estalactita se rompió en dos partes con un fuerte chasquido, y el extremo más grueso cayó al suelo.

El dragón retrocedió entre furiosos silbidos, y azotando el aire con la cola. En los siglos que llevaba habitando bajo la ciudad de Ptahuacán, jamás había visto el reptil que ninguna de aquellas endebles víctimas que le servían de alimento se volviera contra él. El dragón se sintió desconcertado ante aquella presa viva, y el golpe que recibió lo sorprendió mucho más aún.

El arma de Conan había quedado reducida ahora a una punta de piedra caliza de media yarda de largo. Pero el cimmerico se dijo que era lo suficientemente filosa como para introducirla en uno de los grandes ojos verdes que lo miraban parpadeantes. No lograría salvarse con eso, pero al menos habría dado muerte a uno de sus formidables enemigos.

Dos de los dragones se le acercaron. Conan se puso de puntillas, empuñando la estalactita como una daga. Un segundo después, saltaría hacia la cabeza del dragón que se encontraba más cerca de él...

Pero algo lo impidió. Del orificio que había en el techo y por el que entraba un rayo de sol, cayó algo que fue a dar al suelo con un ruido sordo. Se trataba de un cadáver desnudo que tenía una enorme herida sangrante en el pecho.

Al tiempo que lanzaba un gruñido, el dragón al que había golpeado Conan giró en redondo y se acercó rápidamente al cadáver. Aquel tipo de alimento exánime era mucho más de su gusto que las criaturas que se defendían y se negaban a dejarse devorar. A continuación, otro dragón, y luego otro, imitaron al primero, hasta que todos echaron a correr rápidamente hacia el centro de la caverna.

Llegado el primer reptil junto al cadáver, volvió la cabeza de lado, y sus enormes fauces se cerraron sobre el cuerpo del hombre. Pero al levantar la cabeza, otro dragón se apoderó de las piernas de la víctima, que se balanceaban en el aire. Enseguida, los dos dragones se enzarzaron en un tira y afloja entre gruñidos y forcejeos, mientras que los demás se congregaban en derredor y trataban de conseguir algún trozo de cadáver.

En un instante, el cimmerico comprendió una serie de cosas que lo habían intrigado. En primer lugar, se había preguntado de qué forma podían subsistir en aquellas cuevas semejantes carnívoros de tamaño descomunal. Los murciélagos y los gusanos luminosos, indudablemente, no bastaban para nutrirlos. En consecuencia, eran las víctimas de los

sacrificios las que permitían su subsistencia. Catlaxoc y Metemphoc, el amo de los ladrones, le habían descrito los sacrificios en masa que se hacían a Xotli, y pensó que de algún modo tenían que deshacerse de tantos cadáveres. Así se explicaba la actitud de los dragones, que estaban con las cabezas alzadas, como esperando algo en el momento en que Conan entró en la caverna.

Después, el bárbaro se dio cuenta de lo que le había ocurrido a él mismo. Sus correrías por el mundo subterráneo le habían hecho describir un círculo. Al principio pensó en salir del laberinto de pasadizos a la altura del Vestíbulo de los Dioses. El sombrío edificio gris se alzaba en la plaza de la pirámide, y en él encerraban a los esclavos y prisioneros destinados a los sacrificios, razón por la cual tenía fundados motivos para pensar que sus hombres estarían recluidos allí.

Pero la lucha con las ratas lo había desviado de su camino, y la caída en el río subterráneo lo alejó aún más. Mas algún capricho de los dioses lo había hecho desplazarse en círculo, y al fin se encontraba en el lugar que al principio quiso alcanzar, o muy cerca de éste.

«El pozo por el que ha caído el cadáver —se dijo Conan— termina con toda seguridad en la parte superior de la pirámide en la que se terminan los sacrificios.» Todos estos pensamientos se sucedieron en la mente del cimmerico en un brevísimo espacio de tiempo. Cuando vio que los monstruos se alejaban de él, corrió hacia la escalera, hecha con grandes clavos, que ascendía hasta la plataforma en la que se encontraba el soldado antilliano. Éste no tenía aspecto aletargado, sino que señaló a Conan lleno de asombro y gritó algunas preguntas ininteligibles.

El antilliano estaba armado, motivo por el que no resultaba fácil subir por aquella escalera. Pero uno de los dragones, que no había conseguido un solo trozo de carne, se volvió hacia Conan retorciendo en el aire su larga lengua bífida. El cimmerico decidió enfrentarse con el guardia en lugar de hacerlo con el grupo de reptiles.

Conan trepó por la escala con la velocidad de un mono que huye de un león. Y cuando el primero de los dragones llegaba al pie del muro, Conan ya estaba a bastante altura, lejos del alcance del monstruo.

Pero tenía que vérselas con el centinela. Extrajo la daga del cinto y se colocó la hoja entre los dientes. Luego, siguió ascendiendo.

Pronto se halló frente al atónito soldado, que parecía seguir preguntando algo al cimmerico mientras empuñaba de manera amenazadora su espada de vidrio.

Conan se encontraba a tres pasos de distancia del centinela; cogió rápidamente su daga y la arrojó con violencia. El arma brilló como un relámpago en el aire y fue a dar en el cuello del soldado; se clavó hasta la empuñadura.

El antilliano se tambaleó al tiempo que lanzaba un gemido ahogado. Dejó caer la espada e intentó extraer la daga que tenía clavada, pero las fuerzas lo abandonaron y cayó fuera de la plataforma. Conan tuvo que esquivarlo para no precipitarse también él al fondo de la caverna. El soldado cayó a tierra con un golpe fuerte y sordo. Aún moribundo, su grito fue interrumpido por la presión de las mandíbulas del dragón. De inmediato, otros reptiles se congregaron en torno al lugar donde había caído el centinela.

Conan, jadeando intensamente, tomó asiento en el borde de la plataforma con las piernas colgando hacia afuera. La última hora había sido una de las más azarosas de su vida aventurera.

En la base de la escala todavía había algunos dragones mirándolo ansiosamente, pero poco a poco se fueron retirando, desalentados. Casi todos se pusieron bajo el círculo luminoso que había en el techo de la cueva. Poco después, otro cuerpo mutilado fue a caer entre el grupo de reptiles, que se abalanzaron sobre él.

Una vez recuperado de su cansancio, Conan se dedicó a explorar los alrededores. En la parte posterior de la plataforma había un túnel cerrado por una puerta enrejada y detrás se veía una escalera entre las sombras. La puerta se abrió en cuanto Conan la hubo empujado. En una de las paredes de la estancia en la que se hallaba, el cimmerio pudo ver un enorme nicho en el cual había una rueda de bronce de grandes dimensiones que se parecía a las del timón de los barcos zingarios. Dicha rueda estaba cubierta de verdín, lo que indicaba que no debía de haberse usado desde tiempos inmemoriales.

El cimmerio reflexionó, con el ceño fruncido. Luego miró al exterior y hacia abajo, en dirección a las grandes puertas de bronce que alcanzaba a ver más allá del temible círculo de dragones, en la pared de la enorme caverna. «¿Para qué habrán colocado allí aquellas puertas?», se preguntó. Sin duda, su instalación había supuesto un trabajo ingente a los hombres de Ptahuacán. Pero parecía seguro que constituían un acceso a la superficie, al mundo exterior. Servían sin duda para soltar la horda de dragones sobre el pueblo que se encontraba arriba. Pero ¿por qué los dirigentes de la ciudad deseaban algo así?

La respuesta surgió en la mente del cimmerio como una chispa. Aquellos dragones encerrados tenían una doble finalidad. No sólo servían para deshacerse de los cadáveres de las numerosas víctimas sacrificadas, sino que actuaban como arma secreta para el caso de que se produjera una rebelión contra los sacerdotes gobernantes.

¿Cómo se abrirían aquellas puertas? Conan tuvo un presentimiento y miró hacia la antigua rueda de bronce.

Afuera, en la plaza, debía de estar celebrándose un sacrificio a Xotli. Con seguridad, la plaza estaría llena de antillianos, y cerca de las grandes puertas, según le habían explicado, estarían situados los sumos sacerdotes. La ágil mente del cimmerio concibió rápidamente un plan.

Conan traspasó el vano de la puerta enrejada y se acercó a la rueda de bronce. Después de respirar hondo, aferró la rueda y aplicó a ella su tremenda fuerza. El metal chirrió bajo la fuerte presión. Las botas del bárbaro arañaron el suelo de piedra al resbalar sobre éste.

Se detuvo un momento para descansar, respiró profundamente y lo intentó de nuevo. Los músculos se retorcían en su espalda y en sus hombros. Del otro lado de la pared, oyó algunos chirridos metálicos como respuesta a sus esfuerzos. La rueda se movió casi imperceptiblemente, entre ruidos de metal forzado a trabajar después de tantos años de inactividad.

El cimmerio empuñó la rueda con fiereza, como para hundir los dedos en el bronce.

La sangre le latió en las sienes y rugió en sus oídos. Por fin, la rueda giró medio palmo. Al otro lado del muro se oyeron unos poderosos contrapesos que se ponían en movimiento.

Abajo, en el extremo opuesto de la caverna, asomó un rayo de luz entre las dos hojas de la puerta de bronce.

Después de otro impulso, el movimiento de la rueda se hizo fácil de repente. Desde el otro lado de la pared, se oyó el retumbar de un antiguo mecanismo que había permanecido inmóvil durante varios siglos.

La abertura que había entre las hojas de la puerta se ensanchó. Se oyó un rumor de engranajes, y la rueda comenzó a girar por su propio impulso, cada vez con más rapidez. La puerta ya estaba casi completamente abierta; los dragones, que habían estado escuchando inquietos, entre resoplidos, aquellos desusados ruidos que llegaban hasta ellos, se volvieron hacia la gran abertura.

Más allá de las puertas había una empinada rampa que desaparecía rápidamente de la vista en un brusco recodo. La luz llegaba desde el exterior, y al cimmerico le pareció que era al fin la luz del día, intensa y cálida. De ello dedujo el bárbaro que otro par de puertas en lo alto de la rampa se habían abierto simultáneamente. Éstas debían de estar situadas en la base de la pirámide, o en otro edificio de cuantos se encontraban en los alrededores de la plaza.

Mientras Conan, agotado por el esfuerzo, caía sobre la rueda, los dragones salvaron el vano de la enorme puerta emitiendo pequeños rugidos de excitación. Sus garras arañaron el granito y un segundo después desaparecieron rampa arriba. Por las bocas de los túneles que daban a la enorme caverna aparecieron más dragones, sin duda despertados de su sueño por el ruido del mecanismo y los rugidos de sus congéneres.

De inmediato, todos ellos se sintieron atraídos por la gran puerta de bronce con sus jambas abiertas de par en par, y enseguida se dirigieron hacia la rampa. De ese modo pasaron hasta cuarenta dragones por el vano de bronce de la salida. Al mismo tiempo llegaron hasta la cueva, atenuados por la distancia, innumerables gritos de horror de los antillianos reunidos afuera.

Con la respiración agitada, Conan se sentó en el suelo, esperando a que su viejo pero robusto corazón se calmase. Una sonrisa sombría y amenazadora podía entreverse entre los mechones grisáceos de su espesa barba.

El horror nacido del limo primigenio buscaba tan sólo satisfacer su ansia demoníaca cuando la rutilante Atlantis se hundió para siempre en los abismos del tiempo.

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Cuando Conan accionó la enorme rueda de bronce en la cueva situada bajo la plaza de la pirámide, apareció una grieta en el yeso pintado que cubría una de las paredes verticales de la base del monumento. El yeso se desplomó en verdadera cascada a los pies del coro de sacerdotes. Las puertas de bronce, ocultas bajo el yeso, chirriaron con estridencia mientras se abrían poco a poco hacia afuera.

El cántico murió repentinamente; los sacerdotes retrocedieron, alejándose de las puertas. Se miraron entre sí, asombrados, al tiempo que se hacían diversas preguntas. Detrás de los sacerdotes, miles de antillianos, desde los humildes artesanos que estaban en la plaza hasta los nobles de las gradas, se sintieron inquietos. Todos se ponían de puntillas, miraban y hacían conjeturas.

El sacerdote que oficiaba el sacrificio en lo alto de la pirámide se detuvo en medio de una de las ofrendas cuando estaba a punto de arrancarle el corazón a un rollizo extranjero de barba roja. El sacerdote se inclinó, e hizo una pregunta que se perdió entre el alboroto general.

De repente, se oyó un tremendo silbido tras las puertas abiertas, y al momento el primero de los dragones irrumpió en la plaza. Eran casi cien yardas de cuerpo grisáceo lleno de escamas, con patas musculosas y cabeza oscilante, cuyos ojos de color verde esmeralda observaban la escena que tenía lugar a su alrededor. De las abiertas fauces, similares a las de un cocodrilo, surgía una lengua rojiza que se agitaba nerviosamente.

Los sacerdotes del coro, que eran los que estaban más cerca, echaron a correr entre gritos de espanto. Se abrieron paso entre la turbamulta de antillianos, que a su vez trataban de huir en todas direcciones. Los más débiles cayeron al suelo y fueron pisoteados y muertos por los demás. En las filas posteriores, uno de los sacerdotes se enredó en su capa y cayó sobre las losas. Antes de que hubiera tenido tiempo de levantarse, las mandíbulas del dragón se cerraron sobre él.

Mientras tanto, otros dragones pasaron ante el primero, todos con la enorme boca abierta, emitiendo pavorosos rugidos. Parecía que nunca iban a terminar de salir. Avanzaban por la plaza y se abalanzaban sobre la muchedumbre de aterrados antillianos. Algunos de estos morían bajo las patas de los enormes dragones; otros eran barridos como muñecos por las inmensas colas llenas de escamas. Por todas partes había dragones con las cabezas levantadas, devorando laboriosamente a sus presas.

Entretanto, en la parte superior de la pirámide roja y negra, se abrió una portezuela.

Conan salió al exterior, empuñando la espada de vidrio oscuro que había pertenecido al centinela de la plataforma. Aspiró a pleno pulmón el aire puro y fresco, tan diferente a la atmósfera fétida y enrarecida de la enorme cueva.

Durante un momento miró hacia abajo; contempló con satisfacción la escena de horror y destrucción que había contribuido a crear. Algunos de los dragones llegaban hasta las gradas que rodeaban la plaza y corrían por encima de ellas, persiguiendo a los enojados nobles.

Desde la altura en la que se hallaba, Conan alcanzaba a ver las calles que conducían a la plaza. Todas ellas eran ahora una riada de enloquecidos fugitivos. Algunos irrumpían por la primera puerta que encontraban. Otros seguían corriendo hasta dejar atrás las mismas puertas de la ciudad, y continuaban su carrera por el campo, enloquecidos por el pánico y el horror.

Volviendo la cabeza en dirección opuesta, el cimmerico miró hacia la cima de la pirámide. Allí donde se alzaba el altar de Xotli, varios grupos de hombres estaban combatiendo. El color de su piel le indicó al bárbaro que algunos de ellos eran hombres de su propia tripulación, que luchaban contra los sacerdotes y soldados de las tropas antillianas.

Entonces, Conan divisó una figura situada a poca distancia de donde él se hallaba. Se trataba del sumo sacerdote del culto de Xotli, reconocible por el esplendor de su manto—ahora hecho jirones— y por sus adornos de oro. Tenía un lado de la cabeza lleno de sangre y estaba inclinado hacia adelante, haciendo ademanes frenéticos con sus delgados brazos cobrizos y dando órdenes a los sacerdotes y soldados que lo rodeaban.

En la base de la pirámide, justamente debajo de donde se hallaba el gran sacerdote, uno de los dragones miró hacia arriba mientras su rosada lengua cortaba el aire. El monstruo comenzó a subir por las escaleras del costado de la pirámide.

Una sonrisa maligna iluminó el barbudo rostro del cimmerico. Éste introdujo su espada bajo el cinto, y se acercó dando saltos hacia el lugar donde se encontraba el sumo sacerdote. Luego se le acercó despacio, desde atrás, sin que aquél lo viese. Sin decir una sola palabra, Conan apoyó las manos en la espalda del alto oficiante, y le dio un fuerte empujón.

El sumo sacerdote cayó desde lo alto de la pirámide hasta los escalones inferiores. Luego fue rodando hasta caer ante el dragón, que subía por los peldaños de piedra. Entonces se oyó un sonoro crujido, y unas mandíbulas se cerraron sobre el amo supremo de Antillia.

El dragón se detuvo para engullir su alimento.

En lo más alto de la pirámide, Yasunga seguía agitando sus cadenas como un látigo, en tanto que el sudor perlaba su frente de ébano. Otro pirata y un sacerdote rodaron sobre la piedra, aferrándose mutuamente el cuello con las manos. Milo, el contramaestre, por su parte, había enredado sus cadenas en la lanza de un soldado y trataba de hacerle soltar el arma. Artanes, el zamorio, luchaba con dos antillianos a la vez, empuñando una espada que había recogido del suelo. Sigurd intentaba abrir los grilletes de algunos de los piratas, mientras que otros lo defendían de los ataques de sacerdotes y soldados, que pretendían

recuperar las llaves. La mayoría de los antillianos había huido de la cima de la pirámide, pero otros seguían luchando con los prisioneros.

Al tiempo que profería un grito de guerra, Conan ascendió con unas pocas zancadas el corto trecho que le faltaba para llegar a la cúspide del monumento, y se lanzó a la pelea. Protegido como iba por la cota de malla, constituía un enemigo temible, aun para todo un grupo de antillianos. Asestó feroces golpes a varios de ellos, . que se desplomaron de inmediato.

Con la mirada llena de terror supersticioso, los antillianos cedieron terreno ante Conan, que daba estocadas aquí y allá con su afilado acero, cambiando constantemente de posición, razón por la cual se hacía muy difícil abatirlo. Aunque no fuera tan ágil como en su juventud, su ataque era el más temible que habían visto los antillianos.

—¡Un demonio! ¡Es un demonio! —gritaban, al tiempo que iban retrocediendo.

. Pronto no hubo nadie entre el cimmerico y Sigurd. Éste alzó la mirada.

—¡Amra! —exclamó el vanir—. ¡Por Crom, Mitra y todos los dioses, pensábamos que habías muerto!

—¡Todavía no, Barbarroja! —repuso el cimmerico—. ¡Todavía tengo que matar a unos cuantos enemigos!

Conan miró lo que estaba haciendo Sigurd, y éste se explicó:

—Estoy tratando de soltar estos malditos grilletes, pero no lo consigo. Me temo que los antillianos nos volverán a atacar.

—La llave es un procedimiento demasiado lento —dijo Conan con un gruñido—. Veamos si el vidrio corta el vidrio. Apoya la cadena sobre la losa del altar.

«El cristal de las espadas y el de las cadenas —se dijo el cimmerico— están hechos básicamente del mismo material. Pero así como el acero de una espada está mejor templado que el hierro de una cadena corriente, el vidrio del arma puede tener una dureza superior a la de los eslabones. Hay que comprobarlo.»

La espada resplandeció cuando el bárbaro la levantó por encima de su canosa cabeza. La hoja silbó al bajar, y se estrelló contra la piedra. Uno de los eslabones de la cadena voló en pedazos, que brillaron como diamantes.

—¡Ahora el siguiente! —exclamó Conan.

El arma del bárbaro fue cortando una cadena tras otra, hasta que los piratas quedaron en libertad. A medida que eran liberados, buscaban algún arma por las cercanías y se lanzaban a la lucha. Entonces, el resto de los sacerdotes y soldados de la cima de la pirámide huyeron lanzando gritos de desesperación y abandonaron el lugar de sus enemigos.

Conan echó una mirada hacia abajo. Los dragones habían llamado la atención de la mayoría de los antillianos, lo que le permitió a Conan liberar a sus compañeros.

Para entonces, la plaza estaba casi vacía de nativos. Aquí y allá se veía algún dragón dando caza a un aterrado fugitivo. Los soldados que no habían huido en la confusión general formaban compactas falanges, erizadas de lanzas, con las que mantenían a raya a

los dragones. Algunos sacerdotes se hallaban entre los soldados, a los que arengaban sin cesar.

La mayoría de dragones había abandonado la plaza. Hartos ya de comer, casi todos buscaban un lugar tranquilo para tumbarse a digerir la comida. Algunos avanzaban por las calles de la ciudad detrás de la espantada muchedumbre, y cruzaban las puertas para dirigirse al campo. Otros se encaminaron hacia el puerto, se arrojaron al agua y nadaron a lo largo de la costa. Mientras Conan miraba, la última pareja de dragones desapareció de la plaza de la pirámide.

Los sacerdotes reunieron a los soldados que quedaban en la explanada y les dieron instrucciones. Algunos señalaron hacia la cima de la pirámide y gritaron, exhortando a los piratas a atacar. Al cabo de un rato, varios cientos de pequeños soldados cobrizos formaron grupos armados ante la pirámide, por todos sus costados. Otros llegaban corriendo con cestos llenos de globos de cristal que contenían gas soporífero.

Conan entrecerró los ojos mientras reflexionaba. Como los dragones ya no estaban allí para luchar del lado de los piratas, no había duda de que las bien entrenadas huestes de Ptahuacán darían buena cuenta de los filibusteros. Los dioses serían testigos de su magnífica resistencia.

—¿Los atacamos, Amra? —preguntó Sigurd, empuñando un sable de material cristalino—. Por las barbas de Nergal e Ishtar, que después de pasar varios días en sus hediondos calabozos, alimentado con trozos de sebo, será un placer cortar unas cuantas de esas cabecitas cobrizas y dejar al descubierto sus malolientes entrañas. ¡No tienes más que dar una orden, camarada! ¡Estamos todos dispuestos!

Conan asintió, con un extraño brillo en los ojos. Estaba a punto de levantar la espada para conducir a sus hombres a la última y gloriosa carga, y caer ante las armas de filo cristalino, cuando...

Una temible sombra se cernió por encima del cimmerico. Éste levantó los ojos y divisó el torbellino de negrura que era el Demonio del Más Allá.

¡Por Crom! ¿Cómo podía haber olvidado a aquel ser maligno llegado del espacio sideral? El sangriento ritual que lo había atraído a este mundo desde la impía dimensión en la que moraba le había dado forma y sustancia dentro de nuestro reino de la materia. Ni siquiera la interrupción de la ceremonia, en la que debía de haberse debilitado su ser, pudo lograr la disolución de su existencia física ni rompió el hechizo que le daba vida en el mundo de los hombres.

Había permanecido al margen, contemplando las escenas de pánico y matanza, y observando con fría malevolencia la destrucción de los antillianos y la liberación de las víctimas destinadas a su festín sobrenatural. Ahora, su inteligencia inhumana había entrado en acción.

Mientras se cernía con movimientos pulsátiles sobre la tripulación pirata, envió tentáculos de fuerza mental desde su centro oscuro y vertiginoso para explorar.

Conan sintió como si unos dedos helados e intangibles estuvieran taladrando zonas secretas de su mente, entrando a saco en sus recuerdos, del mismo modo que un filibustero saquea un templo remoto y oculto. Notó la presencia de pensamientos ajenos que

penetraban en lo más recóndito de su consciencia. Su poderosa personalidad se rebeló contra aquella violación mental.

Y allí, en la batalla más extraña de su vida, el cimmerico luchó contra los tentáculos inmatrimales de las tinieblas. En aquel mundo del pensamiento, su mente se enfrentaba a otra mente. Pero parecía que no había escudo de bronce ni espada de acero manejada por un firme brazo que pudiera repeler la invasión de aquellos tentáculos mentales, que se insinuaban poderosamente en su cerebro.

Poco a poco, notó que sus miembros iban perdiendo fuerza, hasta que apenas pudo tenerse en pie. Pero seguía luchando, aferrándose a la vida y a la consciencia con la tenacidad feroz de la naturaleza primitiva. Empezó a defenderse de la insidiosa fuerza que lo atenazaba, y sintió que su mente rechazaba los fuertes tentáculos de Xotli, anulándolos después de cada embate.

Con una rapidez mortífera, la otra mente inició un ataque de otro tipo.

Sus tentáculos atacaron los centros de energía física de Conan y comenzaron a despojarlo de su fuerza vital. La vista del cimmerico se debilitó, sus oídos percibieron tañidos de campanas invisibles. Sintió que caía por un pozo de insondable negrura...

Pero seguía luchando, procurando escudar su mente del ser que le sorbía la energía vital.

En el rugiente torbellino de su rebelde cerebro, surgió un tenue recuerdo que llegó a la turbulenta superficie de su consciencia. Recordó haberse hallado en espíritu en la oscura entraña del monte Golamira, mientras el majestuoso espectro de Epemitreus el Sabio le hablaba serenamente. Una vez más oyó la voz del anciano filósofo y hechicero que susurraba:

—Tan sólo te otorgaré un don. Lleva esto en todo momento, ya que en la hora de la necesidad puede representar tu salvación. No agregaré nada más al respecto, pues cuando llegue la hora tu corazón te dirá cómo emplear este talismán.

El cimmerico recordó vagamente aquel enojado talismán que centelleaba en su mano cuando se despertó en el silencio de sus aposentos reales de Aquilonia. Era el talismán que llevaba colgado al cuello desde aquel día.

La fuerza había abandonado sus poderosos miembros, pero todavía quedaba en él algo de la indomable energía que lo salvara de tantos peligros a lo largo de su agitada vida. Ahora, en el momento más peligroso de su existencia, trató de poner en juego sus recursos más recónditos.

Llevó al cuello su mano delgada y llena de cicatrices, extrajo el fénix de cristal que tenía debajo de la cota de malla y rompió la cadena de un tirón.

Un manto negro cubrió el cerebro de Conan, y el cimmerico dejó caer el talismán, que emitió un sonido cristalino al dar en la piedra.

Con el último vestigio de consciencia que le quedaba, el cimmerico puso el pie sobre el amuleto y lo aplastó, lo redujo a fragmentos. Luego, el bárbaro se sumergió en un mar

de insondable negrura.

Los dioses de la luz y de las tinieblas

*F cuando te enfrentes al poder del Kraken,
alimentado en el rito cruento del sacrificio,
¡no desmayes donde otros hombres flaquearon
¡Y rompe de un golpe el fénix de cristal!*

LAS VISIONES DE EPEMITREUS

Desde algún lugar remoto, más allá de los fríos y tenebrosos abismos, una voz tenue y lejana lo estaba llamando...

Conan notó que volvía en sí, que su cuerpo recobraba la energía. Sintió unas manos callosas que lo aferraban, y un suelo de piedra áspera sobre el que se arrastraban sus piernas. Jadeó y respiró hondo. Luego abrió los ojos, todavía aturdido, y se encontró apoyado en el corpachón de Sigurd Barbarroja, por un lado, y en Goram Singh, por el otro.

—¡En nombre de Crom, dejadme! —protestó el cimmerico—, ¡Puedo andar solo!

Los dos hombres se detuvieron y lo ayudaron a ponerse en pie.

—Bueno, eso es lo que yo pensaba —gruñó Conan al comprobar que sus miembros endeble apenas lo sostenían.

Habría caído rodando por el costado de la pirámide si sus compañeros no lo hubieran cogido rápidamente.

Lo hicieron sentar en uno de los escalones de piedra que llevaban a la cima. Conan sintió como si un millón de agujas al rojo vivo le pincharan los miembros a medida que la circulación de la sangre volvía a la normalidad. Miró a su alrededor, tratante de recobrar la plenitud de sus facultades.

Un silencio denso y extraño reinaba en el lugar. Sus dos ayudantes lo habían bajado hasta la mitad de la escalera. Abajo había varias columnas de soldados formados. Pero los pequeños hombres cobrizos de coraza de vidrio no prestaban atención a los piratas. Con los ojos desorbitados, e intenso terror en el rostro, miraban hacia arriba.

Conan se volvió para observar la cúspide del monumento, y sintió que se le helaba la médula de los huesos. Muy alto, por encima de ellos y del templo de piedra roja y negra, latía una extraña fuerza, que oscilaba y tomaba forma lentamente.

—Se formó a partir de la joya que aplastaste con el pie —musitó Sigurd, mirando hacia arriba con inquietud—. Sólo Mitra sabe lo que ocurre allí, pero todos oímos una voz interior que nos advertía que nos marcháramos con toda rapidez. ¡Qué me aspen, pero toda esta hechicería logra confundirme aún más de lo que estaba!

Conan sonrió suavemente. En lo alto se alzaba un polvillo diamantino de luz

fulgurante, formando torbellinos sobre los restos pulverizados del talismán de vidrio. La negra nube de Xotli aún se cernía sobre el altar de piedra y sus tentáculos oscuros y humeantes se agitaban inquietos, como si hubieran notado la presencia de un temible enemigo.

Las partículas giratorias de luz adquirían cada vez más brillo, convirtiéndose en una vorágine de fulgor que la vista apenas podía soportar. Unos brazos en forma de espiral brillaron contra la oscura masa de Xotli, como millones de estrellas en el oscuro firmamento.

Conan se estremeció, como si su piel hubiera sido acariciada por los fríos vientos que soplan en los abismos siderales. La luminosidad tomó forma, y envolvió a Xotli en un abrazo multitentacular. Mitra —pues Conan se dio cuenta de que se trataba de ese dios— habló entonces. El estruendo de mil tempestades resonó en la plaza de la pirámide. Se conmovió la tierra, y la misma pirámide osciló bajo los pies de los piratas; luego, se desplomaron algunos de sus bloques. Con un rugido ensordecedor se hundió gran parte de la plaza, llevándose por delante a cientos de pequeños soldados cobrizos y levantando una enorme nube de polvo. Conan comprendió que se había hundido una parte de la caverna de los dragones.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó el cimmerico.

Se puso en pie, y bajó tambaleándose por los escalones que faltaban hasta llegar al pie de las escaleras. Detrás de él descendieron los piratas, en primer lugar, los que iban armados. Pero al llegar abajo no encontraron a nadie con quien enfrentarse. Los soldados antillianos habían huido. Después de arrojar sus armas al suelo, los cobrizos guerreros que no se habían hundido con la plaza avanzaban hacia las puertas de la ciudad, arrojando sus espadas, cascos y corazas de cristal mientras escapaban a fin de correr mejor.

—¡Recoged esas armas! —ordenó Conan—. ¡Vamos hacia el puerto!

Muy arriba, los dioses de la luz y de las tinieblas estaban enzarzados en una tremenda batalla. Fieros relámpagos surgían de la forma luminosa, sobre la cual se abatían los tentáculos oscuros y humeantes.

La tierra temblaba bajo los pies de los hombres. Al otro lado de la plaza, el enorme y grisáceo Vestíbulo de los Dioses se desplomó, arrojando una lluvia de escombros y enseguida desapareció detrás de una densa nube de polvo. Como un gigantesco árbol abatido por un leñador, se vino abajo la torre alta y fina, que se desplomó con un estruendo e hizo retemblar el suelo bajo los pies de los piratas.

Conan condujo a sus hombres al trote por las calles de Ptahuacán, sin prestar atención a los pocos antillianos con los que se cruzaban. Éstos, profundamente aterrados, ignoraron asimismo a los Fugitivos, pues estaban demasiado preocupados por su propia salvación.

—¡Vamos por aquí! —gritó el cimmerico—. ¡Al puerto, antes de que esta maldita ciudad desaparezca del todo!

Detrás de ellos se alargaban las sombras del atardecer sobre las ruinas de la plaza,

aunque de cuando en cuando estallaba un relámpago más intenso que la luz del mediodía. El combate sobrenatural seguía produciendo sonidos estremecedores, que retumbaban entre los edificios de piedra. Entre rayos de insoportable luz, la nube negra comenzó a replegarse sobre sí misma. Luego se encogió rápidamente... y se disipó en el aire hasta desaparecer por completo.

Las fuerzas sobrenaturales que habían permanecido en tensión durante la lucha quedaron en libertad. La ciudad se estremeció como el parche de un tambor, y muchos otros edificios se derrumbaron. Desapareció la plaza de la pirámide. En su lugar apareció una bola de fuego mucho más brillante que el sol, que resplandeció durante unos momentos y, luego, se extinguió con un trueno que ensordeció a todos los que aún se hallaban en la ciudad.

Una gigantesca nube de humo negro se alzó sobre la ciudad destruida y se condensó en las alturas. Por encima de ella, aún se dejaron ver los relámpagos del dios de la luz. Luego, éstos también se desvanecieron, y la humeante columna comenzó a disiparse, mezclándose con la oscura nube de polvo que cubría Ptahuacán. Aquí y allá surgía la humareda espesa de una casa en llamas.

Poco a poco, la ciudad de Ptahuacán fue volviendo a la vida. La gente comenzó a regresar de los campos circundantes. Pero al volver, los atemorizados antillianos se llevaron una sorpresa.

No encontraron a ningún sacerdote. La mayoría de estos habían perecido con la caída de los templos o habían huido de la ciudad. En el interior de Ptahuacán solo quedó un hombre a la cabeza de un grupo organizado; era Metemphoc, el rey de los ladrones.

Mientras la ciudad estaba casi vacía, sus disciplinadas huestes se habían apoderado de los grandes edificios que aún permanecían en pie y de los depósitos de armas. A los pocos sacerdotes que encontraron, los mataron. Abrieron los calabozos, y dejaron en libertad no sólo a numerosos delincuentes compañeros de la banda de Metemphoc, sino también a cientos de antillianos que bajo un pretexto u otro habían sido encarcelados para su posterior sacrificio a Xotli. Muchos de ellos se pusieron a las órdenes de Metemphoc, pero otros se negaron por miedo a los sacerdotes y a sus dioses, o prefirieron esperar a ver qué bando triunfaba.

Los sacerdotes que habían huido al campo lograron reunir una pequeña fuerza de soldados que aún les seguían siendo fieles e intentaron abrirse paso por las armas hasta la ciudad. Pero la banda de Conan, que se había armado hasta los dientes, los sorprendió por la retaguardia y los hizo huir de nuevo desordenadamente.

Así pues, bajo la dirección del viejo y astuto Metemphoc, la gente de Ptahuacán se dedicó a reparar los daños sufridos y a iniciar su reconstrucción. Es probable que el amo de los ladrones no fuera el gobernante ideal, pero, sin duda, no sería peor que los sacerdotes que durante tantos siglos habían tiranizado aquella ciudad. De esta forma, en aquel último vestigio de la gran civilización de Atlantis, reinaron al fin cierta paz y un sereno bienestar.

Y tal vez, desde algún espacio ignoto situado más allá de las estrellas, los espectros

de aquellos antiguos dioses que en épocas pasadas dominaron desde los cielos de Atlantis, y que más tarde se volvieron contra la isla continente y provocaron su hundimiento en las simas del mar verde porque los nativos se dedicaron al negro culto de Xotli, tal vez aquellos dioses muertos sonrieron complacidos y, con el escaso poder que aún les quedaba, otorgaron su bendición a los antillianos.

¡Por Crom que era un verdadero placer sentir una sólida cubierta de madera bajo los pies, aunque fuese la de un navío extranjero, como aquélla! Después de la caída de Ptahuacán —ocurrida un mes y medio antes—, Conan había comido y bebido hasta saciarse. Agotado por la tremenda lucha sostenida, tanto debajo de la ciudad como en ella, el cimmerico había dormido sin parar durante un día y dos noches. Pero en los días que siguieron, mientras hablaba con sus hombres y comía por tres, Conan recuperó sus antiguas fuerzas.

Ahora, cuando el alba pintaba el oriente de oro y carmesí, el bárbaro recorrió la dorada cubierta del barco—dragón y aspiró con deleite la brisa salina, que alzaba una tenue bruma fría de la cálida superficie del mar, no lejos de la verde costa del archipiélago.

Sentía un profundo contento. ¿Viejo, él? ¿Apto tan sólo para yacer moribundo entre unas sábanas y suplicar que lo ayudaran a fenecer sin dolor?

Nada de eso. Era muy capaz de pasarse una noche entera con una mujer, y dejarla exhausta pero feliz. El ansia de aventuras aún inundaba su pecho. ¡En su enjuto organismo todavía quedaba vitalidad suficiente para una aventura o dos, al menos!

Conan golpeó la dorada borda con mano firme, del mismo modo que un jinete palmea el blanco sudoroso de un inquieto corcel. La última aventura...

El cimmerico miró a su alrededor. Con el ojo infalible del antiguo pirata, Conan se había apoderado del mejor barco que había en el puerto, en el mismo momento en que llegara jadeando al frente de sus hombres, mientras la ciudad se desplomaba a sus espaldas. Los había conducido a aquel barco de guerra, el mejor que viera en toda su vida. Éste había derrotado al *León Rojo* cuando, algunos meses antes, apareció entre las brumas como monstruo volador. Conan se echó a reír cuando recordó el temor que la extraña nave había producido en sus hombres.

Y no fue fácil acostumbrar a la tripulación a aquel navío, que el bárbaro decidió llamar *Dragón Alado*. Los piratas, conservadores como todos los marinos, no aceptaron con gusto aquellos extraños aparejos. Sugirieron, en cambio, que podía ponerse a flote y repararse el casco del *León Rojo*, que se hallaba varado en una playa cercana. Pero Conan descubrió que su antigua nave estaba demasiado dañada para poder ser reparada. El casco había ardido en varios lugares; carecía de mástiles y aparejos, y enmendar todo aquello habría supuesto un enorme esfuerzo. Resultaba mucho más práctico trasladar las armas y demás vituallas a las bodegas del *Dragón Alado*.

Luego fueron necesarios muchos días de práctica para familiarizar a la tripulación con la maniobra del exótico barco, y para hacer las reformas que Conan juzgó convenientes. Por otro lado, el *dragón Alado* era una galera; por consiguiente, requería una tripulación más numerosa que un barco de vela del mismo tamaño. Por fortuna, hubo

muchos jóvenes antillianos de espíritu aventurero que decidieron unirse como remeros a la tripulación pirata.

En aquel momento, Sigurd Barbarroja subía por la escala al puente de popa, escupiendo y renegando con aire bonachón.

—¡Ah, Amra! —exclamó—. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco —repuso el cimmerio. Sigurd se encogió de hombros, y miró hacia el lugar donde la bruma matinal ocultaba las siete islas de Antillia.

—Aún deben de quedar allí cientos de muertos sin sepultar —dijo el vanir—. ¡Por las barbas de Ishtar, que admiro de verdad la forma en que sabes armar una revuelta!

—¿Qué quieres decir? —preguntó el cimmerio.

—Nada, nada. Sólo que sabes atraerte como nadie la admiración de tus hombres, que serían capaces de dejar media ciudad en ruinas por seguir siempre a tu lado.

—Sí —dijo Conan riendo—. Y yo sería capaz de dejar en ruinas la otra mitad por no perder a un viejo chacal como tú.

—Resulta grato oírte decir eso, Amra, sobre todo ahora que ya no soy el de antes —dijo el vanir, que, mirando hacia la costa de Antillia, agregó—: Creo que hubiéramos hecho bien en aceptar la oferta de Metemphoc y entrar a su servicio como mercenarios.

Conan negó con la cabeza, y, sin perder la sonrisa, repuso:

—Quienes hemos sido reyes, tenemos orgullo como pocos. No servimos a otros hombres si podemos ser dueños de nuestros propios actos.

El sol ya estaba en lo alto, e iluminaba el cielo con su brillante luz. Las gaviotas de blanco plumaje volaban en círculo lanzando graznidos, y las olas lamían mansamente el casco recién calafateado y pintado del *Dragón Alado*. Conan volvió a respirar hondo. A su lado, Sigurd observó con interés a su viejo amigo.

—¿Y ahora, Amra, adonde vamos? —preguntó—. ¿De vuelta a las islas Barachas, o a recorrer las costas de Estigia y de Shem?

Conan volvió a negar con la cabeza, y enseguida contestó:

—Este barco no se ha hecho para cruzar un océano tan ancho. Con tantos remeros que alimentar, jamás lo conseguiríamos.

—Aquella galera verde que vimos al principio lo logró.

—Sí, pero yo no soy un hechicero, ni puedo hacer que una tripulación de fantasmas empuñe sin descanso los remos de mi nave.

Conan se quedó pensando durante un momento. El viejo Metemphoc le había contado muchas cosas. «Más al oeste aún, en los confines del mundo, existe un vasto continente», le había dicho el veterano ladrón. Los antillianos lo llamaban Mayapán, y a veces hacían incursiones por sus costas en busca de oro, esmeraldas y otros minerales. Allí iban también a buscar jóvenes esclavas de piel bronceada, así como aves que proporcionaban vistosas plumas, y grandes felinos parecidos al tigre cuyas pieles doradas con manchas negras constituían inapreciables objetos de adorno.

Había allí algunos países bárbaros, fundados por renegados procedentes de Atlantis y Antillia. En esas naciones se oficiaban extraños cultos, como el de la Serpiente Gigante y el del Tigre de Dientes de Sable, que mantenían una feroz rivalidad entre ellos, si bien ambos competían en el número de abominables sacrificios humanos que realizaban, similares a los de Ptahuacán.

El cimmerico se dijo que se trataba de un nuevo mundo; en efecto, un mundo de selvas impenetrables y de llanuras sin fin, de montañas gigantescas y de ocultos lagos; un mundo de ríos caudalosos que se retorcían como serpientes de plata derretida entre densos follajes de color esmeralda, y donde pueblos remotos veneraban a dioses nunca vistos, de poderes temibles y extraños...

¿Qué aventuras y qué paisajes les aguardarían en la lejana y misteriosa Mayapán?

Conan siguió reflexionando. Metemphoc, el rey de los ladrones de Ptahuacán, lo había llamado «Kukulcán». No sabía si era un antiguo apodo propio de la lengua antilliana, o se trataba de una rudimentaria imitación de su propio nombre, «Conan el cimmerico», o de una frase similar. El bárbaro no lo sabía, y probablemente nunca lo sabría.

Pero estaba seguro de que si se dirigía hacia aquel nuevo mundo, donde la gente jamás había visto a un hombre con barba, provisto de armas de acero, sin duda podría conquistar otro vasto imperio. Lo venerarían como a un dios, llevaría parte de la civilización del mundo antiguo al nuevo, y se convertiría en un héroe de leyenda al que cantarían durante siglos y siglos...

—¡Por Crom! —dijo al fin el cimmerico—. Vamos a comer algo mientras tratamos del asunto. Pensar en la conquista del mundo, sin duda, abre el apetito.

Los dos hombres descendieron al camarote. Algunas horas después, la enorme nave que la gente de Mayapán llamaría después *Quetzalcóatl* —es decir, la serpiente alada o emplumada— levaba anclas. El barco navegó hacia el sur y luego, después de rodear las islas de Antillia, avanzó hacia el oeste.

Pero la antigua crónica, que terminaba aquí, no revelaba el lugar preciso hacia el cual se dirigieron los navegantes.